



## DOÑA LUZ.

(Continuacion.)

### VIII.

#### VIDA DEL PADRE EN EL LUGAR.

**P**ASADO el gran acontecimiento de la venida del P. Enrique; luégo que no quedó en el pueblo nadie que no le viese, satisfaciendo así la curiosidad; luégo que le oyeron predicar en la parroquia y no hallaron que sus sermones fuesen más bonitos que los de otro Padre, sino más fáciles, más pedestres, más sencillos y con ménos latines; y luégo que vieron que el P. Enrique ni contaba chascarrillos ni jugaba al billar ni á la malilla, ni era más entretenido que otro cualquiera, todo Villafría entró de nuevo en su estado normal.

Como piedra que cae en estanque profundo, la cual hace muchos círculos y turba el haz del agua, y luégo se desvanecen los círculos y vuelve todo á su primer reposo sin que nadie se acuerde de la piedra, así sucedió con el P. Enrique á los tres meses de estar en Villafría.

Verdad es que él procuraba eclipsarse. Si hacía obras de



caridad hasta donde sus cortos medios lo consentían, era tan sin estruendo, que nadie se enteraba; si, movido á ello por compasion ó porque lo juzgaba absolutamente necesario, daba algun consejo, le daba con tal llaneza y con tan pocos textos y autoridades, que no hacían caso, y aún había quien supusiese que no sabía aconsejar por lo fino, acostumbrado á vivir entre los salvajes allá en las Indias.

En suma, el P. Enrique, ó no supo ó no quiso hacerse popular. Tambien en él se cumplió la sentencia evangélica: *Nadie es profeta en su patria*; tambien por él, si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, pudo decirse que *estuvo entre los suyos y los suyos no le conocieron*.

No iba al casino, no frecuentaba la tertulia del boticario, no sabía palabra de política, no visitaba á las señoras devotas del lugar, en fin, se aseguraba ya que no servía para nada.

Decía su misa diaria, y casi siempre estaba encerrado en el caseron del marqués, que así le llamaban, donde andaba de continuo papeleando; esto es, bregando con libros y papeles, ora escribiendo, ora leyendo cosas que á nadie le importaban por allí.

Como Villafría era pueblo muy liberal y avanzado en ideas, acusaban muchos al P. Enrique de hipócrita, de carliston y de *neo*, y en cambio, los verdaderos *neos* y carlistones, que tampoco allí faltaban, miraban con desden al Padre, porque de nada les valía ni con ellos se espontaneaba, ó más bien, no tenía de qué ni sobre qué espontanearse.

Por fortuna era tan dulce el Padre que no podía mover á odio, y tan silencioso y modesto que no excitaba la envidia. Todo se redujo á que le olvidasen, viéndole; género de olvido que ocurre con frecuencia.

Sólo en la mayor intimidad, en medio de pocas almas escogidas, y de alguna que si no lo era se dejaba llevar del entusiasmo de las otras, se desanudaba suavemente la lengua del P. Enrique; y las narraciones amenas, los discursos elevados, los bellos pensamientos y nobles sentimientos brotaban de sus afluentes labios y penetraban en los corazones y en la mente del poco numeroso auditorio, aunque mejor sería decir de sus pocos interlocutores, porque el Padre evita-



ba, cuanto podía, monopolizar la palabra y prefería el diálogo en que todos hablasen.

Sus interlocutores eran doña Luz, doña Manolita, el médico, Pepe Güeto, el cura alguna vez, y D. Acisclo siempre.

Cuando venía más gente en casa de D. Acisclo, aquella franqueza desaparecía, y la conversacion, como por ensalmo y sin poder evitarlo, bajaba al nivel villafriesco.

Las condiciones de entendimiento y de carácter movían á esto al P. Enrique, no por altivez sino por timidez. Con el humilde vulgo, allá en los pueblos más cercanos á la naturaleza, en donde había vivido, había acertado á explicarse por tan llano y persuasivo estilo que sus palabras sin arte, santas y sinceras, habían quedado grabadas en los corazones. llevando el convencimiento á las almas. Con sujetos de letras y doctrina, ó que por gracia, por entusiasmo, por hondo sentir poético y por elevacion de miras y de ideas, le infundían confianza y le inspiraban simpatías, su discurso le arrebatava fácil é insensiblemente á las más altas regiones; pero con ciertas gentes medianas, que presumen de cultas, el Padre Enrique se recogía por instinto, sentía su carencia de poder y de influjo, y ni era sencillo, ni era elevado, ni conmovía por la candorosa expresion de los afectos, ni alzaba en pos de sí las inteligencias, tendiendo el vuelo de águila la suya.

Villafría, poblacion muy adelantada, producía este efecto en el P. Enrique. Nada amilanaba su corazon, ni allí tenía que temer nada; pero su entendimiento estaba amilanado y reconocía su carencia de influjo.

No afirmo yo que se establezcan corrientes magnéticas; pero, sin decirlo como verdad, puedo decirlo como imágen; entre sus paisanos y él no había corriente magnética alguna. La corriente magnética sólo existía entre el Padre y las pocas personas que hemos nombrado ya, y que, durante todo el invierno de 1860 á 1861, se reunían, sin faltar apénas una noche, en torno del hogar de D. Acisclo, en la *cocina de los señores*, que dejamos descrita.

En esta reunion se charlaba por los codos, y nadie hacía tanto gasto de palabras como doña Manolita, cuyos graciosos disparates movían á risa hasta al Padre, á pesar de su



gravedad. A veces, no obstante, sin buscar tema, sin el propósito preconcebido de enredar alguna discusión sobre las más arduas materias, la discusión venía á enredarse, y entonces D. Acisclo, el cura, Pepe Güeto y hasta doña Manolita, callaban y oían, y hablaban sólo el P. Enrique, doña Luz y el médico D. Anselmo.

Reinaba allí la más ámplia libertad de pensamiento; y el médico, que era el constante impugnador del P. Enrique, decía cuanto se le antojaba; pero como todo corazón generoso lleva ingénitamente en su centro la buena crianza, aunque no se la hayan dado, D. Anselmo, ni aún en la fuga del más ardiente disputar, ni en la mayor violencia de sus ataques, se olvidaba de velar y de mitigar su rudeza con la dulzura de la forma.

A través de esta forma dulce se mostraba, no obstante, la negación radical de toda verdad que no venga á nosotros por la experiencia sensible. Con fe se puede creer en lo sobrenatural; con imaginación se puede crear un mundo trascendente de ideas metafísicas y religiosas. La razón, en tanto, sólo puede saber lo que ella, en virtud de sus propias leyes, induce del estudio y observación de los fenómenos que llegan á su conocimiento por los sentidos. Esto sólo es la ciencia: lo demás será poesía, ó como quiera llamarse. Y el principio de la ciencia para D. Anselmo era que hay una sustancia infinita, la cual, en virtud de la inexplicable agitación y del prurito, que constituye su esencia, produce variedad de seres, cuya perfección relativa, dentro del período en que vivimos, y hasta donde la memoria puede penetrar en lo pasado, y la prudente previsión en lo porvenir, va siendo cada vez mayor, merced á cierto proceso ascendente y á cierto desarrollo que nos parece que no termina. Cómo ello empezó y cómo habrá de acabar, sostenía D. Anselmo que se ignora y que se ignorará siempre. Era vano, en su sentir, obstinarse en ver más allá: si ántes del principio de esta evolución hubo otra; si después volverán las cosas al reposo y á la muerte, y si luego se despertarán nuevo prurito y voluntad de los átomos, que los lleven á agruparse y á crear otro universo, y vidas nuevas, y progreso, y consciencia, y lo que llaman espíritu, y por último, muerte



otra vez. Sobre todo esto sólo podían forjarse teorías y ensueños, lanzándose en especulaciones aventuradas, más allá de los términos y linderos hasta donde la razón nos sigue.

Y lo que D. Anselmo afirmaba de la vida total del mundo, lo afirmaba también de la vida de cada individuo. Durante dicha vida podía observarse el desenvolvimiento gradual, hasta que la vida acababa. Pero antes del nacer y después del morir, D. Anselmo sostenía que no atinaba á ver nada: eran dos profundidades tenebrosas, dos insondables abismos, en medio de los cuales se manifestaba la vida. Y las profundidades y los abismos se hallaban como cubiertos de la sustancia, de la materia, de esto que afecta nuestros sentidos, que no podemos concebir sin accidentes y sin formas, que podemos concebir mudando formas y accidentes; pero que en lo esencial no puede ser aniquilado por la mente humana. La única metafísica ineludible de aquel enemigo de la metafísica era la eternidad de ese ser indefinido y vago. Él era el único inmutable. Todo lo demás, esto es, sus apariencias y cambios, pues fuera de él nada hay, era perpetua mudanza y fluctuación sin sosiego. Claro está que de tal ciencia no podía nacer moral alguna, ni deber, ni responsabilidad, ni libertad de nuestros actos; pero D. Anselmo, que era excelente sujeto, apenas se atrevía á confesar semejante diablura, ni á sí propio, y mucho ménos á los demás; y armaba un caramillo de sutilezas para probar que éramos libres y que debíamos ser buenos, y que había algo de determinado en que la bondad consistía. De aquí que, si sobre las cuestiones primeras reñía con el P. Enrique bravas batallas, en estos puntos prácticos quedaba siempre derrotado, y se hacía un lío, con aplauso general de todos, y más aún de su hija doña Manolita, quien terminó una vez exclamando:

—Vamos, papá, perdona mi desvergüenza filial, pero tú no sabes lo que te pescas.

Verdad es que doña Manolita dió á su padre un par de cariñosos besos para endulzar aquella mortificación de amor propio.

Hasta hubo ocasión en que D. Anselmo se sintió más mortificado y vejado. Entónces el propio P. Enrique tuvo que



volver por él, afirmando que el asunto era difícil y que no merece censura, sino aplauso, el que le estudia con ahinco y con amor á la verdad, aunque se equivoque: que no deben reirse los que no saben nadar, ni se echan al agua, de los que por nadar se aventuran y se ahogan; y que sólo yerra el que aspira, y que sólo da caídas mortales el que tiene arranque y valor para encumbrarse y subir.

De esta suerte, encontró doña Luz un poderoso aliado para sus perpetuas disputas con el médico, cuyo inveterado positivismo no cedía jamás ni daba lugar á una conversión, pero cuyo concepto del saber, de la elevada inteligencia y de la bondad del Padre, era mayor cada día.

Si esto pensaba el adversario y el incrédulo, ¿qué no pensarían los creyentes, los que profesaban las mismas ideas, aquellos en cuyo favor el P. Enrique tal hábil y cortesmente peleaba? La veneración, el entusiasmo, la admiración por el P. Enrique, fueron subiendo en todas aquellas almas, y más que en ninguna en el alma entusiasta, solitaria y aislada de doña Luz.

Creíale un tesoro de santidad, un dechado de todas las virtudes, y un pozo inagotable de ciencia. Cuando el Padre hablaba, quedábase ella suspensa oyéndole, y se apartaba de todo y se reconcentraba á fin de no perder ni un acento y de comprender el más hondo sentido de su discurso. Su afán de saber se despertó como nunca, comparándose con el Padre y notando cuán ignorante ella era: y, aunque el Padre no hacía ostentación de su ciencia, ella le excitaba á que hablase, con mil preguntas, á las que el Padre, por más que por modestia lo repugnara, tenía al fin que responder.

La vida de las plantas, el movimiento de los astros, el sistema del mundo, la historia de los pueblos, de sus emigraciones, lenguas, creencias y leyes, todo era objeto de las preguntas de doña Luz, y á todo se veía obligado á responder el P. Enrique.

A veces salía doña Luz de paseo con Pepe Güeto y doña Manolita, cuya luna de miel se prolongaba de un modo poco común, y mientras los esposos iban de burla ó de risa, delante ó detras, y en interminable cuchicheo, el Padre, que los



acompañaba, sostenía con doña Luz un coloquio grave, que á ella le parecía amenísimo, instructivo y sublime.

Los médicos habían amenazado al P. Enrique hasta con la muerte si volvía á Filipinas ántes de hallarse completamente repuesto. La permanencia, pues, del P. Enrique en Villafría había de ser de dos ó tres años.

Él se había repuesto mucho, pero estaba aún delicado. Aunque era hombre de cuarenta años, sus facciones finas y algo aniñadas le hacían parecer más mozo. Era blanco, si bien tostado el cútis por el sol; los ojos y el pelo negros; delgado, de mediana estatura, y de hermosa y despejada frente. Su vida de peregrino y de misionero, haciéndole vencer la debilidad de su constitución con la energía del alma, había prestado á su cuerpo extraordinaria agilidad y soltura.

Las mujeres son curiosísimas; y doña Luz lo era más que las otras mujeres. Nada excita tanto la curiosidad como cualquiera merecimiento ó habilidad que se oculta. Y como el Padre, sin afectación, por no ser propio de su estado, porque no gustaba de hacer alarde de cosa alguna, no se había mostrado nunca á sus ojos como jinete, doña Luz, sin malicia, empezó primero por cerciorarse de que lo era, de que había viajado mucho á caballo en Cochinchina y en la India, y no paró luégo hasta que logró salir con él de paseo á caballo en compañía de D. Acisclo. Doña Luz se compuso de suerte que hizo galopar al Padre y hasta correr á todo escape, y el Padre galopó y corrió sin vanagloria de hacerlo bien, haciéndolo perfectamente, y sin dar el menor indicio de que lo hacía por complacencia galante, ni por lucirse, sino cumpliendo con un deber. Doña Luz se aventuró demasiado y estuvo á punto de dar una peligrosa caída al saltar una zanja. Su caballo no llevaba ímpetu bastante y hubiera caído en ella, si el Padre, conociéndolo, no hubiera llegado en sazón, excitando el caballo con el látigo, y con el ejemplo, porque saltó primero.

El Padre, despues del salto, con tanta dulzura y cortesía como firmeza, reprendió por sus locuras á doña Luz; dijo que podría ser motivo de escándalo el verle correr y saltar de aquel modo; prometió no volver á salir nunca más á caballo, y cumplió la promesa.



Esta misma firmeza de voluntad encantó á doña Luz, aunque iba contra sus gustos y caprichos. La paz y serenidad de espíritu del Padre la tenían maravillada, y más aún su perspicacia. Juzgábale zahorí de corazones. Todos los defectillos de ella, todás las faltas, conocía doña Luz que el Padre las notaba, y que se las censuraba con rodeos delicadísimos; sin dejar por eso de advertir también cuanto en el alma de ella había de noble y de bueno, elogiándolo sin el menor empeño de serle grato por medio de la lisonja.

Ella, entre tanto, miraba en el alma del P. Enrique, y quería verla toda, como él veía la suya. Y notaba que era clara y transparente, como la mar que circunda á Andalucía, pero con un fondo de tal hondura, que á pesar de lo diáfano del agua y de la mucha luz del cielo que en ella penetra, iluminándola toda, la vista se desvanecía y se cegaba, y quedaba á inmensa distancia de los últimos senos y capas de ondas, hasta donde se fatigaba por sumergirse y calar.

## IX.

### HOMILÍA.

En vida tan apacible llegó, para doña Luz y para sus compañeros de tertulia, la primavera de 1861.

Durante la cuaresma, el P. Enrique predicó varias veces, con mediano éxito, no sobrepujando la fama de los otros predicadores con quienes alternaba. El número de los fervientes admiradores del Padre apenas se aumentaba con alguién que no fuese de la intimidad de D. Acisclo.

Aquel año, por lo mismo que su sobrino estaba en el lugar, D. Acisclo quiso echar el resto, en el Juéves Santo, y la cena algo profana, á que dió ocasion la salida en procesion de la Santa Cena, fué opípara y estruendosa.

Doña Luz estuvo amabilísima con todos, y doña Manolita muy alegre y chistosa.



No eran éstas, sin embargo, las reuniones que agradaban á doña Luz y á su amiga, sino las poco numerosas, familiares y frecuentes, donde ellas mismas incitaban á D. Anselmo para que provocase y contradijese al Padre, obligándole así á hablar sobre puntos de religion ó de filosofía.

En no pocas ocasiones, el P. Enrique había lucido, en sentir de sus oyentes, una elocuencia conmovedora; pero jamás produjo tan honda impresion en los ánimos como la noche del Domingo de Resurreccion.

Incitado D. Anselmo, despues de otros ménos importantes ataques, llegó á decir lo que sigue:

—Todo es hablar de caridad y devocion, pero, bien mirado, no se ve en vosotros sino egoismo. No es la piedad, no es el amor á vuestros semejantes quien os mueve, sino el anhelo de la salvacion propia y el miedo del infierno.

—Alambicando de esa suerte, contestó el P. Enrique, no hay amor, por desinteresado que sea, cuya raíz no esté en el amor propio. Las palabras mismas lo declaran. ¿Qué es la compasion? No es más que cierta cualidad, en cuya virtud padece el alma cuando ve padecer á otra como si ella misma padeciera. Todo sacrificio, por consiguiente, que haga el alma compasiva, ya del reposo, ya de la vida corporal, ya de la hacienda, será considerado como egoismo. El alma compasiva le hace para librarse de un padecimiento; para que el ajeno dolor no le duela como propio; para hallar para sí la paz y el bien que apetece. Todo acto de filantropía proviene de compasion: luego proviene del amor propio; luego nace del egoismo. Lo más que los filántropos podreis decir en vuestro abono es que vuestro egoismo es un egoismo bien entendido, un egoismo provechoso para todos.

—Ya lo ven ustedes, señores, replicó D. Anselmo, el Padre, como no puede ni sabe defenderse, ataca; pero sus razones no tienen fuerza contra mí. Yo no vacilo en concederle que la virtud humana de la filantropía proviene de la compasion y es por lo tanto egoismo; pero ¿la virtud divina de la caridad es ménos egoismo en su raíz y fundamento? A fin de no padecer viendo padecer á otro, hago yo, por ejemplo, un acto de filantropía: le hago para ponerme bien conmigo: soy, pues,



egoísta; pero el que hace una obra de caridad, por amor de Dios, para ponerse bien con Dios, de quien toda su dicha depende, ¿se muestra acaso ménos interesado? Todavía se me antoja que vale más el filántropo que el caritativo, porque al cabo es más noble y más bella la condicion natural del alma descreída que siente como propias las penas extrañas, y con el propósito de libertarse de estas penas obra el bien, que la condicion algo sobrenatural del alma creyente que obra el bien por temor de castigo ó con esperanza de galardón y de premio; y no ya por amor del sér miserable á quien socorre y ampara, sino por amor del Sér poderoso de quien todo lo espera.

—Censurar que el alma busque siempre su bien, dijo entónces el Padre, sería tan absurdo como censurar que busquen los graves su centro. Ley es esta indefectible, donde no hay libertad, donde no cabe ni mérito ni demérito. La voluntad va derecha á la beatitud, donde sólo puede aquietarse, como la piedra, desprendida de lo alto de la torre, cae sin detenerse hasta dar en el suelo; como la bala, disparada por certero tirador, vuela á clavarse en el blanco. Lo importante, lo libre, lo meritorio está en poner bien la mira, en buscar el supremo bien donde en realidad reside. Una vez señalado el bien, verdadero ó engañoso, ¿quién no va á él por acto tan voluntario como necesario, ya que amar y apetecer el bien es la esencia misma de toda voluntad? El amor de sí propio es de necesidad; necesidad de quien ni el mismo Dios se sustrae.

—No niego yo que sea así. Convengo en todo, Padre. Pero ¿dónde está entónces la libertad, la responsabilidad de nuestros actos? No habrá pecados ni crímenes, sino errores. La inteligencia se engañará y presentará á la voluntad lo que es malo como bueno.

—Así sería, dijo el Padre, si fuese necesario todo error; pero el error no es necesario siempre. En el error puede haber libertad, y por consiguiente pecado. A veces las pasiones, que no queremos dominar, ofuscan el entendimiento y le llevan á que yerre; á veces el dón sobrenatural de la gracia no acude á nosotros porque nos hacemos indignos de él, y entónces también se turba y se engaña el entendimiento. Pero no creo que disputamos hoy sobre el libre albedrío y la fatalidad, sino



sobre si el alma al amar es desinteresada, porque busca su propio bien, aunque este propio bien estribe en el amor mismo.

—Así es, dijo doña Luz.

—Esa es la cuestion de hoy, añadió doña Manolita.

—Figurémonos, prosiguió el P. Enrique, á un enamorado, á un caballero á la antigua, que por complacer á su dama, y para darle gloria y contento, padece insufribles trabajos, se expone á los mayores peligros y lleva á feliz término las más dificultosas aventuras. Figurémonos que todo esto lo hace por una dama de quien recela que con razon jamás será amado. Y figurémonos, por último, que todo lo hace por servirla y sin esperanza de recompensa. Todavía, segun el modo de discurrir de D. Anselmo, podremos tildar este amor de interesado, ya que el alma de aquel caballero halla deleite grandísimo en hacer cuanto hace por la dama, aunque la dama sea ingrata; ó ya que, si no halla deleite, halla consolacion, considerándose mil veces más infeliz si nada hiciese de lo que hace y si no diese de su amor tan valientes y generosas pruebas. Pero ¿qué mucho si el mismo amor mal pagado suele ser causa de ventura y de gozo íntimo para el amante que prefiere amar, áun sin correspondencia, á que se desprenda y aparte el amor de su alma, dejándola solitaria, seca y vacía? Queda, pues, demostrado así que todo es egoismo, si bien es fuerza convenir en que hay egoismos sublimes y merecedores de perpetua alabanza.

—Acepto, replicó D. Anselmo, el ejemplo de esa dama y de ese caballero andante de los buenos tiempos antiguos que el P. Enrique nos presenta; pero dudo mucho de que el caballero haga sus proezas con la esperanza de galardón ya perdida. La misma alta opinion en que tiene á la señora de sus pensamientos le persuade de que no ha de ser ingrata. El caballero se aventura, pues, y se afana interesadamente, esperando galardón; pero, supuesto el caso extraño de que no le esperase, ya no podría equipararse con el cristiano caritativo, en quien jamás ha de suponerse que la esperanza fallezca. En el concepto que tiene de su Dios va implícita la idea de su bondad, de su omnipotencia y de su justicia, y en ellas libra la



seguridad de la paga. Vuelvo, pues, á mi tema. Toda virtud mundana será egoísmo; pero lo es más la caridad, ya que se funda en firme creencia y en esperanza clara y evidente de que será recompensada. A pesar de todo, no desdeñaría yo esta virtud, y juzgaría soberanamente benéficas la esperanza y la fe de que procede, si no dejara nunca de ser, aunque por fines interesados y egoistas, causa de buenas obras; pero la caridad tiene un camino, cuando se extrema, para lograr su objeto, no ya sirviendo, sino olvidando, desdeñando y menospreciando al prójimo y á cuantos séres hay en este universo visible. El alma que se retira dentro de sí, que se hunde en el abismo insondable de su propia esencia, donde se une ó cree unirse con su Dios, ¿qué vale á los hombres? ¿qué amor les consagra? ¿qué criatura terrenal podrá existir por cuya suerte se interese? El alma que así se endiosa, encastillada en su recogimiento soberano, lo desdeña todo, ménos su propio centro, donde vive identificada con el eterno amante á quien adora y de quien recibe bienaventuranza completa.

Con dulzura insinuante y con el reposo debido, á fin de hacerse entender bien y de poner en sus ideas órden y claridad, contestó entónces el P. Enrique á los argumentos de D. Anselmo; mas, á pesar del dominio que tenía sobre sí y sobre su palabra, la emoción que embargaba su ánimo venía á revelarse en su acento, en el brillo de sus ojos y en el encendido color de sus mejillas, pálidas de ordinario. Todo ello contribuía á infundir en el razonamiento que hizo aquella singular persuasión que cautiva los corazones y somete á blando yugo las más soberbias y rebeldes inteligencias.

¿Cómo reproducir, sin alterarle ó sin debilitar su energía y empañar su esplendor celestial, el sencillo é inspirado discurso que entónces pronunció el Padre Enrique?

Lo que atine á poner aquí el profano, frio, escéptico y pobre narrador de esta historia, no debe mirarse, cuando más, sino como informe bosquejo de lo que dijo aquel hombre entusiasta y creyente. El P. Enrique dijo así:

—A fin de dar cumplida contestacion á los argumentos de don Anselmo sería menester desenvolver ahora las doctrinas todas de una altísima ciencia. Lo que diga yo, por lo tanto,



en breves palabras, no puede ménos de ser desordenado y de pareceros oscuro. Voy á poner en cifra y resúmen lo que requiere, para que se entienda bien, severo método y reposo. Supongamos, por un instante, que abstraída el alma de todo lo terreno, en suspension de potencias y sentidos, en silencio maravilloso y quietud envidiable, goza del supremo bien, sin salir de esta vida mortal, y absorta y como hundida en la contemplacion de su Creador, no cuida ya del prójimo ni de las otras criaturas. Pero ántes de alcanzar tanta dicha, ántes de subir á tanta alteza, ¿qué pruebas de bondad no habrá dado el alma? ¿Por qué áspera senda no habrá tenido que trepar, activa, atenta y persistente? Para ganarse la voluntad de su Creador habrá hecho obras de misericordia, consolando y amparando á los infelices y desvalidos, y con sus oraciones y penitencias, humildad y mansedumbre, habrá sido pasmoso ejemplo y provechoso estímulo á todo sér humano. No se conquista de otra suerte el amor de Dios. No hay otra via más cómoda y llana para llegar á él. Claro está, pues, que, aun suponiendo que el alma es ya inútil para las otras almas al llegar á ese término, es utilísima miéntras no llega. Y no obstante, cuando el alma llega, cuando se recoge en su centro, donde Dios mora, y allí le conoce y con él se une, ¿cómo imaginar que por eso se aniquila ó se hace inútil? Tal vez, al anegarse en aquel abismo de luz, no ve sino tinieblas. Tal vez los ojos del alma no pueden resistir tanto resplandor. Tal vez la inteligencia limitada no comprende aquellas perfecciones infinitas é inenarrables. Pero si la inteligencia, en el alma que llega á Dios, no ve ni comprende todo su sér, bástale con percibir algun atributo para no quedar perdida y aniquilada en su ventura. Bástale ver á Dios, para ver en Dios el mundo y las criaturas que le llenan y hermo-sean, y para verlo todo, por más cabal y comprensiva manera que cuando lo veía con sólo los sentidos como apariencias fugitivas que los hieren. El alma ve entónces las cosas tales como son y no tales como aparecen; las ve, no en su manifestacion transitoria, sino en su idea pura y eterna; no ya en lucha constante, desligadas, sin concierto, en guerra de exterminio, sino que las ve atadas por lazo de amor, subiendo



en concorde armonía hácia la luz y hácia el bien, y encami-  
nándose, por atraccion suave y divina, á la justificacion provi-  
dencial de todo. Y como el alma ama á Dios y todo está en  
Dios, el alma lo ama todo amándole. Y lo ama todo, no ya  
interesadamente, como lo amaba ántes, sino con desinterés,  
porque quien tiene á Dios ¿qué más quiere ni desea? Así el  
alma ama á las criaturas como Dios las ama, y quiere que  
todas se vuelvan á Dios y le amen, y que el tesoro del amor  
divino sea para todas ellas. Y entónces el amor del alma,  
conforme, identificado con la voluntad de Dios, abarca el  
universo y cuanta hermosura espiritual y corporal en sí con-  
tiene. Y léjos de quedar el alma, al unirse con Dios, inerte y  
como vacía y sin conciencia, logra conciencia más clara y dis-  
tinta, y ardé en amor más vivo que todos los amores munda-  
nales. Y no hay excelencia en lo creado, cuyo valer no estime  
y pondere en lo justo; ni beldad en quien sin concupiscencia  
no se complazca, porque tiene ya hartura y plenitud de delei-  
tes purísimos; ni riquezas que no mire sin codicia, por-  
que está agraciada y como heredada de los más preciosos  
dones; y ama sin celos al amor que da Dios á las criaturas, por-  
que las comprende en su mente é imagina que todo el  
amor que vierte Dios en ellas le recibe y le guarda para sí  
propia. ¿De qué sacrificio, de qué obra estupenda de caridad,  
de qué proeza de amor, de qué devocion, abnegacion y mar-  
tirio no será capaz el alma unida con Dios, y que se vuelve  
á las criaturas, y las contempla en Dios mismo, como si  
fuesen algo del sér y de la sustancia del objeto amado? Léjos,  
pues, de creer que esta union del alma con Dios la hace inerte  
é inútil para los demas séres, creo que la habilita y alienta para  
tomar en el manantial caudaloso del amor del cielo los torren-  
tes de caridad que vierte luégo la tierra. Porque, como el Ver-  
bo, que es Dios, dió su vida mortal y humana por la salud de  
los hombres, el alma, si se une con Dios, adquiere la virtud  
divina para arrostrar y sufrir por los hombres los tormentos y  
la muerte, imitando á Cristo, que es el Dios á quien se une.

De esta suerte se expresaba el P. Enrique, hasta donde la  
torpe pluma y la lengua pecadora de quien esto escribe con-  
sigue remedar su improvisada homilía; ya que, en la sagrada



ciencia, que él iba explicando, dijeron los más delgados conceptos y aclararon los más hondos misterios, no los que en los libros y en el estudio fueron á ilustrarse, sino los que por experiencia los entendían y por santidad insigne gozaron del favor divino.

Y miéntras que el Padre hablaba, D. Acisclo oía embelesado, aunque no penetraba el sentido de una sola palabra; y don Anselmo se deleitaba, sin creer, como quien saborea la más bella composicion poética; y doña Luz, doña Manolita y Pepe Güeto escuchaban con fija atencion y gran fervor religioso, lisonjeándose de que todo lo alcanzaban.

Acaso no lo creyó así el Padre, allá en lo interior de su pecho, pues para aclarar y completar lo que había dicho, añadió de este modo:

—Quiero asimilar vuestra filantropía mundana á un hermoso rio, cuyos canales y acequias riegan y fertilizan los campos; miéntras que el alma, que se une á Dios por amor, es como el agua que el sol rarifica y levanta y que sube en vapores al cielo. ¿Será esta agua ménos útil que la del rio? No, porque luégo desciende en bienhechora lluvia, más fecundante que todo riego artificial, y aún de este mismo riego artificial es causa mediata, ya que la lluvia, que viene del cielo, cuaja y forma en la cima de los montes con apretada y cándida nieve las inexhaustas urnas, de donde brotan y se desatan arroyos y rios en cristalinos raudales. Presuma, en buen hora, el zafio y rudo agricultor, cuando riega su campo, que el agua viene de la vecina montaña, y que se deriva por ocultos caminos del seno de la madre tierra. Pero ¿habría agua si el cielo no la hubiera depositado allí? De esta suerte, la filantropía, la virtud meramente humana, tiene su origen, ignorándolo tal vez los mismos que la practican, en la caridad divina. El amor de Dios sube al cielo; se diría que desprecia este bajo mundo; pero, al descender de nuevo á la tierra, como el limpio rocío del aurora, viene transformado en amor acendradísimo del prójimo. En nuestra verdadera religion no sucede como en algunas falsas, donde el bien supremo implica el aniquilamiento de la conciencia. Si el discurso racional no llega al ápice de la mente, Dios le adorna y reviste de pren-



das sobrenaturales; en vez de destruirle, le da la fe, para que viva y entienda. Y á veces brota del centro del alma una luz interior que baña las potencias que hasta el centro no han penetrado, por donde nuestro sér individual, áun en el éxtasis, no se esfuma, ni se desvanece, ni se desmaya, sino que con más sér vive, siente, piensa, conoce y ama. Si para subir al enlace místico, se desnuda el alma de todo lo creado, si llega á entender que sólo existen Dios y ella, esta muerte es como la muerte natural, en la cual se desprende el alma de sus mortales despojos. Y así como el alma ha de revestirse de cuerpo glorioso, así tambien resucitan todas las potencias que, para llegar al éxtasis divino, tal vez murieron. No, no se pierde el alma de los místicos cristianos en la esencia suprema, como en el *nirvana* de los budistas; no, no cae en sueño eterno, sino que logra la plenitud de la vida. El ambiente bañado y penetrado todo de rayos de sol parece luz de oro y sol y no aire; y el hierro, que sale candente de la fragua, no es oscuro y opaco, sino refulgente como el fuego de donde sale; y por igual manera, en cuanto la comparacion material es posible, el alma que se unió con Dios parece Dios. Y por último, para el provecho que á los demas hombres puedan traer estos bienes y regalos de los espíritus contemplativos, quiero añadir una consideracion de gran peso; á saber, que en ninguna creencia, en ninguna doctrina, se ensalza tanto como en la nuestra la dignidad humana, el sér del hombre, prescindiendo de su valer accidental. Los Elíseos, los Paraisos, los Empíreos de otras religiones sólo abren sus puertas á los magnates, á los príncipes, á los sabios, á los guerreros y á los ilustres; miéntras que nuestro cielo es el cielo de los pobres, de los humildes, de los pacíficos y de los mansos. Y no es esto sólo para consolacion, por la esperanza en otra vida mejor, del desden de la fortuna y de los trabajos y miserias que en esta vida tienen que sufrir, sino que ejerce poderoso influjo en lo presente, y da precio infinito á toda alma humana, como rescatada por Cristo, éiguala con más verdad que toda ley democrática á unos hombres con otros, y reviste de majestad sagrada, y hace más que hermanas nuestras á todas las criaturas, á las más cuidadas, á las más viles, á las más abyectas y á las más pecadoras.



Los oyentes del P. Enrique, que aquella noche no eran más que cuatro, entendiendo unos más y otros menos lo que dijo, quedaron todos encantados de oírle. D. Anselmo llegó á confesar que le entraban ganas de ser cristiano; doña Manolita y su marido se sintieron más cristianos que nunca; don Acisclo halló que su sobrino tenía casi tanto entendimiento como él, si bien aplicado á cosas menos prácticas; y doña Luz, embelesada, entusiasmada, añadió acaso, con su rica imaginacion poética, mil quilates de hermosura, de novedad y de profundidad, al discurso del Padre, del cual no perdió ni una sola cláusula, comprendiendo el más hondo sentido del conjunto y de cada sentencia.

## X.

## UN ILUSTRE CANDIDATO.

Por tal arte fueron creciendo la aficion de doña Luz al trato del P. Enrique y la fina amistad que le profesaba.

Como por rápida pendiente, aunque con suave y apenas sentido movimiento, se inclinó su corazon á no desear sino aquellos coloquios con un hombre en quien hallaba ingenio, discrecion y sublimidad en el pensar y en el sentir, hasta entónces no descubiertos por ella en sér humano, y de que sólo sabía por los libros que había leído.

Ningun recelo empañaba la limpieza y seguridad de esta inclinacion, si tranquila y serena, irresistible y declarada. Doña Luz, en su orgullo, doña Luz, en el cristal terso é incontaminado de su conciencia, no podía ver peligro, ya que por leve y remoto que le viese, sería como una mancha. El más ligero propósito de precaverse hubiera implicado temor y sospecha ofensiva. Doña Luz nada sospechaba de sí. Nada tampoco sospechaba del Padre. Le consideraba como á un santo y empezó á amarle y á venerarle como aman y veneran á los santos las personas piadosas.



Era tal el candor de doña Luz, que hubiera dicho al Padre los sentimientos que le inspiraba, si no hubiera temido ofender su modestia ó mostrarse aduladora. Pero aunque nada le decía, hartó le daba á entender su extraordinaria predilección, atrayéndole de continuo, y no hallándose á placer sino cuando le tenía á su lado, le hablaba ó le escuchaba.

El P. Enrique, por su parte, no manifestaba la menor extrañeza por los favores que de doña Luz recibía. Y esto no porque fuese vano y se figurase que todo le era debido, sino porque no juzgaba nada más natural que aquella buena correspondencia.

Era el Padre hombre de muchísimo mundo y de poquísimo mundo, según esto se entendiese.

Conocía el corazón en general, y en cuanto está más cerca de la naturaleza. Para tratar, dirigir, ganar almas y someter voluntades, había sido maravilloso allá en los pueblos del extremo Oriente; pero como había salido de España muy mozo, y apenas había vivido en esta sociedad artificiosa y algo refinada de nuestro siglo, cuya cultura y usos convencionales se extienden hasta las aldeas, lo veía y estimaba todo con cierta sencillez selvática, interpretando las palabras y las acciones de diverso modo que el vulgo. Así es que, si bien notaba, y se sentía lisonjeado al notar lo, que doña Luz hacía de él el más alto aprecio, ni en ella, ni en él, ni en el público, acertaba á descubrir que pudiese esto ofrecer el menor inconveniente. La afición de doña Luz no se diferenciaba á sus ojos de la que le tuvieron estos ó aquellos neófitos indios, chinos ó anamitas, salvo en ser la afición de doña Luz más de estimar por la excelencia de la persona que la sentía, en quien el Padre hallaba un sin número de brillantes calidades: un espíritu cultivadísimo y capaz de elevarse á las esferas más encumbradas del pensamiento y un corazón lleno de afectos tiernos, nobles y puros. De sí propio tampoco recelaba el Padre. Amaba á doña Luz como el maestro ama á su discípulo; como un alma ama á otra alma, cuando ambas coinciden en las mismas creencias y opiniones, suben á las mismas alturas, y especulan y contemplan las mismas ideas.

El P. Enrique se sentía atraído por doña Luz con mayor



fuerza que por todas las demas personas que en el lugar conocía, ó que ántes, fuera del lugar, había conocido; pero esto se explicaba de la manera más razonable y sin malicia.

¿Quién penetraba mejor que doña Luz el sentido de todos sus discursos? ¿Quién le seguía mejor, quién se le adelantaba á veces en los vuelos y raptos de imaginacion, cuando pugnaba por levantarse á aquellas regiones adonde el prosaico razonamiento no llega? Sin duda que doña Luz. Doña Luz era, pues, para el Padre un sér muy superior á cuanto la rodeaba, y digno de predileccion decidida. En el agua turbia de un estanque poco cuidado, en el agua agitada y cenagosa de un torrente, nada se refleja; mientras que en el haz limpia, tersa y tranquila de un lago de agua pura, el cielo, los montes, los astros, la luz, las flores y toda la gala y la pompa del mundo se retratan con tal primor, que el cielo parece allí más hondo é infinito, y la luz más clara, y las flores de color más vivo, y los montes más gallardos, y sus perfiles y contornos más graciosos y mejor desvanecidos en el sumo ambiente, y la verdura del prado más verde y más fresca. Por lo cual, aun el que no repara en la hermosura propia del lago y en el encanto que tiene él de por sí, tal vez se recrea en lo que refleja y duplica en su seno, y gusta más de mirar todo aquello en el reflejo del lago que en sí y tal como es. Y por estilo semejante, el P. Enrique, que apenas se fijaba en la belleza y elegancia del cuerpo y rostro de doña Luz, ni en la distincion de sus modales, ni en el reposado y majestuoso continente de toda su persona, hundía la mirada á traves de estas prendas corporales y exteriores, y llegaba al alma, donde resplandecía un mundo de pensamientos, que eran los suyos propios, pero mil veces más bellos, reflejados por doña Luz, que tales como ellos eran.

Casi siempre las conversaciones de doña Luz y del P. Enrique eran en la tertulia, en presencia de don Acisclo, de don Anselmo, de Pepe Güeto y su mujer y del señor cura. En ocasiones, no obstante, se encontraron en la casa á solas los dos, ó bien hablaron sin oyentes y sin otros interlocutores, cuando salían de paseo con Pepe Güeto y su mujer, y éstos se adelantaban ó se quedaban atras, embelesados en la interminable y risueña luna de miel, de que seguían gozando



siempre. Entónces, en estos diálogos á solas, sin reflexionarlo ni él ni ella, sin que fuese circunspeccion estudiada, lo cual implicaría un temor de que ambos se veían exentos, sino por instintiva, inocente y santa delicadeza, por pudor inconsciente, por recato santísimo del corazon, jamás hablaban ellos de sus propias personas, ni de lo íntimo de las almas, aunque fuese en general, sino de la pompa exterior del material universo, y de la armonía, riqueza y órden que le adornan, proclamando la bondad, el poder y la sabiduría de quien le sacó de la nada.

Ella, sin embargo, había sabido inducir al Padre, cuando había auditorio, á que hablase de sí y á que contase sus peregrinaciones. Y el Padre, si bien con modestia y sobriedad, no había podido ménos de dejar entrever y de hacer que se estimasen los peligros que había corrido y las penalidades y fatigas que con valor heroico había sobrellevado.

Él, en cambio, había leído en la frente y en los ojos de doña Luz hasta sus más secretos pensamientos y sentimientos. Para esto le servía su costumbre de observar y estudiar á los hombres, en tantos años de predicador, confesor y catequista. Además, si algo hubiera quedado para él en cifra, su tío D. Acisclo, aunque con términos groseros, le hubiera dado la clave, contándole, como le contaba, la vida de doña Luz en el lugar, su desden con los galanes, su orgullo y su firme resolución de no casarse nunca.

Los hombres, por mucho que se examinen y estudien, por bien que escudriñen hasta los más escondidos senos de su conciencia, por severamente que se juzguen, y por muy alerta que estén, suelen con frecuencia concebir algun plan ó proyecto, el cual les deleita y seduce, envolviéndose en tan mágica niebla, que logra ocultarse ó velarse y disfrazarse al juicio, cuando éste interroga para fallar y condenar acaso, quedando patente y como desnudo á los ávidos ojos de la pasión que le ha creado.

De este modo confuso y como entre nubes forjó sin duda el P. Enrique, á quien el trato de doña Luz encantaba, si no un plan, una ilusión, una esperanza, algo de un porvenir meramente amistoso, aunque lleno de ternura. Apenas se daba



razon de lo que forjaba, pero ciertamente lo forjaba. Lo que forjaba era, por otra parte, tan sin asomo de pecado, que no suscitaba escrúpulos. Lo que forjaba era muy sencillo. Doña Luz era casi seguro que no se casaría ya; lo mejor, pues, de su inteligencia se emplearía en comunicar con la del Padre; su voz en hablarle; su oído en oírle; su más seria ocupacion sería pensar en las cosas del cielo, segun el método y forma con que él pensaba; su deleite mayor hablar con él de Dios y del alma y de toda verdad y de toda bondad y hermosura. En fin, el P. Enrique, sin confesárselo á sí mismo, vino poco á poco á persuadirse de que con su espíritu iba como á llenar y compenetrar el espíritu de doña Luz, y notó apénas que ella se enseñoreaba ya por entero del espíritu de él, aunque con cierta subordinacion y dependencia de otros sentimientos é ideas de valer muy superior, los cuales prevalecían sobre aquella nueva y poderosa influencia.

Provino de todo esto una fervorosa amistad, que se alimentaba en el comercio y comunicacion constante de aquellas dos personas.

En los lugares, ni más ni ménos que en las grandes poblaciones, abundan las malas lenguas; pero concurrían en esta ocasion mil circunstancias que evitaron que la maledicencia se cebase en tan inocentes relaciones y las interpretase en sentido avieso.

Las causas principales de que se hable en seguida, dado el motivo ó el pretexto ó la apariencia, de toda intriga amorosa, particularmente si no tiene por fin el matrimonio, no se presentaban aquí.—Por lo comun, una de las causas de que se hable y se murmure es el propio deseo del galan, quien suele desear que se diga lo que es y aún lo que no es, y á veces finge que disimula con tan contraria habilidad, que más bien descubre ó hace sospechar misterios y aún venturas que quizá no ha logrado. Mujeres hay asimismo no ménos aficionadas á que todo se sepa, particularmente cuando son pretendidas y desdeñan y burlan á los pretendientes. Y muchas, cuando los pretendientes son muy estimados y famosos, aún echando á rodar todo respeto, con tal de hacer rabiarse á las abandonadas rivales, dan, como suele decirse, un cuarto al pego-



nero, para que pregone y divulgue su fragilidad y sus amoríos.

Nada de esto tenía lugar entre el Padre y doña Luz. Antes bien ocurría lo contrario.

Los mozos del lugar ó forasteros que, por más guapos é importantes, habían osado aspirar á doña Luz y habían sido rechazados con suavidad ántes de una declaracion que los comprometiese, tenían tan alta opinion de doña Luz y de ellos mismos, que cada cual imaginaba que era inexpugnable la que á sus encantos y buenas prendas no se había rendido. ¿Cómo creer que gustase de un fraile enfermizo y casi viejo la que había sido fría, insensible y desamorada con un mozo galan, robusto y gallardo? Esto hubiera sido monstruoso.

Las mujeres son, por lo general, las que descubren ó inventan las aventuras, caidas ó deslices de sus enemigas; pero doña Luz estaba tan por cima y tan apartada de toda rivalidad y se había ganado de tal suerte el afecto de todos, que nadie le contaba los pasos ni andaba acechando para ver si daba alguno en falso y acusarla de ello despues.

Por otra parte, doña Manolita, con su charla, su desenvoltura y sus chistes, era el órgano más autorizado y resonante de la opinion pública en Villafría, y doña Manolita, no ya no habiendo el menor motivo, pero aunque le hubiese, no hubiera consentido jamás en que se dijese nada contra doña Luz; hubiera ahogado en sus burlas la voz de la murmuracion más descocada.

El concepto que del Padre tenían en Villafría no se prestaba tampoco á que sobre el punto de que hablamos se levantasen caramillos. Los más, como no le hallaban divertido y como casi no le entendían, le tenían poco ménos que olvidado, aunque si alguna vez se acordaban de él era para considerarle como un santo, fastidioso, valetudinario y nada ameno. Hombre de los que no se usan, pajarraco exótico y raro para los volterianos del lugar, no hubiera sido difícil que álguien le supusiese conspirando en favor del restablecimiento de la Inquisicion y hasta comiéndose los niños crudos; pero á nadie le cabía en la cabeza que pudiese ser galanteador y tener



buenas fortunas un señor tan pálido, enclenque, melancólico y asendereado.

Por todo lo expuesto, nadie ponía malicia, nadie comentaba de modo injurioso la intimidad y convivencia de doña Luz y del Padre, quienes, por otro lado, donde se trataban, se veían, se hablaban y aún se admiraban inocentemente, con el mayor abandono, era en el seno de la pequeña tertulia, de la cual, nada trascendía, y en la cual todo se explicaba santísimamente, ó mejor dicho, no se explicaba, pues ni para don Anselmo y su hija y yerno, ni para D. Acisclo, ni para el cura don Miguel, requería aquello la menor explicacion. El cura don Miguel, sobre todo, y el Sr. D. Acisclo, cada cual á su manera, veían en doña Luz y en el Padre dos seres sobrado singulares, las dos terceras partes de cuyos pensamientos y palabras oían como quien oye música celestial sin penetrar lo que significaban. Nada, por lo tanto, más justo ni más preciso que el que los dos se dijese lo que ellos solos al cabo sabían entender.

Entre tanto, doña Manolita, que era muy observadora y burlona, había notado que en el ánimo de D. Acisclo se iba dando una radical transformacion. Doña Manolita había comunicado sus impresiones á doña Luz y á Pepe Güeto.

Segun dichas impresiones, D. Acisclo estaba cada dia más ancho y orgulloso de que su tertulia se hubiese hecho tan sabia y pareciese una Academia de ciencias; pero al mismo tiempo, andaba imaginativo y ensimismado, hablaba á solas, y se diría que en su mente se agitaba un enjambre de ideas, las cuales, como las abejas en la colmena, pugnaban por fabricar, en vez de panal melífero, alguna resolucion estupenda.

—¿Qué resolucion querrá tomar? se preguntaba doña Manolita. ¿Si habrá tocado su corazon el dedo del Altísimo? ¿Si el buen señor, edificado con las homilias del sobrino, tratará de abrazar la vida contemplativa y de ser santo tambien?

Pepe Güeto y doña Luz se reían de tan inverosímil suposicion; pero la verdad era que ellos notaban asimismo lo mucho que D. Acisclo cavilaba, y sentían no pequeña curiosidad por conocer el asunto de sus cavilaciones.

Delante del P. Enrique no osaron interrogar á D. Acisclo;



pero el Padre se iba siempre á las diez de la tertulia, porque nunca cenaba, y Pepe Güeto y su mujer se quedaban á cenar todas las noches allí. La cena solía durar hasta las once, y además casi siempre permanecían de sobremesa los señores, mientras que cenaban los criados, siendo este el momento de mayor confianza y alegría.

Varias noches, estando así, ya de sobremesa y no presentes las chicas que habían servido, doña Manolita tentó el vado, á ver si D. Acisclo declaraba la causa de su preocupacion.

Don Acisclo, aunque negaba que estuviese preocupado, lo daba á conocer cada vez más, si bien no confesaba la causa.

Una noche, por último, D. Acisclo se mostró más preocupado, pero más alegre asimismo. Alguna satisfaccion le rebo-saba en el pecho y pugnaba por salir de sus labios.

Doña Manolita lo conoció, y le dijo:

—Vamos, Sr. D. Acisclo; no sea V. malo. No se atormenten V. por el solo gusto de atormentarnos. Si rabia V. por decir lo que le pasa ¿por qué no lo dice? V. está maquinando alguna novedad que nos va á dejar aturdidos. La cosa va muy adelantada. Declare V. lo que es para que no nos coja de susto.

—Ea, Sr. D. Acisclo, declárelo V., añadió Pepe Güeto. Mi mujer pretende que V. tiene comezon de ser santo como su sobrino, y que el dia ménos pensado traspone V. y nos planta y se larga á Sierra-Morena á hacer penitencia, metido entre matorrales ó en el hueco de algun peñasco.

—Todo ménos eso, respondió D. Acisclo. No me llama Dios por ese camino, y cualquiera otro estado es bueno para servirle.

—Eso es indudable, dijo entónces doña Luz. Yo no he creído nunca que á V. le pudiese entrar la manía de imitar á los solitarios penitentes; pero he pensado, como mis amigos, que usted medita y prepara, desde hace dias, un cambio en su manera de ser y de vivir.

—Estas mujeres son el diablo, contestó D. Acisclo. Nada se les oculta. Todo lo penetran. No quiero ni puedo ya negarlo. Voy á ser otro del que he sido hasta aquí. Confieso que la consideracion del mérito de mi sobrino me ha servido de estímulo.



—¿No lo decía yo? exclamó doña Manolita. D. Acisclo, ¿se nos va V. á ir á la China ó á la India á convertir infieles?

—Algo de eso hay, respondió el interrogado. Infieles voy á convertir, pero sin salir por ahora de Villafría.

—¿Y cómo va á ser eso? dijo doña Luz.

—Muy sencillamente, continuó D. Acisclo. Ya saben ustedes que yo he sido y soy, dicho sea entre nosotros, desechando la modestia, un hombre bastante útil para mi patria. Yo hago prosperar la agricultura; aumento la riqueza; doy de comer á los pobres que trabajan; en fin, sirvo de mucho.

—No es menester que V. se alabe. ¿Quién no confiesa, dijo Pepe Güeto, que V. es la providencia de Villafría?

—Pues bien; todo eso lo hago con el dinero que he sabido adquirir. Yo he tenido y tengo capacidad para adquirir dinero. Pero al ver que mi sobrino ha adquirido ciencia y gloria, he comprendido que el dinero no me bastaba, y que hay otras cosas que valen tanto casi como el dinero. La ciencia, por ejemplo. ¿Cómo adquirirla, sin embargo? Ya está duro el alcacer para zamponas. Ya es tarde para que yo me engolfe en estudios. Hay otra cosa que me atrae, que me seduce, y no es tarde aún para que yo la adquiera.

—¿Qué será? ¿Qué no será? murmuró doña Manolita.

—Adivínalo, muchacha; lúcete; muestra que ves crecer la hierba.

—Confieso que soy tonta: nada adivino. Ya que no aspira usted ni á sabio ni á santo, ¿á qué aspira?

—Aspiro al poder. El poder es el complemento del dinero. Quiero ser hombre político, personaje influyente, dueño de este distrito electoral, derrotando al cacique de la cabeza del distrito, que hoy lo puede aquí todo.

—¿Quién le mete á V. en esos ruidos, Sr. D. Acisclo? dijo entónces doña Luz.

—Mis convicciones políticas, respondió D. Acisclo con suma gravedad.

—¿Sus convicciones políticas? Me pasma lo que le oigo decir. Pues ¿de dónde provienen esas convicciones? Yo creía que usted no había pensado en política en todos los días de su vida.



—Entendámonos, replicó D. Acisclo: en la política que sirve de pretexto ó apariencia, es cierto que jamás he pensado; pero en la política-verdad pienso siempre.

—¿Y qué es la política-verdad?

—La política-verdad es que todos los que formamos la nación española damos al Gobierno cada año, por diferentes maneras, más de la mitad de lo que la tierra, nuestro trabajo y nuestro caletre producen. El Gobierno luégo, ya en forma de pagas, ya en forma de subvenciones, ya en otras formas, reparte todo esto entre sus amigos. De esta suerte lo que absorbe el Gobierno como contribucion, se derrama de nuevo como benéfica lluvia. ¿No es necesidad que yo pague y no cobre? ¿No es bobada que yo contribuya y no distribuya? ¿No sería más discreto que yo imitase á D. Paco, el grande elector de este distrito, que paga diez y saca ochenta? Pues qué, ¿no tengo yo sobrinos, hijos y ahijados, á quienes dar turrón? ¿Una gran cruz, no me vendría que ni de molde? ¿El tratamiento de excelencia se me despegaría? En vez de pagar mucho, como pago ahora, y de no recibir nada, como no recibo, ¿no me sentaría divinamente pagar ménos, y recibir con usura lo pagado y más de lo pagado? Pues esto es la política, y por esto quiero meterme en la política. ¿Qué digo *quiero meterme*? Metido estoy ya en ella hasta los codos.

Doña Luz distaba mucho de creer que la política fuese lo que por la política entendía D. Acisclo: pero, viendo lo convencido que él estaba de que no era otra cosa, y notando además que Pepe Güeto y su mujer no distaban mucho de pensar como D. Acisclo, no quiso predicar en desierto ni tratar de convencerlos de que el verdadero concepto de la política era muy diferente. Tambien le chocó sobremanera el tortuoso giro de pensamientos y discursos, por donde la mente de D. Acisclo, partiendo de las homilías, disertaciones filosófico-cristianas y demas sublimidades del Padre, había venido á parar en que debia él ser hombre político, á fin de pagar ménos contribucion y de tomar mucha distribucion.

Sobre este último punto no pudo ménos de decir doña Luz:

—Aun concediendo, que ya es hartó conceder, que la política sea como V. la entiende, todavía me pasmo, Sr. D. Acisclo,



de que, en virtud de los razonamientos de su sobrino de V., haya venido V. á sacar como consecuencia la resolución de ser político y de derrotar á D. Paco, poniéndose en lugar suyo.

—Pues mire V., señorita doña Luz, respondió D. Acisclo, no hay nada más llano que el camino de discurrir que yo he seguido. Enrique me ha dado ánimos sin él saberlo. Por él he comprendido que en mi familia hay brío para todo. Él es santo y sabio: hombre teórico: yo soy rico. ¿Por qué no he de ser también influyente, á fin de ser el hombre práctico por completo? ¿No hubo en lo antiguo, en una sola familia, Marta y María? Pues ¿por qué ahora, en otra familia, salvo la diferencia de sexo, no hemos de ser él María y yo Marta; él el contemplativo y yo el activo?

—Bien por D. Acisclo, dijo Pepe Güeto.

—Y vaya si tiene razón: ya sabe él dónde le aprieta el zapato; añadió doña Manolita.

—No, sino pónganme el dedo en la boca, exclamó D. Acisclo, y verán si muerdo ó no muerdo. Pues qué, un hombre de mis millones, y con un sobrino tan notable, ¿ha de estar toda su pícara vida humillado por ese tunante de D. Paco, á quien da el diputado cuanto pide y más?

—Nada de eso, Sr. D. Acisclo, dijo Pepe Güeto, dejándose arrebatado del entusiasmo. Es menester sacudir el yugo.

—¡Muera D. Paco el tirano! gritó doña Manolita riendo.

—Ya se entiende que la muerte ha de ser meramente política y no civil ni natural, interpuso doña Luz.

—¿Y cómo se va V. á componer para matarle políticamente? preguntó Pepe Güeto.

—¿Cómo me voy á componer? ¿Cómo me he compuesto? es lo que debieras preguntar. Pues qué, ¿me duermo yo en las pajas? Ya lo tengo todo concertado. El ministro cuenta conmigo. El gobernador de la provincia cuenta conmigo. Yo les he probado que no es natural, sino artificial, el diputado que de aquí enviamos, y, como ahora está en la oposición, el Gobierno le derrotará con mi auxilio en las nuevas elecciones, que serán pronto.

—¿Y quién es el nuevo candidato del Gobierno? preguntó doña Manolita.



—Un candidato ilustre, un sujeto de inmenso porvenir, un héroe de la guerra de África, dijo D. Acisclo muy orondo. Yo le protejo, yo haré por él prodigios, yo me atraeré á los parciales de D. Paco, que se quedará solo, y mi hombre saldrá por una inmensa mayoría.

—¿Y cómo se llama su hombre de V.? dijo Pepe Güeto.

—Se llama el brigadier de caballería D. Jaime Pimentel y Moncada, valiente como el Cid, de noble prosapia, jóven y gallardo. Ya le verán ustedes, ya le verán ustedes, porque pronto vendrá á visitar el distrito.

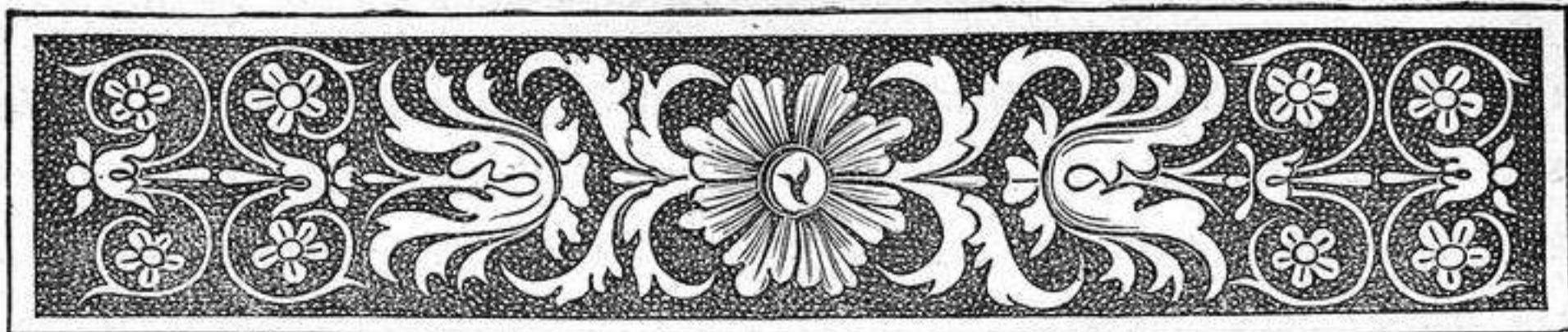
Con este noticion se puso término á la charla, así porque era ya tarde, como porque los aplausos y vivas de doña Manolita y de Pepe Güeto no consintieron que siguiera adelante aquella noche.

JUAN VALERA.

*(Se continuará.)*







# EL SONIDO

---

CONFERENCIAS DADAS EN EL ATENEO DE BARCELONA

POR

EL CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE INGENIEROS INDUSTRIALES

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS

SOBRE LOS ÓRGANOS DE LOS SENTIDOS.

---

## SEGUNDA CONFERENCIA.

SEÑORES:



La anterior conferencia sobre el sonido no acabó naturalmente. La inexorable tijera de esa Parca mitológica que se llama tiempo, la cortó con su habitual brusquedad. Debo empezar esta conferencia por lo último de la primera. ¿Y qué fué lo último de la primera? No lo adivinarán ustedes, y digo que no lo adivinarán, porque las salidas de fray Gerundio de Campazas no se adivinan, son inesperadas; en esto precisamente estriba su gerundiano mérito. Pues lo último de la primera conferencia fué la acostumbrada explosión de vuestra galantería, fué vuestro aplauso.

Y al comparar el estado de sonora agitación en que se encontraba esta sala en aquel momento, con el estado de quie-



tud, con el profundo silencio que reinaba en ella en el momento de empezar la segunda conferencia, no puedo menos de exclamar recordando á Jorge Manrique :

¿Qué se hizo aquel aplauso?  
 Los sonidos de las manos ¿qué se hicieron?  
 ¿qué fué de tanto sonido?  
 Mis dos ó tres mil palabras ¿dó se fueron?

Esta exclamacion, que parece solamente el glosado recuerdo de una antigua y sentidísima poesía castellana, es algo más: es el enunciado de un importantísimo problema físico que constituirá un punto capital de esta conferencia, porque habiendo tratado en la primera del nacimiento y vida del sonido, natural es que lleguemos á su muerte. Y tan natural es esto, que á no ser porque al redactar el tema de estas explicaciones, tenía en la mente el propósito de hacer algunas ligeras excursiones al campo espiritual, sirviéndome del sonido como de vehículo para esos difíciles y penosos viajes, yo no hubiera titulado mi conferencia como la titulé: yo la hubiera titulado *Nacimiento, vida y muerte de un sonido*. Vamos, pues, á tratar de esa muerte sin que por eso se entienda que con ella concluye la historia de nuestro héroe; porque pienso relatar despues una de sus más bellas empresas. Hay empresas que no se deben ó que no conviene historiar hasta despues de muerto el héroe que las acometió y que las llevó á feliz remate. No todos los héroes tienen la incomparable fortuna que tuvo nuestro hidalgo manchego de encontrar en vida nada menos que un Cide-Hamete Ben-Engelí que echase á volar por el mundo la fama de sus aventuras. Por otra parte, lo que tengo que decir del sonido es muy digno de loa; y si lo contase ántes de su muerte podrían algunos encontrar en mis alabanzas cierto olor á lisonja: mas contándolo despues, todos encontrarán naturales mis elogios, porque ya se sabe que despues de la hora de la muerte llega la de las alabanzas.

Empecemos por recordar que todas las moléculas de los cuerpos están en continuo é invisible movimiento; que un cuerpo sólido no es más que un agregado de millones de moléculas que giran en microscópicas órbitas, sin estorbarse unas á otras, en mutua dependencia, como los planetas de un sis-



tema planetario. Este continuo movimiento molecular, este continuo baile *se llama calor*. Este baile no se ve, ni se oye, ni se huele, ni se gusta, pero se palpa; puesto que tocando un cuerpo conocemos si está más ó menos caliente, esto es, si sus moléculas giran con más ó menos velocidad.

Pero, además de este baile continuo y perpetuo que se llama calor y que se palpa, y sin perjuicio de él, los grupos moleculares del cuerpo pueden ejecutar un cierto baile pasajero que se oye, que es el sonido. Las moléculas, sin cesar jamás en el baile calorífico, que exige cortos y rapidísimos movimientos, pueden ejecutar accidentalmente otro de más amplios y pausados movimientos que es el baile sonoro.

Pongamos dos comparaciones para aclarar estas importantísimas ideas.

1.<sup>a</sup> Bailan ó se mueven varios buques en nuestro puerto: este baile representa el sonido; mas sin perjuicio de él, se mueven ó bailan los marineros dentro de los buques: este baile representa el calor.

2.<sup>a</sup> Baila un marinero; este baile es el sonido; pero antes del baile, en el baile y después del baile, bailan los glóbulos de la sangre dentro del marinero: este baile sanguíneo es el calor.

Recordemos además estos dos grandes principios de las ciencias físicas elevados ya á la categoría de axiomas, esto es, beatificados y canonizados:

1.<sup>o</sup> No hay en la naturaleza fuerza alguna capaz de crear ni de aniquilar un solo átomo material.

2.<sup>o</sup> No hay en la naturaleza fuerza alguna capaz de crear ni de aniquilar el movimiento de un átomo ó de una molécula material. Si un átomo pierde todo ó parte de su movimiento, otro átomo lo gana.

Hay, sin embargo, fenómenos en los cuales parece que se contraría este principio: hay fenómenos en los cuales se ve claramente que un átomo ha perdido un movimiento que tenía, sin que otro átomo lo gane; pero analizando bien esos fenómenos se ve que lo que ha pasado es que el movimiento que desaparece en ese átomo *se ha transformado* en el mismo átomo en otro movimiento. Voy á poner un ejemplo que es



muy adecuado para que se comprenda esto con toda claridad. Arrojemos con gran velocidad (800 metros por segundo, v. gr.) una bala de plomo contra un muro de piedra dura. Es evidente que mientras la disparada bala va por el aire, sus moléculas llevan un movimiento de traslación hacia el muro.

Choca contra él, la bala se aplasta y cae al suelo, y se queda allí parada. También es evidente que las moléculas de plomo han perdido el movimiento visible de traslación que llevaban. ¿Pues qué se ha hecho de este movimiento de traslación? Se ha empleado en acrecer la velocidad del baile calorífico que ejecutan siempre las moléculas de la bala: el movimiento de traslación de esas moléculas se ha *transformado en ellas mismas* en ese movimiento molecular invisible y perpetuo que se llama calor. Y en efecto; si tomamos la bala en la mano veremos que está caliente, que acaso quema, y vemos aparecer como movimiento calorífico el movimiento que desapareció ó que murió como movimiento de traslación. Y el movimiento que desaparece bajo una forma, aparece bajo otra en *completa equivalencia*; tanto vale y representa en el mundo material el movimiento que desapareció como el que apareció, de modo que subsiste siempre el segundo principio, principio necesario para el perfecto equilibrio y correspondencia de todas las partes del universo.

¿Y de qué modo se equivalen el movimiento que desaparece con el movimiento que aparece? Ambos movimientos se equivalen considerados como elementos de la fuerza ó de la energía. Se equivalen porque el producto de la masa por el cuadrado de la velocidad del movimiento que desaparece, es igual al producto de la masa por el cuadrado de la velocidad del movimiento que nace.

Resulta, pues, de lo dicho que la muerte del movimiento de traslación de las moléculas de plomo de la bala *es su conversión* en movimiento calorífico. Todo movimiento contrariado se convierte ó transforma en otro movimiento.

Pues el *mismo fin* que tuvo el contrariado movimiento de traslación (contrariado por la muralla) de las moléculas de la bala de plomo, tienen el movimiento sonoro y el luminoso. El baile aéreo que se llama sonido, y el baile etéreo que se



llama luz, degeneran ó se convierten ó se transforman en el baile calorífico.

El sonido se convierte en calor.

Ahora comprendereis en qué consisten las malas condiciones acústicas de este salon. Pues consisten en que esta sala no mata con bastante rapidez los sonidos; consisten en que los deja sufrir una lenta agonía: hablando científicamente, diremos que consisten en que los sonidos aquí no se convierten con bastante rapidez en calor. Así sucede que cuando la tercera sílaba de una palabra que sale de mi boca llega al oido de ustedes, todavía andan bailando por el aire la primera y la segunda sílabas, y sus sonidos, aunque apagados, dañan á la clara y distinta percepcion de la tercera, con la cual parece como que se enredan. Los sonidos en esta sala tienen cola: las sílabas aquí pronunciadas arrastran cola. Sí, señores, no van vestiditas de corto, como convendría: llevan vestido de cola, y si yo no tengo mucho cuidado en hacerlas salir lentamente de mi boca para que marchen por el aire separaditas, guardando las convenientes distancias, sucede que se pisan la cola unas á otras, y salen rodando por el aire, llegando á vuestro oido en confuso y casi revuelto torbellino; y al percibir ustedes este confuso torbellino, dicen con razon: «oimos el rumor de las palabras, mas no las entendemos;» que vale tanto como decir: «vemos con el oido el confuso tropel de las sílabas, mas no les vemos las caras.»

Arrojad una pelota contra un suelo ó una pared elásticas, y la vereis rebotar sobre el obstáculo, lo que es lo mismo, la vereis reflejarse y su movimiento continuará despues del choque; pero arrojadla sobre un mullido y blando colchon de plumas ó de lana y la vereis hundirse en él, y perderá rápidamente su movimiento. Los sonidos que salen de mi boca son como pelotas de goma elástica, que van á chocar contra los muros de este salon y contra esa inmensa y descomunal bóveda, y rebotando sobre el muro y bóveda, ó sea reflejándose, vuelven al aire como tales sonidos y no mueren en el choque. Mas si forrásemos todos esos muros y bóveda con muelles tapices, los sonidos no se reflejarían, morirían en el choque, se convertirían en ese choque en calor, como le sucedió al movi-



miento de la bala de plomo al estrellarse sobre la muralla.

Conste, pues, que aún en esta sala, que es cuanto se puede decir, los sonidos mueren definitivamente convirtiéndose en calor. Pues si no se convirtieran definitivamente en calor; si continuasen siempre siendo sonidos, ¿cómo podríamos entendernos ahora? En esta sala estarían eternamente sonando cuantas palabras se han pronunciado en ella. Esta sala sería peor que el cañaveral del rey Midas, porque en este siquiera no se oía más que una sola cosa, y bien inocente por cierto; pero aquí ¡cuántas cosas se oirían?

Lo que he dicho del sonido se aplica también á la luz. En este momento y por el hecho de mi palabra, están danzando los millones de millones de moléculas aéreas que llenan la sala, y por el hecho de esas luces están también danzando las moléculas etéreas en que estamos sumergidos. Si me callo y se apagan las luces, cesan ambos bailes, esto es, degeneran en el baile calorífico, en la orgía calorífica, en la bacanal calorífica, en calor. De modo que en todo rigor no puede decirse que cesa el baile, sino que cambia el ritmo, que cambia el compás; el baile no es ya sonido ni luz; es calor.

Decía yo ántes que si los sonidos producidos en esta sala no se convirtiesen en calor, sería imposible entenderse ni aún permanecer aquí. Pues ahora digo que si los sonidos y la luz producidos en nuestro planeta desde su principio no se hubiesen convertido en calor, estaríamos *frescos*: nuestra vida no sería posible; la tierra sería una horrible olla de grillos. Si viviésemos, estaríamos continuamente oyendo un rugido inmenso, formado por los ruidos de los pasados terremotos, los silbidos de los pasados vientos, los pasados rumores de los mares, los aullidos de los mastodontes y los megaterios, los estampidos de todos los truenos, los ecos de todos los cañonazos disparados, los discursos íntegros de todos los diputados de todos los congresos del mundo.

No habría en la tierra silencio y ruido, día y noche, luz y oscuridad, blanco y negro.

¡Gracias, pues, al calor, á ese abismo donde se hunden los sonidos, la luz y el rayo! ¡Gracias á esa tumba donde se entierran los estampidos del cañon de las batallas, las voces de



mando de los jefes, los hurras á los héroes, los gritos de la victoria y los ayes de los moribundos! ¡Gracias á esa tumba donde se hunden juntos, confundidos é igualados, el canto del ruiseñor y el aullido de la fiera, la oracion del justo y la blasfemia del pecador! ¡Y de donde tal vez salgan mañana convertidos y trastrocados la oracion en blasfemia y la blasfemia en oracion!

Señores, la historia de un átomo desde la creacion acá puede decirse que sería la historia entera del universo; porque, ¿dónde no habrá estado ese átomo, ó de qué cuerpo, de qué planta, de qué animal, no habrá formado ó no formará parte? ¿Cuántas cosas no habría visto si pudiera ver, y contarlos si pudiera hablar? Él habrá pertenecido ó pertenecerá á todos los astros; y en el nuestro, él habrá formado parte del agua del mar, del vapor invisible que de ésta se eleva al alto, de la nube que nace en el firmamento azul, de la gota de agua lágrima de la nube, del granizo con que se venga de la tierra, de la planta que humedece, de la flor de la planta, de la semilla de ésta, del animal que se la asimila, del hombre que se come ese animal, del animal que se come al hombre, de la secrecion de ese pequeño antropófago, del terreno con esta secrecion abonado y enriquecido, y así indefinidamente y eternamente hasta que llegue el *cese supremo* que finalice el ciclo que empezó con el divino *Fiat*. Pues bien; esa misma historia nos la podría contar un *algo* que acompaña á ese átomo, y que no lo deja más que para irse con otro; un algo que corre tantas peripecias ó más aún que el mismo átomo; un algo al que, perdonadme lo poco científico de la frase, le llamaré un *escrúpulo de movimiento*.

Una flor no se compone solamente de materia, sino de materia y movimiento; y hé aquí, señores, cómo puede convertirse (como movimiento) la oracion en blasfemia y la blasfemia en oracion: hé aquí cómo el suspiro exhalado por una madre junto al sepulcro de su hijo, puede mañana real y verdaderamente formar parte de la flor que nace al borde de esa tumba.

Y si es posible, como realmente lo es, que ahora mismo esté formando parte de mi cuerpo un átomo de carbono que formó parte del cuerpo de Aníbal, también lo es que el movi-



miento de una de las sílabas que salen en este instante de mi boca sea hijo legítimo del movimiento del ¡ay! que exhaló Julio César cuando envolviéndose en el manto recibió la primera puñalada. Y cuenta, señores, que no estoy haciendo hipótesis: dejo vagar la imaginación, es verdad, la dejo correr; pero no permito que se desboque: la llevo siempre enfrenada por la razón. Si algo de poesía hubiere en lo que haya dicho, sería la poesía de la ciencia, mas no la mía; sería el aroma de la ciencia, poético como el de las flores.

Si los sonidos se convierten en calor, como así es la verdad, yo estoy ahora calentando esta sala con mi palabra; yo estoy dando calor á ustedes; yo estoy haciendo ahora el papel de estufa. Un orador, por malo que sea, hace siempre el papel de estufa de su auditorio, sin perjuicio por eso de hacer al mismo tiempo el papel de Morfeo, toda vez que ambos papeles no son incompatibles, al contrario, se apoyan mutuamente; pero digno será de compasión si no calienta más las almas que los cuerpos, porque el calor que pueda producir con su palabra, por mucho que grite, es tan pequeño que no hay más que un solo termómetro que lo acuse: el de la lógica.

¿Y absolutamente todo el movimiento sonoro que yo estoy ahora produciendo con una palabra, se convierte en calor? Ya sabéis que una pequeñísima parte de ese movimiento penetra por vuestro nervio acústico y llega hasta vuestro centro cerebral acústico, donde constituye aquello que llamé *imagen cerebral sensible del sonido*. Pues bien; este último movimiento de vuestro cerebro, también degenera definitivamente en calor, que se disemina en la masa cerebral y que viene á aumentar en insignificante cantidad el producido en el organismo.

De modo que ya no me contento con dar calor á la superficie de vuestro cuerpo, sino que lo introduzco de contrabando y con la marca de sonido hasta en vuestra misma masa cerebral. Que la imagen cerebral sensible del sonido degenera en otro movimiento, es evidente, porque si no se hiciera esta conversión ó transformación, estaríamos perpetuamente oyendo el sonido que una vez oímos, y entónces tendríamos en nuestra cabeza un ruido infernal, insoportable; tendríamos



dentro de nuestra cabeza la olla de grillos que ántes poníamos como imagen de nuestro planeta.

De lo dicho resulta, que ustedes á más de mis ideas, se llevarán una parte aunque pequeña de mi propio calor dentro del cerebro. Si alguno de los que me oyen no me entendiese nada de lo que explico; si no se apropiase ninguna de mis ideas, no tendría el derecho de decir al salir de aquí, que de mis conferencias no había sacado nada; cuando ménos habría sacado calor cerebral; habría sacado la cabeza caliente; habría sacado lo que el negro del sermón.

Segun estas consecuencias, un materialista (juzgándolo con su doctrina), no podría jamás conservar una idea; porque siendo ésta para él, el mismo movimiento molecular cerebral, al transformarse éste en calor, y diseminarse éste y perderse, debería sentir que la idea se le diseminaba y finalmente se perdía; y sin embargo, la pícara idea se queda. De modo, que tenemos segun él una idea-movimiento ó un movimiento-idea que se transforma en calor equivalente: este calor se pierde y el movimiento-idea se queda. Ó lo que es lo mismo, un materialista tiene un duro, lo cambia por cinco pesetas, se gasta las cinco pesetas en chucherías, y se queda con el duro. Esto es más que resolver el problema del movimiento continuo, esto es resolver el problema del duro continuo. Aquí termina lo que me proponía decir acerca de la muerte del sonido, y ahora que está muerto y que no puede oirme paso á tratar de su más bella empresa: de la *Música*.

Figurémonos que estamos oyendo una orquesta. ¿Qué es oirla? Es estar el alma percibiendo unos invisibles movimientos de las moléculas del centro cerebral acústico: es estar el alma percibiendo lo que llamé *imagen cerebral sensible del sonido*. En ese diminuto centro cerebral percibe el alma reunidas y concentradas las imágenes sensibles de todos los sonidos de la orquesta, como nosotros podemos ver con el microscopio un paisaje de cuatro leguas con sus montañas, sus valles, sus rios, sus árboles y sus ganados, pintado por la luz en una superficie no mayor que la de un real, colocada en el fondo de la cámara oscura. En ese diminuto centro cerebral ve el alma, sin necesidad de ojos, toda la orquesta sin ver los instrumen-



tos, ni los hinchados carrillos de los músicos soplantes, ni la melena del violinista, ni el sudor y la calva del que con trabajo toca el contrabajo, ni al director de orquesta convertido en semáforo. Sentido entónces inútil el de la vista y casi perjudicial, caen los párpados para borrar toda imágen de la forma y para que sin otra distraccion pueda el alma saborear el agradable concierto de la armonía ó el dulce encanto de la melodía. Mas, si una discordancia viene á interrumpir la serie armónica, ¿qué cambio se produce en el centro cerebral acústico y por ende en el alma?

Aquí surge súbito un problema muy alto: un problema de aquellos que tienen su asiento en los altos riscos que bordean el abismo que separa la materia del espíritu, como tienen el suyo en los altos precipicios ciertas plantas compañeras del águila en la soledad; un problema de aquellos que están como suspendidos entre la materia y el espíritu, como parece que lo están entre el cielo y la tierra esas plantas solitarias que han aprendido del águila á clavar las uñas de sus raíces entre los poros del granito y las rajas del basalto, para disputar al huracan su casi incomprensible existencia. El problema es éste: ¿por qué nos agrada un sonido y nos disgusta un ruido? ¿Por qué nos agrada el acorde y nos disgusta la discordancia?

Este problema, que yo no diré que se halle completamente resuelto, pero sobre el cual se vislumbra algo, es muy propio para hacer ver cómo los adelantos de la física influyen en los de la fisiología, y cómo los adelantos de ésta pueden arrojar alguna luz sobre oscuros problemas psicológicos; es muy propio para hacer ver cómo desde la materia hasta el espíritu, dando vueltas sin cesar, mas sin lograr desatarlo nunca, alrededor del misterioso lazo que uniendo ambas sustancias, forma con ellas esa enigmática unidad viviente, sensible, inteligente y racional que se llama hombre.

Vamos á buscar la causa del placer musical; pero ántes examinemos una cuestion previa. ¿Sienten este placer los irracionales?

Señores: antiguos mitólogos, que sin duda debieron nacer en Andalucía, aseguraron que cuando Orfeo pulsaba la lira salían las fieras de sus bosques y guaridas, y se tendían mansa-



mente á los piés del músico para escucharla. Verdad pudo ser esto en lo antiguo: no quiero desmentir á mis paisanos; mas he de confesar que las cosas han cambiado mucho desde entónces acá. Han cambiado tanto, que yo no aconsejaría hoy á ningun bengalés, cazador de tigres, que para ejercer su oficio trocase el remington por la flauta ó la guitarra; así como tampoco aconsejaría á mis amigos, en vísperas de una cacería de conejos y perdices, que arrinconasen las escopetas y se proveyesen de una buena charanga de regimiento. No solamente creo que los irracionales son poco ó nada sensibles á la combinación musical de los sonidos, sino tambien que hay algunos racionales que se encuentran en parecido caso al de aquél que definía la música diciendo que era el ruido que ménos le incomodaba. Pero suprimiendo toda exageracion, fuerza es convenir que todos los racionales experimentamos en más ó ménos grado el placer de la sensacion musical.

Para conocer y estudiar esa sensacion musical en toda su pureza, es preciso separarla de todos los placenteros accesorios extraños que la acompañan, que son provocados en el alma por asociacion ó concomitancia, y que se relacionan con la edad, con el temperamento, con el estado de salud y con un gran número de circunstancias ó condiciones variables, entre las cuales es menester incluir hasta la digestion. Es preciso separar lo que hay de fijo, de constante en el fenómeno que vamos á estudiar, de lo que hay de pasajero, de accidental, de variable. Es preciso separar aquello que en mayor ó menor grado la generalidad experimenta, de lo que es propio de cada individuo; lo que pertenece al género humano, de lo que es peculiar de cada individualidad.

Es preciso descartar:

En el jóven de apasionados ímpetus, el caloroso sentimiento que le despierta una romanza amorosa;

En el viejo, el melancólico placer del recuerdo que el mensajero sonido le lleva picarescamente oculto y envuelto entre sus vibrantes ondas;

En el sabio, el dulce vagar del espíritu, ó mejor, la agradable meditacion en que le sumen los acordes;

En el músico, el placer que le causa el sentir la hábil reso-



lucion de un problema de composicion musical, placer que podríamos llamar técnico;

En la pudorosa jóven, la dulce melancolía que se apodera de su alma al oír una serenata;

En la vírgen consagrada al Señor, la armonía celeste en que se mece su espíritu, armonía que por alguna oculta y desconocida ley se relaciona con la que despide el místico órgano de la iglesia, y de la cual es como un eco lejano y sublime;

En el monárquico inglés, el amor y orgullo patrios que estallan en su pecho al oír en lejanas tierras los acordes de su himno nacional;

En nuestros padres, absolutistas y liberales, aquella especie de quisicosa psíquica que sentían los unos al oír la pitita y los otros el himno de Riego.

Tambien debemos descartar del placentero concierto todos los demas atavíos con que, para mayor deleite, solemos revestir lá música, y todos los agradables accidentes y accesorios que pueden acompañar á la sensacion musical pura, y que á veces se convierten en lo principal. Así en una ópera hay que descartar la accion dramática, trágica ó bufa, la escena y decorado, el conjunto teatral con su alumbrado, su lujo, su animacion, sus hermosas mujeres, etc., etc. Hay que descartar todo ese conjunto general, accidental, con todas sus consecuencias.

Y la razon de esta separacion estriba en que un mismo sonido puede despertar sentimientos muy distintos en el ánimo de los que lo oyen. El sonido de la campana de la torre de nuestro pueblo natal, cuando tras larga ausencia volvemos á oírlo en el silencio de la noche y en la soledad del campo, ¡cuán diferentes sentimientos puede despertar en nuestro ánimo! ¡Cuán diferentes recuerdos puede murmurar á nuestro oído! Al uno, ese sonido le murmurará con voz amiga é infantil, con voz de colegio: «*¿Te acuerdas del dia en que jugando á la pelota rompimos sin querer los cristales de la casa del cura? ¡Qué susto pasamos!*» Al otro le murmurará con femenil y conocida voz: «*¿Te acuerdas del primer dia que nos hablamos? ¡Cómo temblábamos, y sin saber por qué!*»

Al otro, ese mismo sonido le traerá el recuerdo de su difunta y cariñosa madre en el acto en que presurosa le ataba el nudo



de la corbata para llevarlo á misa, y llegar ántes de que empezase el Evangelio. Y ese mismo sonido de la misma campana, ¡de qué modo tan distinto sonará al oído del reo que está en capilla y á quien anuncia la llegada de su última hora! ¿No es verdad que sonará en el oído de ese desgraciado como la trompeta del juicio que le llama á última residencia?

Pues bien: hay que descartar todo eso para que solamente nos quede en el fondo del crisol de nuestro análisis la placentera sensación del sonido ó del acorde, separada de todos esos accidentes, emociones y sentimientos, que son escorias para el caso analítico que considero. Escorias las llamo, mas no porque las desprecie, que las considero hermosísimas y superiores al botón metálico del placer sensual puramente acústico. Alguna vez las escorias habían de valer más que el botón. Pues la causa de este placer, puramente acústico, es lo que trataré de analizar.

Empecemos por caracterizar bien la diferencia que hay entre el sonido y el ruido, y la diferencia más capital que hay entre los diferentes sonidos.

Nada más propio para comprender clarísimamente esta cuestión que traer á la memoria el más sencillo y el más fecundo de todos los aparatos físicos, *el péndulo*. Bien recordareis que los péndulos largos oscilan despacio, y que los péndulos cortos oscilan de prisa, y que péndulos de igual longitud oscilan en el mismo tiempo, ó hacen sus movimientos de va y ven en tiempos iguales. Pues las moléculas de un cuerpo sonoro pueden compararse con exactitud á péndulos cortísimos, pero de *igual longitud*, y por lo tanto, todos harán sus oscilaciones ó *vibraciones* en el *mismo tiempo*. La longitud pendular no es la misma en todos los cuerpos sonoros: cada uno tiene la suya. Así habrá un cuerpo sonoro cuyas moléculas harán 100 vibraciones por segundo, otro 500, otro 1.000, otro 5.000. Y como lo que caracteriza musicalmente un sonido es este número, resulta que cada cuerpo sonoro hará su sonido diferente del de los demás. Si este número es pequeño, el sonido será grave; si grande, agudo. De dos sonidos, el más grave será el que tenga menor ese número; y si esos números fuesen iguales, los sonidos serían unisonoros.



Las moléculas de un cuerpo sonoro que está vibrando, pueden compararse á los soldados de un regimiento de soldados viejos, que en tiempo de disciplina van por medio de la Rambla marchando, llevando el compas y marcando el paso. La visualidad que presenta aquel ondulatorio conjunto de cabezas, brazos y piernas, es una buena imágen óptica del sonido. Esto es el sonido.

Un cuerpo no sonoro es aquel cuyas moléculas constituyen péndulos cortísimos, pero de *desigual longitud*. Cada molécula producirá, según lo dicho, un sonido de un tono diferente del de las demas, y este conjunto de sonidos elementales, mezclados sin orden, sin concierto, sin ley, es el *ruido*. Las moléculas de este cuerpo pueden compararse á los soldados de un regimiento de quintos de desigual altura que marchan en derrota y con mal tiempo por un camino encharcado, pedregoso y resbaladizo, que llevan ocho horas de marcha, que van cojos las tres cuartas partes, y la otra cuarta va gritando ¡que bailen, y abajo los galones! Y esto es el ruido.

Creo que con esta sencilla explicacion se comprenderá clarísimamente la diferencia que existe entre la estructura del sonido y la del ruido, y hasta se me figura que con ella empezarán ustedes á adivinar por qué el primero es agradable y el segundo no. Pero cediendo á mi natural propension por los ejemplos y comparaciones, y al convencimiento que abrigo de que cuando son bien elegidos no solamente contribuyen á dar claridad al entendimiento, sino que alivian poderosamente la memoria, voy á presentaros otras dos imágenes de ambos fenómenos acústicos que os harán ver con los ojos el sonido y el ruido.

Entrad en una relojería donde haya cincuenta grandes relojes con sus péndolas á la vista, pero todas las péndolas de longitud diferente unas de otras. Mirad atentamente aquel fenómeno. Aquel conjunto de cincuenta péndolas oscilando cada una en un tiempo diferente del de las demas, aquellos cincuenta movimientos disparates no enlazados ó relacionados por ninguna *ley determinada é inteligible*, aquella falta de unidad, aquel emblema de lo casual y de lo arbitrario, aquella imágen del caos, no puede ser agradable al alma que ama la



unidad, ama la ley, ama el orden, ama lo inteligible, ama la verdad. Aquella imagen caótica no puede ser agradable al alma, y no lo es. Hablando en términos acústicos de ese fenómeno óptico, el alma dice «*eso es discordante.*»

Entrad ahora en una segunda relojería, donde hay también cincuenta péndolas oscilando, pero todas de igual longitud, de modo que todas van juntas hacia la derecha y todas retroceden juntas hacia la izquierda. Mirad atentamente ese fenómeno de movimiento, y lo encontrareis agradable en medio de su simplicidad y monotonía, y empezareis á demostrar vuestro agrado, simpatía y complacencia con cierto involuntario balanceo de vuestro cuerpo á la derecha y á la izquierda, balanceo perfectamente ajustado al movimiento pendular, como si hubieseis dicho mentalmente: «*vaya, no quiero descomponer el cuadro.*» Y si en aquel momento entra el relojero, os encuentra convertido en el péndulo número 51 de la relojería.

Y no os extrañe mi comparacion homo-pendular; porque ¿en qué, sino en péndulos ó metrónomos nos convertimos cuando sin querer llevamos el compas de la música con el pié, ó con la mano, ó con la cabeza, ó con todo el cuerpo, pero sobre todo con el alma? ¿Por qué sino por esto encontramos ese inocente placer en ver moverse juntos todos los brazos izquierdos y todas las piernas derechas de los soldados en formacion y marcha? ¿Por qué sino por esto nos ponemos sin querer á marchar á compas de la música del regimiento que encontramos por la calle? Pues todo esto es lo mismo que el hacer el péndulo número 51 en una relojería.

¡Qué diferencia entre la primera y la segunda relojería! En la primera todo era desorden, confusion, anarquía, arbitrariedad, falta de ley, falta de unidad, caos. Sensacion desagradable. En la segunda ritmo, igualdad, unidad, ley fácil, orden inteligible, verdad próxima. Pues aquí está la clave de lo bello y de lo feo en acústica. ¿Qué puede decir á nuestra alma, al principio *inteligente*, un ruido, esto es, un fenómeno cuya ley estructural *no es inteligible*? No puede decirle nada, y por lo tanto, no puede producirle más que la indiferencia ó el fastidio. Al revés el sonido, deja sentir su sencillísima ley de igualdad, y aún cuando el alma no tenga la clara conciencia de esa



ley, la presente, la vislumbra y se alegra. El alma, á más de la razon para buscar la verdad, tiene el *instinto de la verdad*; la huele de léjos, la olfatea, la busca con afan, á veces con desenfrenada pasion, y cuando no la encuentra, se consuela y alegra con oír siquiera el metal de la voz de la verdad, ó con sentir el roce de sus esplendorosas vestiduras. Es semejante al perro que busca á su perdido amo en la soledad del campo; si encuentra una prenda del vestido del amo, se alegra y le hace parte de las fiestas que haría á su amo si le encontrase. Como el perro alrededor de su amo, como la mariposa alrededor de la llama, gira el alma en torno de la verdad, mas sin poseerla nunca por completo. ¿Qué sucedería si llegase á poseerla, teniendo aún pegadas las frágiles alas de la carne? Yo creo que perdería las alas, como la mariposa cuando penetra en la llama. El hecho es que cuanto más cerca nos encontramos de la verdad, más claramente parece que se ve algo, como la expresion de un tremendo veto que cual una maldicion ó un castigo pesa sobre el hombre. Pero dejemos estas cuestiones tan altas y retrocedamos á la plaza de la Acústica, á esa plaza donde estoy medianamente atrincherado, y de donde aprovechando la oscuridad de la noche, ó sea la indulgencia de mi auditorio, suelo hacer algunas salidas, algunos reconocimientos al campo de la Fisiología. A veces con el ímpetu de la carrera suelo rebasar aquel campo y plantarme en el centro de los reales del espíritu; pero carga entónces sobre mí tal golpe de enemigos y con tal fuerza, que tengo que retroceder á la plaza, unas veces en buen orden y otras con más prisa de la que convendría á un valiente, y con manifiestas muestras del temor que me inspira el enemigo, que no es otro que mi propia ignorancia.

Todavía podemos hacer una observacion física que se presta á alguna consecuencia. Tomemos dos placas, una sonora y otro no: rociemos con arena fina ambas placas, y hagamos que la primera produzca un sonido y la segunda un ruido. Los granos de arena de la primera empezarán á bailar sobre ella y se colocarán espontáneamente formando líneas regulares, simétricas, con su ley determinada de generacion. Los granos de arena de la segunda placa bailarán un instante y no formarán



tales líneas; y si las formasen no serían líneas regulares, simétricas y con una ley determinada de generacion.

Ahora bien; ¿qué tiene de extraño que el alma experimente el placer del sonido, si hasta el inerte polvo de los instrumentos músicos de una orquesta se pone á danzar trazando simétricos y pintorescos dibujos? ¿Y quién sabe si podrá siquiera figurarse los dibujos con que las moléculas del centro cerebral acústico, ese lejano y misterioso eco de la orquesta, responderán á los dibujos del polvo de ésta? Solamente el alma, íntima y misteriosamente ligada con la materia, puede leer, *aunque sin conciencia de ello*, en esos archimicroscópicos dibujos, ó geroglíficos del centro cerebral: y digo sin conciencia de ello, porque lo que hace el alma no es analizar, sino sentir esa agradable síntesis que se llama placer; no de otra manera que nosotros, al leer un libro, no paramos mientes en las letras, ni aún en las palabras, sino en el pensamiento que contienen, y que dista tanto de aquellos signos, como dista el placer de la música de esos misteriosos geroglíficos cerebrales, cuya síntesis saborea el alma.

Pasemos al acorde, y analicemos este fenómeno acústico.

Estoy oyendo un duo, oigo simultáneamente dos notas ó sonidos que producen un acorde. Experimento una agradable sensacion. Analizo el fenómeno físico, y encuentro que hay una relacion sencilla entre los números de vibraciones que corresponden por segundo á cada uno de los sonidos. Oigo despues y simultáneamente dos notas ó sonidos que me producen una desagradable impresion ó sensacion, esto es, oigo una discordancia. Analizo el fenómeno, el fenómeno físico, y encuentro que la relacion entre los números de vibraciones que corresponden por segundo á cada sonido, es complicada. De donde deduzco que en el primer caso el alma siente sin conocerla la simplicidad de la ley, tiene como la intuicion de ley; siente la proximidad del conocimiento de la verdad; olfatea la verdad.

El alma siente la simplicidad de la relacion numérica entre los números de vibraciones que corresponden á cada nota, sin contar esos números como lo hace la sirena acústica, mas no se engaña en su apreciacion. Porque, en efecto, ¿qué significa



el notar una discordancia, no en un duo de dos voces ó de dos instrumentos, sino en el inmenso laberinto de una orquesta? ¿Qué significa el decir *ese violin ha desafinado el do*, sino manifestar que ha dado 5.000 vibraciones por segundo, en vez de dar 5.100? ¿Y sabéis lo que es esto? Es una maravilla superior á cuanto la imaginacion pudiera inventar para un cuento de hadas. Es notar que faltan 100 vibraciones por segundo en una orquesta que en aquel segundo produce 1.000.000 de vibraciones. Es notar la falta de ciento entre un millon, ó sea la falta de uno entre diez mil. ¿Qué ojo, señores, por experto y avaro que sea, al fijarse rápidamente, instantáneamente, en un informe monton de 10.000 monedas, dice: aquí falta una? Pues esto lo hace un director de orquesta, y no con monedas; que si con monedas lo hiciera le nombrarían en seguida cajero del Banco de Lóndres; sino, lo que es más maravilloso, con los invisibles movimientos ó vibraciones de las moléculas del aire. Y no solamente lo hace el director de orquesta, sino tambien un individuo que no sabe lo que es sonido, ni ha oido jamás hablar del pentágrama, y que con los ojos cerrados parece como que está dormitando en un rincon del paraíso teatral.

De cuanto acabamos de exponer resulta que lo agradable ó lo bello de la sensacion del sonido, y lo agradable ó lo bello de la sensacion del acorde, tienen su causa en la simplicidad ó sencillez de la ley de estos dos fenómenos acústicos; y que el placer que se experimenta con la sensacion del sonido ó con el del acorde, resulta de que el alma, sin conocer esa ley, esto es, sin conocer la verdad, la adivina, la presiente, la vislumbra. De donde podríamos acaso inducir que el fondo de toda belleza ha de ser la verdad, y que lo bello de una cosa es aquello en que el alma adivina ó trasluce los contornos de la verdad. De modo, que nuestro ingénito amor á lo bello podría no ser otra cosa que una indirecta y natural manifestacion de nuestro ingénito amor á lo verdadero; el amor á lo bello podría no ser otra cosa que un disfraz del amor á lo verdadero: el sentimiento de lo bello sería el instinto de la verdad. Entónces lo bello, lo bueno, lo justo, podrían no ser más que las floridas ramas del árbol de la verdad. Y si nos remontamos



más arriba aún, veremos que ese ingénito amor del hombre á la verdad, esa febril y devoradora pasión por la verdad que consume la vida de los sabios, es evidente señal de que nuestra inteligencia busca ansiosamente el centro de toda inteligencia y de toda verdad. ¿Y existe verdaderamente ese centro? ¿Existe verdaderamente esa inteligencia suprema y última, anterior á la inteligencia del hombre? Señores, si no hubiera presidido una inteligencia á la creación, ésta no sería inteligible para el hombre ni en todo ni en parte, ni en poco ni en mucho. Lo inteligible de una obra supone necesariamente lo inteligente del que la hizo.

He dicho.

*(Se continuará.)*







# LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS EN ALEMANIA.

M. LAZARUS (1).



o se ha olvidado con qué fuerza, en un discurso pronunciado el año anterior, el sabio rector de la Universidad de Berlín denunciaba el progreso del *americanismo* en la patria de Leibnitz y de Kant. Por este neologismo expresivo designaba el sistema que repudiando todos los estudios desprovistos de una utilidad práctica inmediata, condena el espíritu humano á permanecer en una especie de barbarie intelectual mal disimulada bajo el barniz superficial de una civilización brillante; pero completamente exterior. El vasto desarrollo de la ciencia y de la industria modernas ha hecho que un gran número de inteligencias tomen al pié de la letra la célebre definición: «El hombre es un animal que hace máquinas.» Han encaminado toda su actividad á la investigación del bienestar, de la fortuna y de los conocimientos positivos que facilitan su adquisición: han desertado, por el contrario, de la poesía, el arte, la meta-

---

(1) M. Lazarus. *Ideale Fragen in Reden und Vortraegen*. (Berlin, Hoffman, 362 p.) *Cuestiones ideales tratadas en discursos y conferencias*.



física, todas esas manifestaciones superiores de la actividad humana, que purificando el alma, la ennoblecen, la fortifican y abren libre espacio hácia los más dilatados horizontes.

Esta tendencia á descartar de la vida el ideal del pensamiento y de la educacion de una sociedad, está llena de peligros. Sin llegar hasta decir que «Alemania debe sus triunfos al espíritu del imperativo categórico (1)» es preciso reconocer que el culto de las cosas del espíritu, el sentimiento del deber, el ardor de las convicciones desinteresadas son los orígenes profundos de donde se derivan la dignidad de los individuos y la grandeza de las naciones. Estos orígenes amenazan agotarse del otro lado del Rhin: esfuérganse, quizás, algo tardíamente en reanimarlos. Desde 1871, cuando ciertamente la embriaguez causada por las glorias nacionales dejaba poco lugar á la reflexion fría, M. Du Bois Reymond escribía en la *Deutsche Rundschau*. «El idealismo sucumbe en su lucha con el realismo: el imperio de los intereses materiales se acerca.» En 1878 M. Lazarus nos dice á su vez, despues de notar el crecimiento del mal. «A pesar de todo, confío en que los poderes ideales se sostendrán en medio de los peligros que los rodean y que, sostenidos sobre todo por los progresos del conocimiento de nosotros mismos, en el sentido más lato de la palabra, léjos de sucumbir, acabarán por triunfar (2).

Así, pues, en la psicología, M. Lazarus busca un remedio á las enfermedades morales de este siglo; sin garantizar su eficacia, no podemos, como filósofos, recomendar su ensayo. Pero el tratamiento propuesto (á juzgar por el que tenemos á la vista) es prudente, cuerdo é inofensivo por lo ménos.

El doctor Lazarus es en la actualidad uno de los veteranos de la filosofía alemana. Psicólogo distinguido, se ha dado á conocer, sobre todo, por su libro titulado *Vida del alma* (*das Leben der Seele*) y por sus trabajos originales acerca del lenguaje: dirige hoy dia una publicacion importante, la *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*. Cosa digna de notar es que no parece haber inventado un nuevo sis-

(1) Lazarus. *Ein psychologischer Blick in unsere Zeit*, p. 20.

(2) *Ein psychologischer Blick in unsere Zeit*, p. 37.



tema de metafísica, y es aún más raro entre sus compatriotas el que sepa dar á sus investigaciones una forma, no diremos más atractiva, pero más clara y sin pedantería. Si no fuera por su exagerada afición á la antítesis, y porque cierta tendencia al énfasis, hacen pesada á veces su manera y su estilo, pudiera ponérsele en la clase de los escritores agradables. Por lo demás, en las circunstancias actuales, la lucidez de la exposición se le imponía como una condición *sine qua non* de éxito: las disertaciones que componen su nuevo tono, son, en efecto, en su mayoría la reproducción de las conferencias dadas á un público distinguido, pero extraño á los misterios del tecnicismo sabio: era preciso hablarle en su idioma, porque el axioma «en todo alemán se oculta un metafísico» no es ya tan verdadero como en otro tiempo, ó al ménos el metafísico se oculta mejor.

Por su método y sus doctrinas, M. Lazarus parece optar por el término medio entre la escuela idealista y los sectarios del empirismo. Algunos de nuestros espiritualistas contemporáneos, imbuidos á la vez en la tradición de Kant, y las tendencias positivas de los psicólogos ingleses, reconocerán en él un hermano. Sin condenar la metafísica (lo que á veces sucede) no usa de ella más que con circunspección y se atiende con preferencia al estudio atento de los hechos, y á la historia de las leyes del espíritu. Así, á pesar de su admiración hácia Kant, no cesa de reprocharle una afición inmoderada á la especulación, y esta psicología escolástica que le hacía ver disposiciones innatas é inmutables del pensamiento, allí donde no hay más que el resultado de una lenta transformación operada á través de las edades y que se continúa indefinidamente.

«La ciencia, dice, es hoy día modesta. Cuando pensamos que una opinión esparcida entre los hombres no es la verdadera, cuando las contradicciones que encierra dan origen á dudas, nos esforzamos ante todo en descubrir por qué motivos los hombres aceptaron de hecho esta manera de ver, y por qué no se ha notado el error.» (*Ideale Fragen*, p. 174). Se reconoce en estas palabras al discípulo de Herbart, hácia el cual M. Lazarus profesa un verdadero culto: podemos asegurarnos de ello por el discurso que pronunció en 1876 en la



inauguración del monumento de Herbart, en Oldemburgo.

En ninguna parte se ve el «idealismo realista» de M. Lazarus más claro que en la disertación titulada: «El Tiempo real y el Tiempo aparente» (*Zeit und Weile*). El autor ha excluido cuidadosamente todo enlace con la teoría del espacio, feliz innovación en un estudio bastante confuso por sí mismo para que lo complique inútilmente con la adición de problemas extraños al asunto. ¿Qué es el tiempo? Se pregunta M. Lazarus, pregunta que parecerá algo cándida á los cándidos, por lo familiarizados que se creen con la naturaleza, la idea y los efectos del tiempo. Y, no obstante, considerándolo atentamente, se reconoce en seguida que todas las representaciones que se forma el vulgo de este poder irresistible, eterno, creador y sobre todo destructivo, son conceptos puramente mitológicos, originados en una observación insuficiente y en inducciones prematuras. Los hombres, ante una multitud de efectos á los que no pueden designar excusa adecuada, los atribuyeron en totalidad ó en parte, á la acción de una fuerza misteriosa á la que dotaron de poderes imaginarios. Los edificios se arruinan *con* el tiempo: se creyó que se arruinaban *por efecto* del tiempo (Aristóteles, *Fis.*, cap. 4). Un poeta dijo: «La primavera trae los amores y las flores: el vulgo aceptó la frase literalmente y transformó á una estación en una divinidad.

Con los siglos y los descubrimientos de la ciencia, esta noción infantil de la naturaleza del tiempo se ha modificado: ese fantasma se ha desvanecido en cuanto se le oprimió. Nadie sostiene ya hoy que el tiempo sea una sustancia, ó la cualidad de una sustancia: preciso es, pues, adoptar la opinión diametralmente opuesta y no ver, como Kant, en esta pretendida fuerza, más que una forma *à priori* de la sensibilidad, inherente á la naturaleza de nuestro espíritu, pero que no rige necesariamente á la realidad de las cosas. M. Lazarus no lo cree. «El espacio y el tiempo son relaciones objetivas de las cosas: son el orden verdadero en el cual las cosas se encuentran contenidas. Aun cuando todos los demás seres, y el hombre mismo, no supieran nada del espacio y del tiempo, y que un solo ser pensador, viese el mundo de esta manera, para este ser fuera la realidad, porque sería un nuevo elemento de orden y



arreglo añadido al universo. No existe, propiamente hablando, conocimiento absolutamente objetivo del mundo, porque todo conocimiento se determina no sólo por la naturaleza de los objetos, sino que también por la del sujeto pensante: á partir de este punto, el grado de objetividad de un conocimiento se mide por el grado de armonía que reina entre los objetos y el sujeto que los concibe. La apariencia temporal que revisten para nosotros las cosas, áun cuando proceda únicamente de la constitucion de nuestros espíritus, probaría por lo ménos, que *nosotros* somos seres que viven en el tiempo pero la armonía absoluta que reina bajo la relacion del tiempo entre nuestro pensamiento y su contenido, es decir, el mundo, aumenta nuestra confianza en que nuestra representacion humana y subjetiva de las cosas debe corresponder á su naturaleza objetiva.»

Si el tiempo no es ni una sustancia, ni un atributo, ni una forma de la sensibilidad, réstanos decir con Leibnitz (1) (á quien M. Lazarus incurre en la falta de no nombrar) que es la relacion de sucesion de todos los fenómenos. Esta manera de concebir la nocion del tiempo preserva la objetividad, porque la relacion de sucesion de los acontecimientos es tan real como los acontecimientos mismos. «No se puede figurar un mundo real, con una multiplicidad de seres y de acciones, un mundo de cambios, de formaciones y deformaciones, sin que los acontecimientos se dispongan en él en series simultáneas y sucesivas, es decir, sin que el tiempo exista en él efectivamente.» De esta definicion resulta también que la idea del tiempo no sería una perfeccion (*anschauung*), pero que es una simple representacion (*Vorstellung*) «porque no corresponde á un objeto real, psíquico, sino á una relacion entre objetos psíquicos.»

Las cuestiones del génesis de la idea del tiempo y de la medida del tiempo se tratan con cierto desarreglo y una afortunada eleccion de ejemplos. Sorprende ver con qué lentitud los

---

(1) «El espacio es algo puramente relativo, como el tiempo: es un órden de coexistencia, como el tiempo es un órden de sucesiones.» (Leibnitz, edicion, Dutens, II, I, 180.)



términos que designaban primero porciones vagas é indefinidas de la duracion acaban por adquirir un sentido preciso y verdaderamente científico. En tiempo del mismo Pericles, la *hora* se desconocía entre los griegos y una invitacion á comer se redactaba de este modo: «Venid cuando la sombra de vuestro cuerpo tenga la longitud de nueve piés.» Bajo esta relacion debemos felicitarnos de los progresos de la civilizacion, hoy que en la más modesta aldea «resuena en lo alto de la torre de la iglesia la palpitacion del pulso de la eternidad.»

Nuestro autor establece con mucha exactitud una clara distincion entre la medida de la duracion objetiva y la de la duracion subjetiva: es la parte original de su trabajo. La impresion que hace en nosotros cierta porcion de la duracion, no siempre está, como se sabe, en relacion exacta con las indicaciones del cronómetro. Hay visitas muy cortas que parecen interminables: por otra parte, se conoce la historia de aquel sabio indio que permaneció 904 años con una ninfa celeste y la detuvo cuando ella quería marcharse, exclamando: «Aún no es de noche» Nueve siglos le parecieron un dia. Decimos en frances: «*Trouver le temps long, trouver le temps court* (1) y los alemanes emplean sustantivos equivalentes á estas locuciones para designar el fastidio (*Langeweile*) y la diversion (*Kurzweile*).

Es cierto que esta última cayó en desuso ya, mientras que la primera se emplea frecuentemente. «Menciono el hecho, dice M. Lazarus, pero no quiero sacar consecuencias.» La causa de estas impresiones subjetivas reside evidentemente en la relacion entre la duracion y su contenido. Una ocupacion, una conversacion, nos fastidia cuando no llena suficientemente el tiempo que dura. Las interrupciones frecuentes de la actividad mental, los intervalos durante los cuales tenemos conciencia de que el tiempo pasa: hé aquí lo que produce la sensacion del aburrimiento. Así esperar es fastidioso, mientras que el dolor no lo es.

A la impresion subjetiva se une la medida ó la *evaluacion* subjetiva del tiempo: la una se relaciona al presente, la otra

---

(1) «Hallar el tiempo largo, hallar el tiempo corto.»



al pasado ó al porvenir. Es preciso aquí distinguir varios casos.

1.º Se evalúa una duracion completa transcurrida. Tómanse entónces por medida la abundancia ó escasez de acontecimientos que la han llenado. Esta evaluacion puede llevarnos á resultados muy diferentes de la impresion sentida en otro tiempo. Por ejemplo Goethe escribe en su *Diario* con fecha 1.º de Marzo de 1788: «Fué una semana muy ocupada que en mi recuerdo me hace el efecto de un mes. Primeramente hice el plan del *Fausto*, luégo, etc.» Con qué rapidez, por el contrario, debieron, en el momento mismo, deslizarse aquellas horas deliciosas!

2.º Se evalúa el intervalo que nos separa de un acontecimiento pasado. La evaluacion depende entónces, sea de la vivacidad de la impresion que el acontecimiento ha dejado en la memoria, sea de la manera con que el intervalo se llenó. Segun se mira bajo uno ú otro punto de vista, se puede llegar á conclusiones completamente opuestas.

Los mismos elementos entran en el problema de la estimacion de una duracion futura; pero se complican por la intervencion de hechos sensibles, como la esperanza, el temor, el deseo, y por último, la edad del individuo. Este último punto ha sido puesto en claro vivamente por M. Paul Janet en esta misma *Revista* (1) (*Una ilusion de óptica interna*). M. Lazarus hace justicia á la cooperacion de M. Janet; pero le reprocha con M. Th. Bernard haber permanecido bajo el punto de vista abstracto de una psicología escolástica, y no haber tenido en cuenta, al establecer su «ley general», numerosas circunstancias que pueden modificarla en la aplicacion. Sábese que la ley de M. Janet consiste en decir que la duracion aparente de una época (pasada ó venidera) está en proporcion inversa con la edad del individuo. «Ahora bien; objeta M. Lazarus, supongamos que padres de cincuenta años de edad decidan que sus hijos se casen dentro de un año. Sea veinticinco años la edad de los prometidos. El año que deben esperar, les parecerá indudablemente más largo que á los padres; pero no dos veces más largo, sino diez veces quizas. En una palabra, la edad de

(1) *Revue Philosophique*, Mayo 1877.



los individuos será acaso *una*; pero no la *única* condicion de evaluacion del tiempo.» Creemos que en puridad M. Janet no pretendió tal cosa, y que esta crítica no es justa. Si un físico estudiando las leyes de la degradacion de los objetos vistos á distancia estableciera el principio de que la limpidez de la vision está en razon inversa de los cuadrados de las distancias, no habría fundamento en reprocharle que no tuviera en cuenta las circunstancias accesorias que pueden modificar el resultado, como el tamaño del objeto, los objetos intermedios, el estado de la atmósfera, etc. En una cuestion tan complicada como «la óptica interna», es ya mucho haber hallado una ley general casi exacta.

Se ve por este rápido análisis: que la metafísica de M. Lazarus no es ni nueva, ni profunda; pero en el terreno de la psicología siéntese á sus anchas y desarrolla verdaderos recursos de observacion y de método. Con el amor á los hechos concretos, que ha heredado de los escoceses, reúne á menudo la amplitud de miras que caracteriza á la escuela de Herbart, investigando y alcanzando á veces por encima de los fenómenos las leyes permanentes que los rigen. Como ejemplo de estas cualidades, apuntamos en particular la pequeña peroracion sobre las *Conferencias (über Gespräche)*, estudio interesante y «sugestivo», como dicen los ingleses, acerca de un asunto virgen aún, y cuya infinita variedad parece, en un principio, contraria á la precision del análisis psicológico. M. Lazarus ha conseguido descifrar algunos oráculos de este Proteo. ¿Cuáles son los principios esenciales de una clasificacion de las conferencias? ¿Es preciso tener en cuenta el asunto, la calidad de los interlocutores, sus nombres y sus relaciones? ¿No debe tenerse en cuenta el curso de la conversacion y del lugar de la escena? ¿No podría irse más allá y descubrir verdaderas leyes de conversacion como en otros productos del espíritu humano? Al llegar un hecho á conocimiento de varias personas, ¿no es posible prever el giro que tomará la conversacion, segun la índole de ellas? ¿Y con la conversacion debiera fijarse tambien la atencion en el silencio tan variado en sus causas y en su carácter? ¿Qué decir, por último, de los numerosos efectos de la conversacion, efectos morales, sociales, psicológicos, literarios?



Tales son algunos problemas desflorados, más bien que tratados á fondo, en aquel agradable trozo que recuerda ciertas páginas de Jouffroy.

Un estudio mucho más desarrollado, pero menos original, tiene por asunto el *corazon*. Este «músculo extraño», como le llama por cierto nuestro autor, es desde hace treinta siglos el alimento y la desesperacion de los poetas, de los novelistas y de los filósofos: dudamos de que la disertacion de M. Lazarus arroje mucha luz sobre su historia natural. Despues de haber indicado someramente la mision del sentimiento en la vida humana, en las artes, en la génesis de nuestras ideas, en la felicidad, M. Lazarus estudia las relaciones entre los fenómenos de la sensibilidad y los hechos fisiológicos que los acompañan: trata de justificar en cierto modo, como ya lo hizo Claudio Bernard, la opinion vulgar que persiste en suponer en el corazon el centro y el principio de la vida sensible. La fútil oposicion del corazon y de la inteligencia, que impacientaba ya á Voltaire (1), le induce á preguntarse por qué en todas las literaturas y las filosofías primitivas el corazon, con exclusion del cerebro, se considera como el órgano único ó principal de la actividad intelectual. La fisiología y la historia dan la solucion del problema. En los individuos y en los pueblos en la niñez, los actos intelectuales tienen mayor eco en el organismo y en el corazon particularmente, que en los individuos llegados á la plenitud de su desarrollo: con la edad y la experiencia, estos actos pasan de casi sensibles, poco á poco al estado de operaciones puramente teóricas. Esto es lo que explica tambien, por qué en las cosas del corazon, religion, costumbres, formas políticas, bellas artes, los pueblos dotados privilegiadamente de la antigüedad, han robado todo mérito de originalidad á los siglos venideros.

La clasificacion de los sentimientos dada por M. Lazarus, difiere en algunos puntos de las que se adoptan generalmente. Las reparte primero en dos grandes divisiones:

1.º Los sentimientos (M. Lazarus dice «intereses») fisiológicos.

---

(1) Zadig, *Historia oriental*, cap. XV.



2.º Los sentimientos ó intereses psicológicos propiamente dichos.

La primera division comprende:

- A. El interes de la conservacion del cuerpo.
- B. El del bienestar del organismo.

Con estas dos inclinaciones se relacionan: 1.º las sensaciones de placer ó dolor relativas al estado general del organismo (hambre, sed, etc.), ó de cada sentido en particular; 2.º el amor sensual.

La segunda clase se subdivide á su vez en tres familias de sentimientos, segun que tienen por objeto:

- 1.º La actividad.
- 2.º El yo.
- 3.º Las cosas y las ideas.

En la primera categoría, coloca el autor:

- A. El amor de la actividad en y para ella misma.
- B. Los diversos sentimientos que se relacionan con las formas varias de la actividad: energía de la actividad, facilidad de su desarrollo, triunfo de las dificultades.

C. La inclinacion al descanso, que sólo es el interes instintivo de la conservacion de nuestras fuerzas vivas.

En la segunda categoría se encuentra:

A. El amor del yo propiamente dicho, que viene á reforzar y centralizar todas las demas inclinaciones.

B. Las formas elevadas del amor propio, como el amor de la independencia y de la autonomía del yo, el del desarrollo y perfeccionamiento de la personalidad, la pasion de la estimacion de la gloria.

C. El yo se eleva y purifica exponiéndose, uniéndose con otros séres: de aquí los afectos sociales, el amor, la amistad, el respeto, la simpatía, la abnegacion, el sentimiento religioso, que no es más que la union con lo infinito.

La tercera categoría abraza:

A. El amor de lo verdadero, de lo bello, del bien, que constituyen el *interes del ideal*.

B. El *interes de lo real* (amor á la propiedad, al dinero, etc.).

C. De la combinacion de estos dos intereses nace el más



noble instinto del hombre, el coronamiento de su actividad sensible, á saber, *la inclinacion á la realizacion de las ideas*.

La disertacion termina con algunas consideraciones acerca de la naturaleza y educacion de los sentimientos, acerca de las disposiciones que resultan de su union (*Stimmungen*), acerca de la historia, el desarrollo y el porvenir del corazon humano. Hay que aprobar las generosas ideas de M. Lazarus y el interes que se toma en la cultura del sentimiento; pero el conjunto del trabajo tiene un aspecto más literario que filosófico. Las diversas inclinaciones se describen en él más con elegancia que relacionándolas con un corto número de principios elementales. Citamos poco há el nombre de Jouffroy: estas páginas nos hacen pensar en Garnier y en su análisis minucioso de nuestras trescientas setenta y cuatro inclinaciones primitivas. Ahora bien; sea cual fuere el atractivo de estas descripciones en la teoría del génesis de los sentimientos (por delicada y peligrosa que pueda ser), es donde reside el interes científico de su estudio.

Los trozos que hemos reasumido hasta aquí, no ostentan particularmente el sello de su siglo; no así acontece con lo que aún debemos apuntar: «El corazon, dice en alguna parte M. Lazarus, distinto de la mayor parte de los órganos de nuestro cuerpo que alternan entre la actividad y el reposo, el corazon debe ser siempre activo. Desde el primer segundo de la vida hasta el último es preciso que lata: si se interrumpe, la vida desaparece. La religion es el corazon en el organismo popular: que el corazon cese de latir, y en él tambien sobrevienen la decrepitud, la podredumbre y la destruccion» (1). Estas palabras pudieran servir de resúmen al ensayo titulado: *Pensamientos sobre el aufklärung. El aufklärung*, palabra para la cual no poseemos equivalente exacta en frances, es el estado de un espíritu que, en vez de encerrarse dócilmente en las supuestas verdades de tradicion, principalmente en materia religiosa, osa someter las ideas recibidas al exámen personal, formarse una opinion por sí mismo, volar con alas pro-

(1) *Ein psychologischer Blick in unsere Zeit*, p. 28.



pías. El libre pensamiento es para M. Lazarus sinónimo de incredulidad, ó indiferentismo. «Hay una incredulidad, como una fe, que es ciega por las mismas razones.» Predica la cruzada, pero no es una cruzada en *contra*, sino *para* la religion.

Esta alianza del espíritu religioso y del espíritu de exámen, no es rara en los filósofos alemanes: basta nombrar á Leibnitz y Kant. La «religiosidad» de M. Lazarus es, como la suya, libre, sincera y exenta de preocupaciones. «*Sapere aude*, dijo Kant; ¡ten el valor de servirte de tu propia razon! Hé aqui la divisa del *Aufklärung*.» M. Lazarus nos da un enérgico comentario de estas frases. «En verdad que ya es tiempo de restregarnos los ojos una vez más, de despertarnos y reconocer que los sueños de los siglos pasados, que tantos hombres de los nuestros siguen teniendo, no son nada más que sueños. Es tiempo ya de que en los más amplios círculos proclamemos abierta y honradamente lo que en las tradiciones del pasado es razonable y lo que no lo es. El siglo presente debe recuperar el valor de llevar al pasado un juicio libre y atrevido, de llamar por su nombre á la sinrazon, la ilusion, la imperfeccion moral. Cesemos ya en las reticencias y en las transacciones; dejemos los fingimientos y las interpretaciones hipócritas; dejemos de llevar la carga de un hombro á otro, en vez de desecharla para siempre; en lugar de cerrar ambos ojos, abrámoslos y tratemos de ver claro... Hé aquí adónde han llegado las cosas entre nosotros: millares, decenas de millares de personas instruidas pertenecen á una invisible iglesia del porvenir: tienen por verdad, deber y destino del hombre otra cosa distinta de lo que el pasado nos ha transmitido y se enseña como tal. Cuando se encuentran solos en su cuarto de estudio ó con un grupo de amigos, no tienen escrúpulo en confesar como cosa natural que rechazan toda tradicion, y desprecian profundamente toda creencia supersticiosa. Pero en público, en la buena sociedad, es desde hace tiempo de muy buen tono callarse acerca de esto; el respeto tácito y sin exámen de lo antiguo porque es antiguo, de la creencia porque es creencia, pasa por cosa convenida y sagrada. En verdad que el siglo sólo tiene que remover una vez más sus cadenas y muchos eslabones se romperán, eslabones que el espíritu mismo forjó



y que están enmohecidos y gastados, y sólo existen porque hemos olvidado cómo se rompen. Sólo es preciso que todos los que, aisladamente y en particular, se declaran adherentes del espíritu de exámen, levanten la voz y lo proclamen: bastante grande es el poder del espíritu, bastante numerosa la legión de los libres pensadores para triunfar ya de la estupidez y de las tinieblas.»

M. Lazarus no se obstina en el argumento opuesto sin cesar á los autores de una reforma intelectual, á saber, los peligros del espíritu de exámen, excelente en los superiores, funesto en el mayor número. El medio saber y la instrucción media son peligrosos, comparados á la instrucción y al saber completos; pero la ignorancia absoluta es más funesta aún, si no para otros, al ménos para sí misma. Con no menor justicia, nuestro autor distingue entre los dogmas que son sistemas, y el libre pensamiento, que es un método. «Tomemos el sistema de metafísica más independiente, el de Spinoza, de Herbert ó de Kant, por ejemplo, y démoslo á un alma bajo la forma de una tradición inquebrantable, de un conjunto dogmático que sea preciso aceptar sin reserva: transportaremos esta alma á un estado que es precisamente el opuesto del *Aufklärung*.» En efecto, en la manera cómo se constituyen nuestras creencias, más que en su contenido, donde reside la dignidad del pensamiento humano, lo importante no es *ser* ilustrado, sino *llegar á serlo*. Lo que hay verdaderamente grande en el protestantismo, es la protesta, no el cambio de dogma. El *Aufklärung* es una tendencia al progreso en las cosas del espíritu; su obra nunca está acabada: hay que reanudar la lucha incesantemente, porque el progreso no reconoce límite, y sólo el esfuerzo continuo engendra el progreso (1).

La superstición invade también á cada instante el dominio de la ciencia: se infiltra en los usos del mundo, se manifiesta en nuestros actos, infesta nuestras opiniones, se traduce en nuestras palabras de cada día. Las preocupaciones ridículas están todavía más arraigadas y más generalmente esparcidas

---

(1) *Gedanken über aufklärung.*



de lo que comunmente se cree: la creencia en el milagro, en los aparecidos, en las mesas giratorias, en la astrología, en la predestinacion, etc., son errores de que participa una importante fraccion de la humanidad. La indulgencia hácia la supersticion equivale á una complicidad y debe condenarse como el mismo error: el anfitrión «libre-pensador» que no quiere, por no herir la susceptibilidad de los convidados, dejar que se sienten trece á la mesa, hace pacto con preocupaciones que debieran combatirse sin descanso.

En suma, aunque en su conjunto la ciencia contemporánea tiende de un modo manifiesto al *Aufklärung*, la gran masa se sustrae todavía á su saludable influencia. Demasiado á menudo la ciencia, ó la que tal se cree, firma con la supersticion vergonzosos tratos. M. Lazarus recuerda, no sin tristeza, aquellos artículos de ciertos periódicos franceses en el mes de Diciembre de 1876, en que se anunciaba triunfalmente que «veintidos alumnos de las universidades católicas habíanse examinado con éxito, porque ántes del exámen mojaron sus plumas en agua de Lourdes, asegurándose de este modo la proteccion de la patrona del manantial.» ¿Qué fanatismo africano, añade con razon M. Lazarus, puede sostener comparacion con éste? No debe proscribirse ménos severamente el abuso, repetido tan frecuentemente, de invocar la autoridad de los libros sagrados en las cuestiones de ciencia, como aquel pastor, Knak, que en 1868 se fundaba en diversos pasajes de la Escritura para probar la inmovilidad de la tierra y el movimiento del sol. Estableciendo una solidaridad forzada entre la elevacion moral de páginas venerables y su valor científico, en vez de realzar la segunda, no puede hacer más que depreciar la primera.

A pesar del ridículo de su impotencia, los esfuerzos ruidosos de un oscurantismo atrasado ocultan un serio peligro. Es, á la verdad, una empresa desventurada querer poner barreras alrededor del espíritu humano: las salvará tarde ó temprano, pero no se sabrá moderar su carrera, porque se la habrá querido detener mucho tiempo. La filosofía ha vencido; sus principios ganan todos los dias en solidez, sus métodos en precision, sus observaciones en riqueza y en exactitud: extendiendo

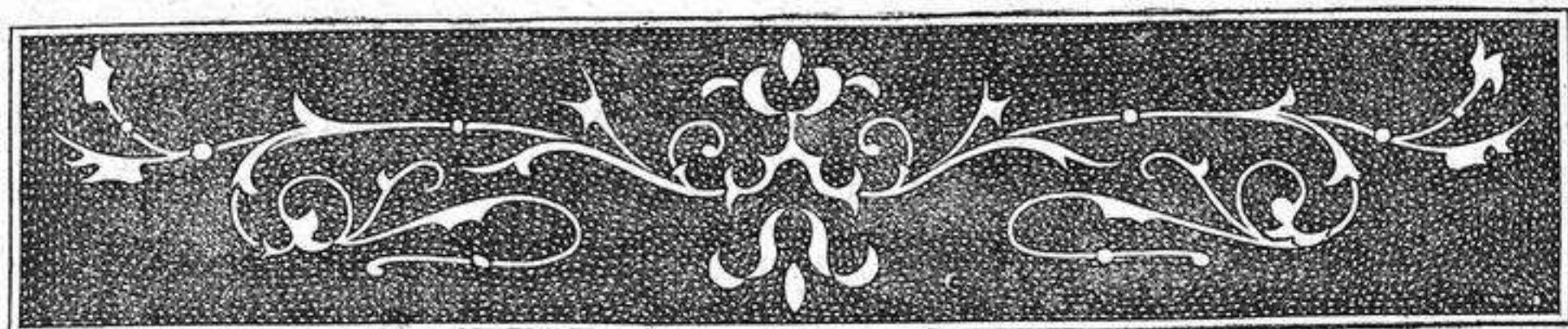


el número de sus descubrimientos, es forzoso que multiplique también el de sus adeptos. Esta ha sido la falta de casi todas las escuelas filosóficas de la antigüedad, la de mantenerse por encima ó aparte del movimiento de las masas, y no hacer prosélitos fuera del estrecho círculo de una aristocracia refinada: obrando así, ellas mismas ahondaron la fosa á que bajaron con todo el tesoro de la civilización antigua. Instruida por este ejemplo, la filosofía moderna, que tanto trabajo necesitó para nacer y vivir, no tendría excusa si renovara este mismo error. Cuando la nave de las añejas creencias se resquebraja y hace agua por todas partes, á aquella toca entregar el timon á manos ménos leales, pero más atrevidas: una vez descuidadas las ocasiones propicias, no vuelven á tenerse tan pronto, porque los charlatanes son numerosos y los engañados, como es sabido, están desde Adán en mayoría.

TEODORO REINACH.







## LA EMANCIPACION DE LA MUJER

### I.

**S**EGUROS estamos de que la mayor parte de los que conocen nuestros escritos nos cuentan en el número de los más encarnizados adversarios de lo que hoy se llama *la emancipacion de la mujer*. Las críticas, serias unas y satíricas otras, que hemos dirigido en repetidas ocasiones á los partidarios de esta causa, tal como hoy se entiende, y las censuras que hemos formulado contra las llamadas *mujeres sábias*, y mejor *marisabidillas*, fácilmente explican este error, que intentámos desvanecer en este artículo, reduciendo á la vez á sus límites verdaderos lo que debe ser la emancipacion del sexo femenino. El presente trabajo será asimismo el complemento del que publicamos en uno de los anteriores números de esta REVISTA, bajo el título: *La emancipacion del niño*.

El mejoramiento de la condicion social de la mujer es una de las preocupaciones de este siglo, sin duda el más humanitario de todos, á pesar del *grosero positivismo* que le echan en cara los defensores de edades pasadas, que para nada se cuidaron de la humanidad, ni por ella sintieron amor alguno.



Este siglo incrédulo y positivista está penetrado de amor á los hombres y abrasado por una caridad inextinguible, tan viva y poderosa que á veces le arrastra á las mayores exageraciones. Para todo sér que sufre y llora hay en esta época amor y simpatía; el niño, la mujer, el proletario, objeto son de su atención y sus desvelos, y no hay pensador ni estadista que se sienta tranquilo y satisfecho mientras el dolor y la desgracia existan en el mundo. La caridad se extiende á todo sér vivo y por todas partes surgen pensadores que de la suerte de los infelices y los desvalidos se preocupan, y hombres de acción que se asocian y trabajan para llevar á la práctica los humanitarios principios de los primeros. Pudiera decirse de este siglo, como de la Magdalena, que mucho le será perdonado, porque ha amado mucho; y pudiera afirmarse también que si el cristianismo es la religion de la caridad y del amor, no hay siglo más cristiano que éste, que apenas cree en Cristo.

Por desgracia, el acierto no acompaña al buen deseo en estas materias. La mayor parte de los filántropos modernos obedecen en sus propósitos más al sentimiento que á la razón, y casi todos sus proyectos humanitarios son utopías engendradas por un desatentado idealismo. Pocas de las reformas que en pro de los seres desvalidos se propalan responden á un conocimiento exacto de la naturaleza humana; ántes suponen una completa ignorancia de sus condiciones. Parten casi siempre los reformistas de dos supuestos falsos: el de que los males que afligen á los hombres no son producto de la naturaleza, sino de la imperfección de las leyes sociales, y el de que todos los individuos del género humano son iguales y pueden someterse á idénticas condiciones de vida. A esto se agrega una fe exagerada en la ley del progreso y en la posibilidad de realizar en toda su plenitud el ideal de perfección con que soñamos, y al cual sólo se opone, á juicio de estos pensadores, el egoísmo de los hombres.

Así se explican los graves y perniciosos errores de las escuelas socialistas y los absurdos y delirios que comunmente se sustentan acerca de la cuestión sobre que versa el presente artículo. Por eso es necesario que la razón serena y fría, aleccionada por el atento exámen de los hechos, tome la palabra



en este debate, donde hasta ahora imperaron la imaginacion y el sentimiento. La sociología ha de ser de hoy más una ciencia positiva, y positivas y prácticas han de ser, por tanto, las soluciones que se den á los problemas sociales.

## II.

¿Es cierto que la mujer necesita emanciparse? La emancipacion supone una servidumbre, y en tal caso, para contestar á la anterior pregunta, es preciso averiguar previamente si semejante servidumbre existe.

En el sentido material de la palabra esta afirmacion no puede sostenerse. La mujer goza hoy de todos los derechos naturales y civiles que las leyes otorgan á los ciudadanos sin distincion. Únicamente está privada de los políticos, del acceso á la mayor parte de los cargos públicos y del ejercicio de las profesiones de carácter científico y literario. La ley, además, le impone ciertas trabas y limitaciones y la coloca en cierta relacion de desigualdad con su marido en la sociedad conyugal. Pero estas limitaciones no constituyen una servidumbre verdadera, sino una posicion social inferior, semejante á la de las clases populares y en cierto modo á la de los menores de edad.

Tomando la palabra *servidumbre* en un sentido moral, es más exacta la afirmacion. Si la ley no hace sierva á la mujer, la costumbre y la opinion pública le imponen multitud de trabas, muchas de las cuales constituyen servidumbres verdaderas, y en cuestiones del órden moral crean para ella desigualdades y la someten á preocupaciones ciertamente injustas. Las leyes que respecto á la moralidad y el honor ha establecido la sociedad varían notablemente en su aplicacion á uno y otro sexo, y no son menores las diferencias en lo que toca á la educacion y destino social de hombres y mujeres. Muchas de estas instituciones son sancionadas por la ley; otras no tienen más sancion que el voto de la opinion públi-



ca, harto más imponente y temeroso por cierto que el fallo de la ley misma.

Además—y esto es lo verdaderamente monstruoso,—la actual organizacion social es de tal suerte que exige para su mantenimiento la existencia de una institucion horrible, que pesa sobre la mujer y le impone un verdadero tributo de sangre, mil veces más odioso que el que los hombres pagan. La prostitucion pública es esta institucion infame que exige anualmente á la sociedad el sacrificio de un cierto número de víctimas, destinadas á contribuir á su mantenimiento. Esta es una verdadera servidumbre, sin duda la más aborrecible y espantosa de todas.

En vista de estos males, los partidarios de la emancipacion de la mujer reclaman de las leyes y de las costumbres la igualdad absoluta de los dos sexos, la abolicion de todas las trabas impuestas á la mujer y la supresion de la prostitucion. Veamos, examinando detenidamente la condicion del sexo femenino, hasta dónde es posible acceder á tales exigencias. Mas para esto es necesario ántes formular estas preguntas: Las desigualdades que existen entre los dos sexos, ¿son obra de la naturaleza ó de la sociedad, ó pueden atribuirse á entrambas causas? Si lo segundo es cierto, ¿cuáles son las que á la sociedad se deben únicamente, y entre éstas, cuáles han de abolirse por pecar de injustas y mal fundadas?

### III.

Mal que pese á los partidarios de la igualdad absoluta de los hombres, la desigualdad es ley fundamental de la naturaleza. En ninguna especie de séres vivos hay dos individuos enteramente iguales. La organizacion física, y por tanto, la organizacion intelectual y moral, que de aquélla depende en absoluto, varían de individuo á individuo, de raza á raza. El principio de individualidad y la ley de division del trabajo son la razon de estas diferencias. En la obra comun, cada indivi-



duo tiene una funcion propia que cumplir, y otro tanto puede decirse de los sexos y de las razas. Esta funcion está determinada necesariamente por el predominio de tal ó cual órgano, que corresponde á la relativa inferioridad de los restantes, y por la manera especial de organizacion que produce lo que se llama temperamento, carácter, tendencias y aptitudes. La herencia, la adaptacion, la seleccion natural, el medio ambiente, son las fuerzas y factores á que corresponde el cumplimiento de estas leyes, y merced á ellas cada individuo viene á la vida destinado fatalmente á cumplir una determinada funcion. Hay que contar tambien con la accion de ciertas causas, perturbadoras, aunque sometidas á leyes, que al engendrar los que llamamos casos teratológicos, contrarían parcialmente el cumplimiento de las leyes expuestas, y privan de toda funcion y destino al individuo.

De la accion de estas leyes no se libran los sexos. Creados por la naturaleza para hacer posibles las formas superiores de la reproduccion de la especie, á este fin se subordina su organizacion entera; y como la funcion distinta que en la reproduccion desempeñan, lleva consigo funciones distintas tambien en la vida social, que es propia de los seres superiores (como el hombre), el destino de ambos sexos es tan diverso como su organizacion. Hablar, pues, de igualdad tratándose de hombres y mujeres, es dar prueba de desconocer por completo las leyes de la naturaleza.

Fisiológicamente considerada, la mujer es un término medio entre el niño y el adulto; ó lo que es igual, es siempre adolescente. Su inteligencia (salvo raras excepciones) es inferior á la del hombre; lo cual es debido á que su cráneo es más pequeño y ligero que el de aquél y á que su cerebro pesa mucho ménos que el masculino (1410 ó 1424 gramos el de los hombres, 1262 ó 1272 el de las mujeres, por término medio). En cambio el desarrollo de su sensibilidad es mayor y tambien el de su fantasía, quizá porque estas facultades son las que más de cerca tocan á la vida sensible, que es la que predomina en la mujer.

La mujer es débil. Más pequeña que el hombre, de formas suaves y redondeadas, de desarrollo muscular escaso, de ner-



vios muy impresionables, expuesta constantemente á la anemia y al histerismo, sujeta á pérdidas periódicas de fuerza y encargada de funciones reproductoras que debilitan su organismo, la mujer parece nacida para la pasión, como el hombre para la acción. Estas particularidades de su organismo físico se reflejan, como es lógico, en su organismo espiritual.

Receptiva y pasiva por naturaleza, la inteligencia de la mujer concibe con facilidad y percibe con destreza, pero no crea. Elabora y combina fácilmente los datos que la sensibilidad le proporciona, pero es poco apta para elevarse á conceptos metafísicos y abstractos. Su entendimiento, sagaz y penetrante, pero no elevado, complácese en el detalle y la observación minuciosa, tanto como repugna las vastas síntesis, y por eso es tan frecuente en ellas el sentido de lo práctico, que tantas veces escasea en los hombres más cultos. Su memoria es feliz por lo general, y no pocas veces sustituye en ellas á la inteligencia, supliendo la profundidad de las ideas con la multitud de las noticias.

Vivas y prontas, las inteligencias femeninas comprenden rápidamente todo lo que no es abstracto; pero rara vez profundizan y reflexionan, salvo en lo que atañe á su interés personal y á la vida práctica. La inteligencia de la mujer está, por otra parte, maravillosamente auxiliada por su instinto, que es infinitamente superior al del hombre. Ese instinto, que pomposamente califican de intuición los espiritualistas, sustituye en ellas no pocas veces á la razón.

La fantasía femenina es viva y poderosa; pero su función reproductora aventaja á la creadora. El desarrollo que en la mujer alcanza es tal, que toda idea, todo sentimiento es al punto convertido por ella en imagen, ídolo ó fantasma. A esto se debe el llamado idealismo de la mujer, perfectamente avenido, por otra parte, con el positivismo más utilitario y materialista. Ese idealismo se reduce á la transformación de las ideas en imágenes y á la continua formación de ideales egoístas y personales en alto grado. Los grandes ideales sociales y humanitarios no tienen para la mujer atractivo por regla general. La humanidad, la patria, la libertad, el progreso, etc., son cosas que la tienen sin cuidado. Si por ellas se interesa, es en



cuanto puedan afectar á su porvenir ó al de su familia, única cosa que la importa en este mundo.

El sentimiento en la mujer es poderoso, enérgico y capaz de los mayores sacrificios; en este punto son superiores á los hombres. Nadie ama ni aborrece como ellas; nadie sabe, como ellas, concentrar toda la vida en una pasión única y ardiente. Nace esto indudablemente del extraordinario desarrollo que en ellas alcanzan la vida vegetativa y el sistema nervioso, y acaso también en la inferioridad de sus facultades reflexivas, poco compatibles con el sentimiento.

El sentimiento femenino va siempre unido íntimamente á la fantasía y en estrecho lazo con el instinto. La mujer no ama nada abstracto, nada que no sea visible y tangible, de carne y hueso; y puede afirmarse que tampoco ama de véras sino aquellos seres que su instinto le impulsa á amar. Su fervor religioso parece una excepción de la regla; pero no lo es. Después de todo, la mujer nunca es devota de dioses abstractos, sino de dioses humanos. La Trinidad la conmueve poco; el Cristo ensangrentado y la hermosa Vírgen Madre son el objeto constante de su culto; y ama á esta última sobre todas las cosas, porque, sin saberlo, adora en ella su propia imagen transfigurada y elevada á lo infinito.

Puede decirse que la mujer no tiene más que un amor: el de la familia. El hombre comparte este afecto con otros muchos: la mujer no. Su madre, su esposo y su hijo son los únicos objetos que verdaderamente adora; añadamos el amante; pero el amante ó es el esposo futuro, ó el esposo ilegal, ó el sustituto de un esposo desamado. En estos amores el instinto tiene tanta parte por lo ménos como el sentimiento. Hartmann ha mostrado en frases elocuentísimas todo lo que hay de inconsciente en el amor sexual y de instintivo en el maternal. Éste, el más heroico, el más sublime, el más duradero de todos, no es otra cosa, en suma, que la transfiguración de un instinto inconsciente. Por eso, por ser el afecto que ménos reflexión entraña, es el más poderoso en la mujer.

La vida de la mujer se reconcentra en la familia y tiene por fin único la reproducción. Si prescindimos de esto, la existencia de la mujer es inútil é inexplicable. Toda su organización fí-



sica y moral se encamina á este objeto único y exclusivo. Por eso la mujer que renuncia á él voluntariamente, es un fenómeno que sólo merece aversion y desprecio. Por eso el monacato femenino, por más que se pretenda idealizarlo, es un atentado contra el destino de la mujer y contra las leyes de la humanidad.

En el hombre la reproducción es un fin como otro cualquiera. Nace el hombre, no sólo para reproducirse, sino para ejercitar sus facultades en la ciencia, en el arte, en la industria, en la política, en la religion. Su organizacion física no responde únicamente á este fin, ni tampoco la moral. En la mujer sucede todo lo contrario. Todo el plan de su organismo se encamina á la reproducción. Su hermosura, sus gracias, sus formas, todo es un medio para este fin supremo. Sus atractivos físicos y morales no son más que señuelos para atraer al hombre á la union sexual. Sus cualidades de todo género no son más que condiciones para el ejercicio de la maternidad. Si en todos conceptos contrasta con el hombre, es porque este contraste es necesario para despertar el amor y favorable para el buen éxito de la reproducción. Si es débil y pasiva en todo, es porque en la obra de la reproducción le toca en suerte un papel pasivo. Si es pudorosa y el hombre no lo es, débese á que el pudor, más que freno, es acicate del apetito varonil.

Si este es el destino que trazó á la mujer la naturaleza, ¿cuál ha de ser el que la sociedad le imponga? Uno solamente: la vida de la familia, el amor del esposo, el cuidado de los hijos, el gobierno del hogar. Para el hogar nació; en él están su principio y su fin; y de él no puede apartarse, so pena de faltar á la ley de su vida y convertirse en monstruo ridículo ó repulsivo, torpe caricatura del varon.

Ahora bien: la desigualdad de las funciones y de las aptitudes supone tambien la diferencia de las condiciones. Si el hombre y la mujer se destinan á fines diversos (aunque tambien á fines comunes), la razon exige que, sin llegar á una desigualdad absoluta é irritante, la sociedad coloque en condiciones distintas al uno y á la otra. Estas condiciones deberán fundarse en leyes naturales ó en conveniencias sociales



imperiosas. ¿Cumplen esta ley las que hoy existen? Esto es lo que niegan los partidarios de la emancipacion de la mujer, y esto es lo que debemos examinar.

#### IV.

Una de las cosas que más disgustan á los partidarios de la emancipacion de la mujer es la diferencia que existe entre su educacion y la del hombre, á la cual atribuyen, más que á la naturaleza, la desigualdad intelectual de los dos sexos.

Semejante afirmacion no es exacta. Los datos inapelables de la filosofía y la psicología demuestran que la desigualdad intelectual del hombre y de la mujer se funda en la organizacion psico-física de ésta, y no en diferencias de educacion. Por otra parte, tampoco es cierto que sean tan grandes estas diferencias.

En la primera enseñanza, la educacion de los niños y de las niñas es enteramente igual; los primeros conocimientos son los mismos para todos. En la enseñanza superior de los colegios de niñas figuran igualmente muchas asignaturas de las que se dan á los varones. La lectura, la escritura, la aritmética, la moral, la religion, la gramática, la geografía, la historia, las lenguas vivas y el dibujo, lo mismo se enseñan en los colegios á niños que á niñas. Salvo las lenguas sábias, las ciencias exactas, físicas y naturales y las filosóficas, la enseñanza primaria y la secundaria son idénticas para ambos sexos, ó lo que es igual, ambos reciben todos aquellos conocimientos que son necesarios para la cultura general y la recta direccion de la vida. Hay, pues, mucho de exagerado en las quejas á que nos referimos.

No negaremos, sin embargo, que la educacion de las niñas peca de imperfecta. Sus maestras, ignorantes ó desidiosas en su mayor parte, apénas se cuidan de otra cosa que de enseñarles la lectura, la escritura, la aritmética y las labores del sexo. Las demas enseñanzas se reducen á fatigosos é inútiles ejercicios de memoria. Pero este mal, debido á lo empírico y



rutinario de los métodos de enseñanza, lo mismo se observa en la educación de los varones.

Convendría, sin duda, establecer para las mujeres algo semejante á la segunda enseñanza, ampliando los estudios literarios (gramática, literatura é historia), y añadiendo á los programas algunas nociones de ciencias filosóficas (ética, psicología) y de físico-naturales (historia natural, geografía, física, astronomía, fisiología, higiene). Es ciertamente absurdo que la que ha de cuidar del espíritu y del cuerpo de sus hijos y ha de inculcarles sus deberes, desconozca los primeros y no tenga ideas más claras de los segundos. Pero esta enseñanza, que había de ser más práctica que teórica, y más agradable y amena que didáctica, no había de encaminarse á formar doctoras, sino á preparar á las educandas para el único y capital fin de su vida: ser buenas esposas y buenas madres.

Los reformistas no se contentan con esto. Quieren para la mujer el acceso á los estudios profesionales y facultativos y el ingreso en todas las profesiones y carreras del Estado. Quieren hacer de ellas filósofas y literatas, jurisperitas y economistas, médicas y farmacéuticas, ingenieras y veterinarias, físicas, químicas, matemáticas y naturalistas. ¡Error insigne, que sólo prueba en quienes lo propalan el más completo desconocimiento, no sólo de la naturaleza de la mujer, sino de la humana!

La mujer—lo hemos dicho,—además de ser inferior en inteligencia al hombre, es un sér pasivo, creado solamente para la reproducción y destinado á la vida de familia. La vida del varon es incompatible con estas condiciones, y aplicada á la mujer sólo contribuiría á apartarla de su destino, á privarla de sus encantos, y probablemente, á degradarla.

La vida del hombre es puramente exterior y tiene más de pública que de privada. Libre de los cuidados de la procreación, que para él es un detalle secundario, pero obligado por la superioridad de su fuerza y su inteligencia á ser el jefe de la familia y el que en la vida pública la personifica y representa; llevando sobre sí la carga de alimentar á los suyos, y llamado por sus aptitudes naturales á todas aquellas maneras de actividad que exigen inteligencia, fuerza y poder,—ni puede com-



partir las tareas domésticas, ni abdicar de las prerogativas que la naturaleza le concede. Para él la vida pública con sus afanes y fatigas, la indagacion de la verdad por medio de la ciencia, la realizacion de la belleza por medio del arte, la transformacion de la materia y la creacion de la riqueza por la agricultura, la industria y el comercio, el ejercicio de la justicia y del poder, y la defensa de su hogar y de su patria por medio de las armas. Para eso le hizo la naturaleza fuerte, inteligente y activo; para eso hizo de acero sus músculos, de hierro su cuerpo y le apartó de los cuidados que á la mujer debilitan y fatigan. Para eso hizo animoso su corazon, firme su voluntad, clara y perspicaz su inteligencia. Por eso él, y no la mujer, es el rey de la creacion.

En cambio, para él son los peligros y los afanes. Él ha de buscar con el sudor de su rostro el pan de sus hijos; él ha de defender su hogar amenazado; él ha de llevar sobre sus hombros la carga penosa de encaminar la humanidad por la senda del progreso. La mujer, en tanto, al abrigo de las tempestades, guarda en el hogar el fuego sagrado del amor, embellece y encanta la vida agitada del hombre y le espera en el santuario de la casa, despues de la hora de la angustia y la fatiga, para enjugar su rostro sudoroso, restañar la sangre de sus heridas y recompensar sus afanes con el beso del amor. Si el hombre es soberano del mundo, ella es reina y señora del hombre; su misma flaqueza es escudo que la ampara de todo ataque y toda ofensa; y ante ella se postran, movidos, si no por el amor, por la galantería, el fiero guerrero como el legislador adusto, el apasionado artista como el filósofo severo.

Pero supongámosla, merced á esa educacion y á esa igualdad que para ella se reclaman, descendida de su pedestal. ¡Qué caida tan inmensa! La vida del hogar ya no existe para ella, porque comparte los afanes y peligros de su compañero. Ya no es el ángel de amor y de dulzura que todos adoraban. Ora revuelve con anhelante mano el cadáver disecado en el sangriento anfiteatro ó combina ácidos y gases en nauseabundo laboratorio; ora litiga en el foro ó agita las pasiones en el Parlamento ó en el club; quizá brotan de sus labios de rosa abstractas concepciones metafísicas y cubre sus rizados cabellos el



negro bonete del catedrático; acaso, cubierta de sangre y ennegrecida por la pólvora, empuña en el campo de batalla el arma homicida. ¿Y el hogar? ¿Y los hijos? ¿Y el amor del esposo? ¿Cómo ha de ocuparse de cosas tales? ¡Ah! Del hogar sólo quedan frias cenizas; para los hijos sólo hay soledad y abandono; para el esposo, los encantos que pueda proporcionar la convivencia con un hombre contrahecho vestido de mujer.

Si tales fueran los intentos de la naturaleza ¿á qué esa inútil duplicacion de sexos? ¿No hubiera sido más sencillo que el hombre fuera hermafrodita, ó se reprodujera como los animales inferiores? No. La naturaleza es más sábia que los que pretenden reformarla. Creó al hombre para la familia y la sociedad, y á la mujer sólo para la familia, porque el esposo y el hijo necesitan de alguien que únicamente á su cuidado se dedique; porque la vida pública y la privada son incompatibles, porque una ley sábia hace que la fuerza no pueda desarrollarse sino al amparo de la debilidad. Y como toda armonía nace del contraste, hizo al hombre y á la mujer, no sólo distintos, sino opuestos, para que la ley de polaridad se cumpliese y ambos constituyesen las mitades del sér superior que se llama humanidad; para que la necesidad de completarse les moviese á unirse, porque lo semejante rechaza lo semejante, y lo contrario atrae con invencible amor á lo contrario; para que en el mundo no estuvieran solas la fuerza y la inteligencia, sino que coexistiese con ellas, y con ellas se uniese, para completarlas, dignificarlas y embellecerlas, el divino encanto del amor.

¡Ah! Si por desdicha llegase á existir un dia la mujer sábia y emancipada que algunos sueñan, ¡qué inmensa sería la desventura del hombre! ¿Adónde volvería los ojos en busca de amor y de consuelo? ¿Cómo había de amar á su varonil consorte? ¿Cómo había de ver en el astuto político, el severo magistrado ó el belicoso guerrero la madre de sus hijos, la dulce compañera de su existencia? El mundo acabaría entónces sin necesidad de cataclismo alguno, porque los hombres se condenarían á perpetua continencia ántes que unirse con semejantes monstruos.

Si las mujeres conocieran la inmensidad del horror y del



desprecio que nos inspiran cuando pretenden equipararse á nosotros, si pudieran comprender todo lo que hay de odioso y de ridículo en la mujer varonil, ¡qué pronto renunciarían á sus pretensiones, y qué maldiciones lanzarían á los defensores de su emancipacion! ¿Cómo no comprenden, además, que una vez realizados sus deseos perderían todos los inapreciables privilegios de que hoy disfrutan? La igualdad de derechos exige, en justicia, la igualdad de deberes, porque unos sin otros no se comprenden. Si las mujeres han de ejercer los cargos de los hombres y recibir la misma educacion que ellos, han de aceptar todas las consecuencias de su nueva condicion. Sométanse, pues, al servicio militar, renuncien á las inmunidades que su flaqueza les otorga y den por suprimida la galantería. Si nos insultan, apréstense á recibir nuestras bofetadas en su rostro y nuestras estocadas en su pecho. Si nos quieren acompañar en el Parlamento, peleen á nuestro lado en las barricadas. Dispónganse á escuchar, no el dulce lenguaje de la galantería, sino el de la taberna y el garito, y no nos hablen de su pudor y de su honra de doncellas ó de esposas, porque tales escrúpulos no deben albergarse en pechos varoniles. Renuncien, en suma, á todo lo que constituyó el tesoro de sus gracias y de sus prerogativas, y resígnense á la rudeza de nuestra condicion, ya que pretenden igualarse con nosotros.

¡Y aún si esto fuera posible! Pero ni lo es ni lo será. La educacion más perfecta del mundo nunca podrá nivelar á hombres y mujeres. Prescindiendo de las trabas que su género de vida les impone, prescindiendo de que la filosofía, la política, la administracion pública y todas las maneras de actividad del hombre no son compatibles con el menstuo, el histerismo, el embarazo y la lactancia, no hay educacion que pueda igualar cerebros que pesan 1.262 gramos con otros que pesan 1.410. Los casos raros de mujeres notables que se citan son contraproducentes, porque la excepcion confirma, no niega la regla. ¿Qué supone un puñado de filósofas, políticas, guerreras, poetisas y pintoras, al lado de la innumerable cantidad de mujeres indoctas? Que hubo una Hipatia, una Safo, una Isabel de Inglaterra y una Juana de Arco. ¿Y qué? También hay mujeres con barbas y niños de tres cabezas. Esos son fe-



nómenos teratológicos, desviaciones de la naturaleza, casos de atavismo y nada más.

Se dirá que la falta de educación es la causa de esto. Prescindiendo de que, como ya hemos dicho, en esto se exagera mucho, es cosa bien singular que sean tantos los hombres que, sin educación alguna, se han elevado á las cimas de la ciencia, del arte, del poder y de la riqueza, y tan pocas las mujeres que se hallan en igual caso. Si tan sábias son, ¿cómo no suplen con la fuerza del genio y de la voluntad la educación que no han recibido?

## V.

La incapacidad de la mujer para la ciencia y la vida pública es notoria. De una y de otra le apartan su organización y su destino. ¿Sucederá otro tanto con el arte? En este terreno los partidarios de la emancipación caminan más en firme y son más atendibles sus razones.

No negamos la capacidad de la mujer para la industria ni para el arte bello. Su sensibilidad, su fantasía, su buen talento práctico, su indudable destreza, le dan suficientes condiciones para ambas cosas, como también para el comercio, y en general para toda profesión que no exija conocimientos científicos ni elevadas miras. Todo el mundo sabe que en los oficios y artes industriales, y en el comercio mismo, las mujeres hacen maravillas. La cuestión está en saber si tales ejercicios convienen á su destino verdadero.

A nuestro juicio, no siempre. La mujer, fuera del hogar, no ocupa su puesto. Mientras pueda ejercer el arte, el comercio ó la industria en el seno de su familia y sin desatender sus verdaderas obligaciones, loable y aún necesario nos parece que lo haga. Pero la vida del taller, de la casa de Banca y de la oficina nos parece impropia de la mujer y tan dañosa para su cuerpo como para su espíritu. Todo lo que sea arrancarla del hogar es peligroso é inconveniente, en opinión nuestra.



No obstante, la organizacion de la sociedad obliga á transigir con este mal. Miéntas exista la actual desigualdad de fortunas (y ésta no ha de desaparecer nunca) la mujer del pueblo no tendrá siquiera el derecho de ser señora de su casa. La necesidad la obligará á dejar abandonado el hogar querido y buscar el sustento sobre el campo abrasado por el sol ó en la bóveda sombría del taller. Mucho perderán con ello su salud, su dignidad y su pureza acaso; pero no puede remediarse. La sociedad así lo exige y bajo sus ruedas fuerza es que todos los dias se destrocen millares de existencias. La bondad y la justicia no rigen el mundo; el mal y el dolor imperan en él con poder incontrastable y nadie se exime á su opresion tirana, ni hay fuerza que pueda arrancarlos del trono que ocupan. Lo más que en esto cabe hacer es impedir que el trabajo de la obrera se convierta en inmoral y vergonzosa servidumbre, como lo es realmente, y algo más dura por cierto que las que tanto exasperan á los emancipadores de la mujer. Leyes que prohiban ántes de cierta edad el ingreso de las mujeres en las fábricas, establezcan en ellas rigurosa separacion de sexos, velen por las condiciones higiénicas de los talleres, suplan con benéficos asilos y escuelas la forzosa ausencia de las madres é impidan la explotacion de la mujer, son de todo punto necesarias. La justicia y la moral lo exigen de consuno.

Y ya que del trabajo material de la mujer tratamos, debemos declarar que estamos conformes con los que protestan contra el monopolio que de oficios femeninos hacen los hombres. Hay en la industria y el comercio multitud de ocupaciones que las mujeres podrían desempeñar sin inconveniente alguno y que en los hombres son ridículas por lo ménos. Esos zánganos que pasan su vida tras de un mostrador midiendo cintas y cortando vestidos, como los que se dedican á trabajos mecánicos que ni inteligencia ni fuerza requieren, debieran dejar el puesto á las mujeres y dedicarse á oficios propios de quien peina barbas. Asimismo reconocemos que hay varias ocupaciones que son igualmente propias de hombres y mujeres, y á que éstas podrían dedicarse legítimamente, siempre que no les apartaran de su verdadero destino; pero estas re-



formas no pueden ser objeto de la ley, sino de la costumbre, y es difícil vencer los poderosos intereses que á su planteamiento se oponen.

Respecto del arte bello, la cuestion es más difícil y compleja. Con sobrada ligereza se afirma que para toda clase de artes bellas tienen singular aptitud las mujeres. Distingamos. Para las artes de imitacion, sí; para las creadoras, no.

Si el arte fuera simplemente objeto y producto de la imaginacion y del sentimiento, no hay duda de que no habría mejores artistas que las mujeres; pero esto no es exacto tratándose de todas las artes sin distincion. Cuando el arte requiere, además de creacion de forma, concepcion de idea, la elevada razon del hombre es insustituible, y cuando la mujer quiere imitarle, rara vez rivaliza con él. En las artes que son de imitacion, ó en que, al ménos, la imitacion cabe, la mujer puede hacer, por el contrario, tanto como el hombre. Su receptividad, su viveza de fantasía, su fácil comprension, su sensibilidad exquisita, le dan mucha aptitud para apreciar bellezas ya creadas y reproducirlas con acabada perfeccion. Su falta de superior inteligencia, su escasa idealidad, su horror á la abstraccion, su pobreza de inventiva en todo lo que no sea detalle y menudeo, le apartan, por el contrario, de la verdadera creacion artística. Por eso la arquitectura no se hizo para ellas, y si á la escultura ó la pintura se dedican, son buenas copistas, pero malas inventoras y brillan más por esto en el paisaje, el retrato, el frutero ó el bodegon que en el cuadro de género ó de historia. Por eso son en música excelentes cantantes y manejan con perfeccion toda clase de instrumentos, pero nunca componen piezas musicales de mérito alguno. Por eso son buenas actrices y notables bailarinas, pero como poetisas (salvo raras excepciones) valen muy poco. Sus poesías son siempre pobres de idea y de invencion y sólo suelen valer por la forma, y si por ventura están inspiradas, los sentimientos que revelan más tienen de entecos y femeninos que de levantados y robustos.

¿Pero es compatible el ejercicio de estas artes con el destino de la mujer? El hecho de que las que á ellas se dedican de por vida, difícilmente cumplen bien sus obligaciones de esposas y



de madres, y el de que, si por mero entretenimiento toman el arte, lo abandonan apenas casadas, son la respuesta más elocuente á esta pregunta. Que las artes de imitacion deban formar parte de la educacion de la mujer, y puedan aumentar sus encantos y proporcionarla honestos y legítimos triunfos, es para nosotros indudable; pero la profesion de éstas y las demas artes, sin merecer censura, es lo cierto que les aparta de la que debe ser su verdadera vocacion. Y por otra parte, casi siempre las perjudica, porque les hace adquirir hábitos varoniles y les llena de insoportable vanidad. La poetisa es casi siempre por esta razon un tipo ridículo; y no porque lo sea que la mujer cante lo bello, sino porque, sobre hacerlo muy mal generalmente, cuando lo hace se pone tan insufrible que no hay quien la tolere.

No desconocemos que la intervencion de la mujer en ciertas artes (el teatro, por ejemplo), es de todo punto indispensable, y no hemos de censurar á las que lo ejercen, sobre todo si saben conciliar su profesion con sus deberes. Miéntras la mujer artista evite el riesgo de hacerse varonil, nada tenemos que objetar, y si cultiva el arte con acierto sin dejar de ser mujer, fuerza será reconocer en ella un nuevo encanto. Pero esto, no muy fácil en las artes de imitacion, es casi imposible en las restantes, sobre todo en la poesía, que pugna un tanto, fuerza es decirlo, con el carácter pasivo de la mujer.

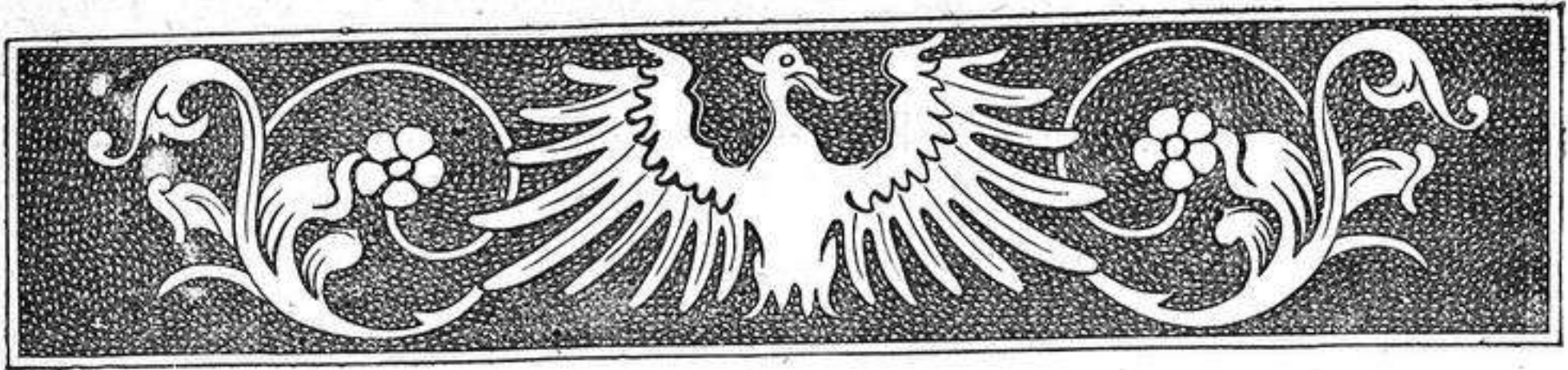
Y siendo así, corriendo tanto peligro de extraviarse la mujer cuando á determinadas artes se dedica, ¿no es cierto que más le valdrá, si la necesidad no la obliga, contentarse con sentir y comprender el arte, sin ejercitarlo? Despues de todo, ¿dónde hay arte más bello que el de amar y saber hacerse amable, ni qué obra artística puede compararse á un hijo hermoso y bien educado, encanto y esperanza de su padre, orgullo de su madre, y gloria y alegría de la casa?

M. DE LA REVILLA.

*(Se continuará.)*







# EL PROBLEMA FISIOLÓGICO

## DE LA VIDA (1).

---



o se motejará ya á los hombres de ciencia de nuestro tiempo de una indiferencia exagerada con respecto á las miras generales. Hé aquí, en efecto, dos obras publicadas con cortos dias de intervalo, en las cuales se ven expuestos y discutidos los problemas fundamentales de la fisiología. Si los nombres de los autores no indicasen desde luégo la tendencia propia de cada obra y el espíritu que la anima, el lector no necesitaría detenido exámen para instruirse en este punto. Abra uno y otro libro, y las primeras líneas bastarán para asesorarle.

Desde el comienzo de su introduccion M. Chanffard se expresa de este modo:

«La nocion del sujeto es, en toda ciencia, la nocion primera que debe determinarse. Saber lo que es la vida debe ser nuestra constante preocupacion... Los fenómenos no se comprenden más que en sus causas reales; toda nuestra doctrina se re-

---

(1) *Leçons sur les phénomènes de la vie comuns aux animaux et aux vegetaux*, por Claude Bernard.—*La vie. Études et problèmes de biologie générale*, por E. Chanffard.



duce á comprender los fenómenos vitales por y en la causa viviente.»

La noción de la vida, dice, por el contrario, Claudio Bernard, es la noción última que puede determinarse. No está en el umbral de la ciencia, sino en su término, como un ideal inaccesible. Las condiciones de las cosas son todo lo que podemos conocer de ellas, y la ambición de la ciencia sólo llega á apoderarse de las *relaciones entre los fenómenos y sus condiciones*, es decir, la sola y verdadera causalidad inmediata, real y accesible.

Se prevee inmediatamente á qué orden de ideas nos llevará cada uno de nuestros guías. Con Claudio Bernard, permaneceremos en la fisiología propiamente dicha; estaremos acantonados en el dominio de la ciencia, y si vamos hasta los límites de este dominio será para aprender á respetarlos y no á traspasarlos. «La fisiología, dice, debe desembarazarse del bagaje filosófico que há tiempo entorpeció su marcha: la inmisión de las especulaciones metafísicas en el estudio de los fenómenos vitales es estéril y funesta. Tan absurdo sería negar expresamente, doctrinalmente el orden entero de los conceptos metafísicos, como es importante separarlo del orden de las verdades experimentales.

M. Chanffard protesta con elocuencia contra esta resolución de separar del orden puramente científico, lo que es de orden puramente filosófico. Todo se encadena y se ordena en el hombre, y es, en opinion del sabio médico, una miserable ciencia, mutilada, incompleta, la que, permaneciendo confinada en el estudio de los hechos, se niega á acercarse á la razón de las cosas, es decir, á la causa superior de los fenómenos de la vida.

Esta consideracion de las causas superiores, M. Chanffard se esfuerza en aplicarla á la ciencia de la vida, tanto como M. C. Bernard en hacerla desaparecer. El vehemente profesor presta alas á la fisiología y le abre, en vez de los laboratorios ínfimos y bajos, á veces mal sanos, donde vegeta, los brillantes espacios del empíreo metafísico.

La continuacion nos enseñará cuál de estos guías es el mejor para seguirle; pero en todo estado de causa es indispensable



tener presente en el ánimo el disentimiento profundo y la diversidad inicial de las miras que han inspirado las dos obras que analizamos. En este punto, en efecto, en este diverso modo de comprender el método, el fin y las ambiciones legítimas de la fisiología, están contenidas en germen las disidencias, cuyo desenvolvimiento seguiremos.

## I.

M. Chanffard se abstiene de emitir una doctrina nueva. Declara atenerse á los conceptos ya probados y consagrados por el asentimiento de los grandes legisladores del pensamiento humano. Su adhesion, dice, se adquiere con las enseñanzas tradicionales de las escuelas medicas, y toda su ambicion sólo llega á rejuvenecer estas enseñanzas dándoles acentuacion y nuevos desarrollos. Separar estas doctrinas de todas las aleaciones que dejó la dominacion sucesiva y siempre corruptora de los sistemas, presentarlos purificados y en armonía con la ciencia moderna, hé aquí los únicos progresos que el sabio médico pretende realizar.

¿Qué son estas antiguas doctrinas que nos promete renovar y rejuvenecer?

Nos es preciso, para contestar á esta interrogacion, tomar las cosas desde más léjos é interrogar la historia de la ciencia desde sus mismos orígenes. Un exámen concienzudo nos enseñará que los sistemas biológicos que sucesivamente han dominado, no son, en definitiva, más que las diversas maneras de contestar á dos preguntas fundamentales: ¿Los fenómenos vitales son esencialmente diferentes de todos los demas fenómenos del órden natural? ¿Los fenómenos vitales son esencialmente distintos de los fenómenos psíquicos?

Hé aquí el punto de partida de todas las controversias. Cada cuestion, llevándonos á dos soluciones contrarias, ha dividido por tal motivo á los médicos filósofos en dos campos opuestos, espiritualistas contra materialistas de un lado, animistas contra vitalistas, de otro.



No sabríamos negar la importancia considerable de tales problemas bajo el punto de vista filosófico. Pero la fisiología tiene un verdadero interés en estas polémicas? El sabio militante ¿tiene calidad para intervenir en ellas y qué ventajas y beneficios puede obtener de su intervención? Claudio Bernard nos dice que no; M. Chanffard nos dice: sí; y uniendo el ejemplo al precepto, toma el partido del espiritualismo: guerra bajo la bandera del animismo, para mayor provecho de la ciencia médica.

Hay para los filósofos diferentes modos de ser espiritualistas, diferentes maneras de ser materialistas; pero no hay más que un recurso para el fisiólogo. Se cree que el hecho vital es esencialmente específico, irreductible á los hechos de la naturaleza física ó inanimada, y se es espiritualista: se cree, por el contrario, que los fenómenos vitales pueden relacionarse con todos los demás fenómenos del orden natural, y se es materialista, y esto independientemente de las ideas más ó ménos distintas que en una y otra escuela, pueden formarse de la vida, de su naturaleza y de sus orígenes. Estas son ideas accesorias relativamente, cuestiones de segundo orden, gérmenes de discordia que traerán ulteriormente la excision de las dos grandes escuelas en sectas particulares, dividiéndose el materialismo en mecanicismo, organicismo, transformicismo, y el espiritualismo en animismo y vitalismo.

La cuestion fundamental es saber si el hecho vital debe distinguirse de la inmensa multitud de los demás hechos naturales ó confundirse con éstos. Toda cuestion distinta puede omitirse momentáneamente. Esta es, por cierto, histórica y lógicamente, la primera que reclama una solucion. La historia filosófica nos enseña que ya, cuatro siglos ántes de nuestra era, se impuso á las meditaciones de los pitagóricos y de los filósofos de Jonia. Aun hoy día, los programas de la enseñanza más elemental la ponen como introduccion al estudio de las ciencias naturales.

Esta cuestion, M. Chanffard la aborda como espiritualista convicto, porque no es posible confusion alguna entre el orden vital y el orden mineral ó inorgánico. Decide sin discutir.

Por el contrario, M. Bernard discute sin decidir. Reunió las



piezas del proceso, pero no lo juzga, porque, en efecto, la decision no importa á la fisiología. La confusion es prácticamente imposible entre lo viviente y lo inanimado, y esto basta para que el fisiólogo pueda proceder á sus estudios. Que la diferencia sea más ó menos honda entre el cuerpo bruto y el cuerpo animado, que sea esencial ó sólo formal, es un punto que la ciencia actual no puede aclarar: pertenece acaso al médico filósofo, pero no al hombre de ciencia positiva, el derecho de razonar tales cosas. Hechas estas distinciones, es justo reconocer que las barreras levantadas por los antiguos naturalistas entre el reino orgánico y el reino inorgánico, se han quebrantado notablemente en muchos puntos, derribándose por completo en otros varios.

¿Cuáles son los rasgos que separan el cuerpo vivo del cuerpo bruto y que de este modo caracterizan la vida? Sucesivamente se ha indicado la composicion química, la organizacion, la nutricion, la evolucion, la tendencia á la adquisicion de una forma específica y la generacion.

Buffon ha podido creer en la existencia de una materia especial para el sér viviente, en un cuerpo simple vital. Los progresos de la química han destruido casi de un modo inmediato esta hipótesis, y demuestran que en los organismos no hay otra especie de materia que en el mundo mineral.

Entónces se invocó otro carácter, la organizacion. Pero ¿qué es la organizacion? No sabemos que se haya dado una definicion satisfactoria que no se reasuma fatalmente en la siguiente: La organizacion es la constitucion física especial de la materia viviente. Ahora bien; hasta que se hayan determinado las propiedades físicas y la fórmula química del más simple y universal de los cuerpos vivientes, es decir, del protoplasma, no se sabrá lo que es la organizacion. Nuestro sentido amigo Papillon creyó encontrar en los trabajos de M. Robin la solution de esta dificultad; escribió en cierta ocasion: «En vez de ser homogéneo y simétrico en todos los puntos de su masa, el elemento orgánico se constituye por la asociacion de cierto número de sustancias diversas en que predomina el carbono, y que se llaman principios inmediatos orgánicos.» Asociacion de tres órdenes de principios inmediatos, ausencia de homo-



geneidad y asimetría molecular, son los tres caracteres de la materia orgánica. Para algunos sabios, uno solo de estos caracteres bastaría, la simetría, por ejemplo; y vemos á M. Gondin asegurar que «la falta de simetría en el eje denota una intencion formal, ó por mejor decir, una omnipotencia creadora.» Nœgeli coloca además el signo distintivo de la molécula protoplásmica, en la doble refringencia que presenta. ¿Lo veremos en su complejidad atómica, en su inestabilidad? Estos caracteres aislados contribuyen, pero no bastan á definir la organizacion; no obstante, la relacionan todos con el mundo físico. M. Chanffard, por el contrario, siguiendo su tendencia constante, pretende sustraer la organizacion al mundo físico. Antes que la ciencia haya penetrado el secreto de la constitucion molecular de la sustancia viva, transcurrirán muchos dias, y muchas obras como la de M. Chanffard habrán caído en el olvido. No es esto todo: este fracaso lejano está demasiado próximo en opinion de nuestro autor: la constitucion física de la materia viva, una vez conocida, declara que no conoceremos para ella la organizacion. La organizacion se hizo para no conocerse: no es un estado molecular, una constitucion física, un órden material: es la vida misma, es el estado del cuerpo vivo en tanto que vive y miéntras vive. Tanto valdría borrar la palabra organizacion del diccionario biológico y sustituirla pura y simplemente la palabra *vida*.

Ya no es la materia del cuerpo vivo la que necesitamos considerar ahora; es el mismo cuerpo, el sér animado. El rasgo más notable de este sér es su carácter evolutivo. Está en vía de cambio continuo: nace y perece, se forma, crece, se complica, y luégo decae y desaparece despues de haber fijado y realizado un plan previsto de antemano. Por el contrario, el sér bruto, mineral ó sideral, sería imperecedero, incorruptible, inmutable. Tal oposicion no es rigorosa. ¿Acaso no sabemos que todo se destruye en la superficie de la tierra, y que todo se modifica en las profundidades de los cielos? Los observadores que en el siglo xvii dirigieron al cielo el primer antejo que Galileo acababa de inventar, se llenaron de asombro viendo cambiar aquella bóveda celeste que creían incorruptible, y distinguiendo una estrella nueva que tenía su sitio



en la constelacion de la Serpiente. Desde entónces, el sistema cosmogónico de Laplace es familiar á todas las inteligencias cultivadas y cada cual se habitúa á la idea de una movilidad, de una evolucion continuas, y de una extincion final de los cuerpos siderales.

Esta evolucion es, sin duda, infinitamente lenta, con relacion á nuestra precipitada vida. Pero el roble de nuestras selvas es tambien un sér eterno con respecto á las generaciones de efímeros que viven en la tierra. Si pudiéramos hacer comparecer ante nuestra mirada lo infinito de los tiempos pasados y futuros, veríamos acaso en los cuerpos siderales algo análogo á estas repeticiones de formas que nos ofrece la serie de las generaciones animales; y si en el mismo instante pudiéramos abarcar el número infinito de los mundos celestes, tal vez distinguiríamos los Eones de Lucrecio, es decir, los diferentes estados, y, por decirlo así, las diferentes edades de estos seres en evolucion, que nacen, subsisten silenciosamente en el espacio infinito y persisten en seguida. La tendencia del sér organizado salido de un gérmen, á la adquisicion de una forma típica, á la terminacion de una especie de plan arquitectural, cuya realizacion persigue contra las dificultades y los obstáculos que la atraviesan, cicatrizando sus heridas, separando sus mutilaciones, esta tendencia es, á los ojos del naturalista filósofo, un nuevo carácter del sér vivo, el más notable quizas, el que demuestra mejor su unidad, su individualidad.

Pero ¿no hay nada semejante en los cuerpos minerales? Los fenómenos de cristalizacion ¿no son una manera de adquisicion de la forma específica? Los cristales nos demuestran cierta aptitud á reparar las mutilaciones que sufren: un trabajo más activo se verifica en la parte herida ó deformada, como lo ha observado M. Pateur, y el depósito de partículas cristalinas satisface, no sólo á la regularidad del trabajo general en todas las partes del cristal, sino al restablecimiento de la regularidad en la parte mutilada. A la verdad, M. Chanffard hace notar que el tipo cristalino no revela en modo alguno otros tipos preexistentes, y que nada en la cristalizacion recuerda la accion de los ascendentes, las leyes de herencia. Pero este vacío entre el cuerpo vivo y el cristal ¿no



está colmado ya por la observacion de M. Gernez? Hé aquí una solucion saturada de sulfato de sosa: si se introduce en ella un cristal ya formado, la cristalizacion se producirá en toda la masa, y el tipo cristalino, añadido al agua originaria de la cristalizacion, será el generador de un número inmenso de tipos semejantes.

¿Qué fin perseguimos, insistiendo con Cl. Bernard, en hechos de este género? ¿Queremos sacar conclusiones y transformar estas lejanas analogías de los cuerpos brutos y de los cuerpos vivos en una asimilacion positiva y entera? No es tal nuestra idea. Queremos solamente enseñar á otros la prudencia que nos imponemos. Queremos establecer que la distincion absoluta de los reinos orgánico é inorgánico no es más que una hipótesis tan incierta en sí, como indiferente á la fisiología. Adoptando esta hipótesis del biologismo espiritualista, M. Chanffard se expone gratuitamente á los riesgos del error, y compromete más que sirve á la ciencia.

Se trata ahora de dar un nuevo paso. Con M. Chanffard hemos ahondado un abismo entre los fenómenos de la vida y los fenómenos de la naturaleza inanimada. Una segunda dificultad se presenta. Limitando toda consideracion al hombre, se trata de decidir si hay una segunda distincion que establecer esencialmente entre los hechos psíquicos y los hechos vitales. En otros términos, ¿la actividad humana se nutre en orígenes diferentes, segun que se manifiesta en la esfera de la inteligencia y en la esfera de la vida, ó por el contrario, procede de un objeto único? ¿Hay unidad ó dualidad en el hombre? ¿La vida y el alma se separan ó se confunden en su esencia y sus atributos?

Para contestar á esta pregunta, se imaginaron los sistemas animista y vitalista. Hé aquí su objeto principal, y los mil accesorios que disfrazan y complican la idea dominante no deben engañarnos. La preocupacion que los ha suscitado era ménos la de explicar los movimientos vitales que la de aclarar las relaciones de la causa vital con los movimientos del pensamiento y con el alma, causa de estos movimientos. Se es vitalista, si se separa absolutamente el órden psíquico del vital; se es animista, ó más bien unicista, si se les relaciona con la mis-



ma causa. Sin duda el vitalismo y el animismo contienen otras ideas que las de la distinción ó de la confusión esencial de los hechos vitales y de los hechos psíquicos; pero, como hemos dicho, ésta es decisiva.

Entre estas dos doctrinas adversas, M. Chanffard no vacila un punto: rechaza el vitalismo; cree en la unidad esencial de los fenómenos de la vida y del pensamiento, es unicista.

Hay en él animismo, como en la doctrina contraria del vitalismo, dos nociones de importancia desigual. La noción dominante, soporte de todas las demás partes, la que permanece entera y permanente á través de las variaciones del detalle, es la de la unidad esencial de los fenómenos que se manifiestan en el hombre; es la afirmación de que estos fenómenos, por heterogéneos que parezcan, revelan un principio de actividad única, indescomponible, indivisible. Damos el nombre de *unicismo* á esta doctrina, que es como la piedra angular del animismo. Es la única parte del concepto stánlico que M. Chanffard adopta y defiende.

En cuanto al vitalismo, lo rechaza en todas sus partes. Esta doctrina contiene dos nociones: la primera es la de la separación absoluta de los fenómenos fisiológicos con todos los demás: la segunda consiste en considerar estos fenómenos vitales como los *efectos inmediatos* de una causa especial sin análogas fuera del cuerpo vivo. Los orígenes del vitalismo son muy antiguos; posible fuera encontrar sus primeros trazos en las enseñanzas de Pitágoras y de su escuela: pudiera seguirse su desarrollo en la filosofía escolástica; pero como doctrina constituida, recibió su fórmula del médico Barthez, en el siglo último, y debió á Borden el favor con que se vió generalmente acogido. El nombre de doble dinamismo, bajo el cual los sucesores de Barthez han desarrollado el concepto de su maestro, es más comprensivo que el de vitalismo; expresa mejor la idea fundamental que lo inspira, á saber, que el sér humano obedece á dos principios: el alma ó sentido íntimo que preside al pensamiento, á la conciencia y á la voluntad, y el *principio vital* que gobierna á los fenómenos vitales propiamente dichos.

M. Chanffard protesta contra tal división de la personalidad



humana, y de aquí el ponerse bajo la bandera de los animistas. Contra el dualismo vital invoca á la vez el testimonio del sentido íntimo y el de la tradicion, este último sobre todo, tan imponente en un proceso cuyas piezas no han cambiado desde que se interroga el espíritu humano. Los testimonios dados en favor del animismo por los pensadores de todas las épocas, desde Platon, el primero y más grande de todos, hasta Stahl y hasta los escritores modernos, los han recogido cuidadosamente MM. Tissot, y Bouiller. M. Bouiller ha empleado una rara sagacidad en descubrir y renovar la verdadera idea platónica: ha querido arrebatarse á sus adversarios vitalistas el firme apoyo que pretendían encontrar en la adhesion del célebre filósofo. No obstante, nos es permitido creer que los equívocos y las ambigüedades de Platon traducen una verdadera indiferencia con respecto á este punto de doctrina. Celoso de penetrar los supremos misterios, la esencia y el principio último de las cosas, el filósofo ateniense desdeñó demasiado las realidades fenomenales para prestar atención á los fenómenos de la vitalidad. Dejemos, pues, la autoridad de Platon, dejemos tambien el argumento arrebatado á la autoridad de la tradicion; de todos modos la tradicion, léjos de ser unánime no lo es y no habría conveniencia en contar y avalorar sufragios en que el escrutinio no tiene virtud para decidir.

Hay otro órden de argumentos que del mismo modo quisiéramos apartar de nuestro camino. Esta doctrina animista de la unidad, de la indivisibilidad humana, que es el secreto resorte de toda su obra, M. Chanffard la sostiene, la defiende, no sólo como filósofo, sino á veces tambien como polemista, confundiéndose en cierto modo y tomando parte en los debates de su época. Las preocupaciones infinitamente respetables á que obedece sólo tienen una falta, y es la de ser extrañas al asunto que trata y no poder entrar en él más que merced á un abuso, que el abuso contrario no llega á justificar. La ciencia no tiene más partido que la verdad, y la verdad no tiene pasión ni fin más que ella misma, ni responsabilidad en los excesos que la comprometen; las exageraciones en sentidos opuestos de algunos estudiantes de medicina, mueren en el umbral de esa morada glacial y eternamente serena.



¿Qué argumentos quedan, pues, en favor del unicismo? Estos argumentos no son nuevos. Extraños al orden de la ciencia propiamente dicha, en que todo marcha y progresa, no han envejecido. ¿Quién intentará decir de otro modo que Aristóteles, en la ciencia de Aristóteles? Las razones que el unicismo ha invocado se deducen de la conveniencia y de la sencillez de esta doctrina, opuestas á la complicacion, á la insuficiencia, á lo arbitrario ó á la misma oscuridad de los sistemas adversos, tales como el vitalismo. M. Chanffard las reproduce bajo una forma viva y oratoria. Se opone con calor contra este liberalismo ontológico de las causas de que alardeaban los vitalistas, concediendo al hombre, por decirlo así, dos almas de dignidad diferente: la una, el *nosotros* de Pitágoras, alma de primera majestad, alma espiritual, causa del pensamiento y asiento de la razon: la otra, la *Psiquis* de los antiguos, alma de segunda majestad, alma animal, principio de los movimientos vitales, causa de la vida que da al cuerpo el aliento y la animacion. ¿Un principio único de animacion no es acaso más sencillo y magistral que esta superposicion de principios primarios?

Cuando se considera al hombre en su completa y absoluta actividad, ¿no se ve que el principio del pensamiento está condenado en él por lo ménos á una coexistencia y á relaciones incesantes con la vida? El hombre no es nunca vida sin pensamiento, ni pensamiento sin vida: la vida y el pensamiento se confunden en él incesantemente, completándose uno por otra. ¿Por qué ilegítima ficcion pudiera concebirse separadamente lo que siempre se muestra unido? Por otra parte, las observaciones de los experimentalistas y de los médicos, hechas y venidas despues de las de los filósofos y poetas, tales como Lucrecio, han demostrado bajo bastantes formas esta estrecha dependencia entre la vida del alma y la vida del cuerpo. Que el desarrollo del órgano cerebral esté contrariado por la osificacion prematura de las paredes del cráneo, que la capa cortical de los hemisferios esté comprimida por un agente exterior, que esté irritada por una inflamacion difusa, que esté alterada por la esteatosis alcohólica, que esté abundantemente humedecida por el líquido sanguíneo ó anemiada á consecuencia de un aflujo insuficiente, y el espíritu del hombre, convertido en



juguete de la imbecilidad ó de las diferentes formas del delirio y de la torpeza, dará testimonio por sus alteraciones mismas de las íntimas relaciones que ligan su actividad á la de los órganos.

Pero estos hechos de conocimiento absolutamente frívolo no tienen más valor que demostrar á lo sumo el error de Aristóteles, si es cierto que este filósofo haya asegurado que «el pensar es el solo acto de la vida humana que no necesite órgano.» La correspondencia de lo físico á lo moral la ha proclamado la ciencia moderna de la manera más rigurosa. El sabio Tyndall traduce exactamente la opinion de la mayoría de los fisiólogos cuando los declara dispuestos á aceptar la hipótesis de que «todo acto de conciencia, tanto en el dominio de los sentidos, del pensamiento ó de la emoci6n, corresponde á cierto estado molecular definido del cerebro, de tal suerte que dado el estado del cerebro pudiera deducirse el pensamiento ó el sentimiento correspondiente, ó que dado el pensamiento ó el sentimiento pudiera imaginarse y deducirse el estado del cerebro.» Ni M. Vacherot, ni M. Sanet, ni ningun filósofo espiritualista, reprueba la realidad de tal union entre «dos órdenes de fenómenos, constantemente asociados, recíprocamente cansados: esta íntima union no impide considerarlos como incomparables é irreductibles.»

El sabio campeon de la medicina espiritualista emplea cierta vehemencia en proteger esta doctrina unicista que en la actualidad nadie trata ya de atacar. Tiene, ciertamente, más aliados y aliados molestos, que adversarios; y entre estos aliados, de quienes Chanffard no indaga el asentimiento, deben contarse los materialistas, los transformistas, que impulsan la lógica de la idea unicista hasta el extremo, y que de ella hacen un uso que el animista condenaría. Colmando el abismo que separa los fenómenos superiores de los fenómenos inferiores de la vida, el unicismo rebaja á los primeros al nivel de los demas y los somete á la misma baja dominacion de las condiciones materiales. Un paso más y el alma, confundida con la vida, se verá confundida con las fuerzas físicas. Ya sabemos que el fin de M. Chanffard es completamente opuesto, que pretende levantar el órden de los hechos corporales á la



dignidad de los hechos superiores y espiritualizar el hecho vital, en vez de materializar el hecho psíquico.

En ser unicista no hay compromiso. Se admite un principio único para todas las formas de la actividad humana; pero este principio puede ser el alma, de igual modo que la fuerza viva material.

Es, pues, preciso ir más allá del unicismo: es necesario precisar la naturaleza del principio animador, del que se desprenden todas las manifestaciones de la vitalidad, fijar su misión y sus relaciones con los fenómenos. Si no se hace esto, no se ha conseguido más que anticipar una fórmula vana; no se ha dado realidad, ni cuerpo á la idea del unicismo, y esta doctrina aseméjase al traje amplio y flotante que se adapta á toda clase de personas. Encuéntrase uno de este modo en aparente conformidad con las escuelas más diversas, espiritualistas y materialistas.

El unicismo, en efecto, confundiendo en uno solo todos los orígenes de la actividad humana, no se decide por tal razón, en la gran discusión que agita á la filosofía moderna. Si se es espiritualista como M. Chanffard, al par que unicista, se llegará á atribuir al principio comun de la actividad humana, al alma, dos modos incomparables é irreductibles: el modo vital y el modo psíquico. Si se es materialista, se confundirán los modos como se confunden los principios, de manera que se reunan en un solo orden los fenómenos psíquicos y vitales entre los cuales ya no se verá más que una diferencia de gradación, no siendo el pensamiento más que un *máximum* de movimiento vital ó el movimiento un *mínimum* del pensamiento.

Es preciso confesar que es una cómoda invención de los filósofos la de los principios y de las modalidades: es el medio de arreglar todo debate, de disimular todo desacuerdo. Se corrigen con las modalidades las concesiones á que se está obligado sobre el principio: se recoge con el principio lo que se acuerda con las modalidades. Por confusiones de este género, aprovechándose de la indeterminación de términos que no están caracterizados ni definidos, se ha ensayado el realzar en nuestros días el animismo antiguo, el animismo de Stahl, es decir, el unicismo espiritualista.



Se sabe que el animismo, tal como lo ha formulado Stahl, considera el alma como el principio rector único. El alma inmortal, fuerza inteligente y razonable, es el artífice y constructor del cuerpo (alma arquitectónica): gobierna la sustancia corporal, la pone en movimiento, la dirige con inteligencia; trata sin intermediarios sobre los órganos: hace latir el corazón, secretar á las glándulas, contraerse á los músculos y ejecutarse las funciones. La vida es uno de los modos de funcionamiento del alma: es su *acto vivífico*. Las enfermedades son errores ó desfallecimientos de este principio inteligente. Stahl dice en cierta ocasión «una consecuencia del pecado original.» El concepto animista ha sucumbido bajo el grave reproche que le han dirigido los vitalistas y que, sin embargo, no es el más grave que pueda hacérsele; mientras que, en efecto, el alma obra con conciencia, reflexion, voluntad en el orden intelectual, es claro que no se sabría reconocerlo en el orden vital, puesto que no conserva sus atributos esenciales, siendo la mayor parte de los fenómenos corporales automáticos, involuntarios é inconscientes.

MM. Bouiller y Tissot creen rehuir esta refutación reconociendo al alma dos modos de acción, el uno que se ejerce sobre los actos fisiológicos, y el otro sobre los fenómenos del pensamiento. Pero ¿acaso no es romper la unidad del principio vivificante y pensante distinguir completamente los modos? ¿Cómo reconocer el alma propiamente dicha en esta mitad del principio animador que se manifiesta exclusivamente por el modo vital? No es claro, en efecto, que si el principio está caracterizado (y el alma lo es precisamente, por la conciencia, la reflexion y la voluntad), se la debe encontrar con sus caracteres en todos los actos que se le atribuyen. Crear modalidades es crear principios subalternos, feudatarios, independientes, nominalmente sometidos á un principio más general, que se continúa llamando alma, pero que no se sabría definir que existe, como una especie de reyezuelo que no reina ni gobierna y no existe más que como simple nombre, *flatus vocis*.—El reproche cae igualmente sobre M. Chanffard, que se alía de paso á la doctrina de M. Bouiller. «¿Por qué, dice, el alma no ha de obrar con conciencia, reflexion y vo-



luntad en las funciones intelectuales, y por impresiones sin conciencia, por determinaciones instintivas y segun leyes primordiales, en el ejercicio de las funciones orgánicas?» Contestaremos que porque si obrase de este modo, ya no sería el alma que él conoce: sería un alma nueva, un alma somática, algo análogo al alma raquidia que, segun M. Pflüger, preside á los movimientos reflejos.

Pero es justo decir que no es este un asentimiento de pura fórmula, y despues de haber rendido homenaje cortés á un aliado natural, M. Chanffard se separa de él decididamente. Va á tocar con mano más osada á los antiguos ídolos, y los reconoceremos mejor bajo los nuevos rasgos que él les prestará. Hasta ahora no hemos hecho más que asistir á una especie de evocacion de las luchas retrospectivas; hemos vuelto á ver el tronco del animismo y del vitalismo combatido por las armas cubiertas por el moho del tiempo. El verdadero trabajo de M. Chanffard empieza ahora. Es preciso ver como el sabio médico va á precisar y completar su concepto de la actividad vital. Encontraremos en esta segunda parte de su obra la piedra de toque que nos permitirá estimar la obra en completo.

El debate surge. No se trata ya de saber si hay dos principios rectores, ó si hay uno solo; es preciso comprender lo que puede ser un principio de este género, cómo puede convertirse en instrumento de accion, en una palabra, lo que puede ser la causa con respecto al fenómeno causado.

Hállase uno así en presencia del eterno enigma impuesto á la curiosidad de los filósofos, es decir, del problema fundamental de la fuerza de la materia, problema que domina y contiene á todos los demas. Es la suerte fatal de las discusiones de este género; no es posible detenerse en la pendiente de la metafísica; es preciso rodar hasta el fondo del abismo. Sigamos, pues, á M. Chanffard, puesto que es necesario, y seamos breves. El molde geométrico en que Descartes había encerrado la filosofía se ha roto desde hace tiempo. El célebre filósofo, definiendo la materia por el solo atributo de la extension, no nos permite comprender la actividad, revelada por todos los hechos naturales; por otra parte, separando la materia del alma definida por el solo pensamiento, nos quita el recur-



so de buscar en el alma el principio de esta actividad material. El concepto de la materia que se acepta actualmente y que se formula diciendo que la materia es «el conjunto de las fuerzas» ó «el asiento de las fuerzas,» es muy diferente del concepto de Descartes, se acerca al concepto de los estóicos; es la materia racional de Diógenes de Apolonia, móvil y no movida, activa y no inerte. Tal es también la manera de ver de Leibnitz. El filósofo de Hauver no detiene, en efecto, su espíritu en la consideración de esta materia, «que es puramente pasiva y no consiste más que en la extensión,» *materia desnuda* ó *primera* que es un puro concepto, ó según M. Magy, una ilusión sensorial. Los cuerpos de la naturaleza nos ofrecen una *materia revestida, materia segunda*, formada por la unión indisoluble de la extensión con un principio de actividad inseparable. Este principio activo, que existe en cada monada material «intelequia inextensa que es principio del movimiento,» se manifiesta por el conjunto de las propiedades psico-químicas ó mecánicas.

Hé aquí cómo comprender los fenómenos de la naturaleza física y para la escuela materialista, cómo comprender toda fenomenalidad, sin investigar nada más allá. Para esta escuela, propiedades físicas, fenómenos vitales, hechos psíquicos, tienen su fundamento en la actividad inmanente del átomo material. La mecánica de los átomos contiene la razón de toda fenomenalidad; cada fenómeno es una integral atomística. El geómetra que conociera por un instante infinitamente pequeño la posición y el movimiento de todos los átomos del universo, leería en sus ecuaciones el pasado y el porvenir del mundo material, viviente y social: pudiera, como lo dice Dubois-Reymond, «predecir el día en que la cruz griega brillará de nuevo en la cúspide de la mezquita de Santa Sofía, y el día en que Inglaterra quemará su último pedazo de carbon.»

Pero Leibnitz no se cuidaba en modo alguno del carbon inglés al imaginarse sus monadas; no era ni materialista ni atomista y no creía que la actividad inmanente á la materia fuese un puente sobre el abismo que, para Descartes, separaba el mundo sensible del mundo psíquico. Entre el cuerpo material activo y el alma igualmente activa, no hay contacto, relación



ni lazo, sino una relacion ó un lazo metafísico, la armonía preestablecida. «El comercio del alma y del cuerpo no consiste en un cambio de acciones recíprocas, sino en una simple armonía preestablecida desde la creacion. Las almas concuerdan con el cuerpo en virtud de esta armonía y en modo alguno por una influencia física, mutua y actual.» M. Chanffard parece adoptar esta doctrina de Leibnitz, el lazo de la armonía preestablecida le parece muy débil: el cuerpo tan sobradamente unido al alma, recae demasiado fácilmente bajo el imperio de las leyes mecánicas. Y en efecto, para Leibnitz como para Descartes, las manifestaciones corporales se desarrollan independientemente de la intervencion actual del principio espiritual del alma. «El cuerpo se desarrolla mecánicamente y las leyes mecánicas no están violadas en los movimientos naturales: todo se hace en las almas como si no hubiera cuerpos, y todo se hace en los cuerpos como si no hubiera almas.» El cuerpo es una máquina montada formada de rodajes, resortes, palancas, prensas, cribas, tubos, válvulas y alambiques que funcionan segun las leyes generales de la naturaleza física.—M. Chanffard tiene horror á ese grosero *mecanismo* y rechaza los principios que necesariamente han de llevarnos á él. De la doctrina de Leibnitz acepta el concepto de la materia unida á un principio de actividad y rechaza la armonía preestablecida. ¿Es esto decir, que M. Chanffard va á hacer causa comun con la escuela materialista, que acepta y rechaza los mismos extremos de las ideas leibnitzianas? En manera alguna. La escuela materialista resuelve lo más sencillamente el problema que atormentaba al genio de Leibnitz negándolo. Entre la materia activa y el alma activa, la actividad sirve de trazo de union: no debe buscarse otra cosa. Leibnitz se equivocaba al hacer con estas actividades dos órdenes distintos. La actividad material es un *mínimum* de alma ó de pensamiento que, por una gradacion continua y una complicacion sucesiva, sin solucion de continuidad, sin salto brusco de lo homogéneo á lo heterogéneo, se eleva á traves de la serie de los séres vivos hasta la dignidad del alma humana. La observacion de las transiciones, calco imperfecto del método geométrico de los límites, permite de este modo pasar de la actividad



brutal á la actividad vital, y de aquí á la actividad psíquica. La fuerza física, la vida, el alma no serían en este sistema más que combinaciones cada vez más elevadas de la actividad consustancial inmanente á los átomos materiales. Estos tres complejos no ha podido resolverlos aún la ciencia en sus elementos comunes, es decir, en términos de materia y fuerza, y los consideramos, por ilusion, como irreductibles entre sí, y los daremos categorías distintas, objetos independientes, principios particulares. La vida nos parece distinta de la fuerza física y el pensamiento de la vida, como el vidrio parecía á los antiguos caldeos distinto de la arena y de la sal con que lo formaban, ó como el agua se distingue á los ojos de los modernos del oxígeno y el hidrógeno que la constituyen. Por ser de más alto grado la dificultad, es la misma en todos casos: es la dificultad de comprender lo que la ordenacion de las cosas puede introducir de nuevo en su aspecto, lo que la combinacion puede tener en relacion con sus elementos. Para el atomista, no hay nada en la combinacion que no esté en elemento; para el filósofo aristotélico, por el contrario, no hay nada del elemento en la combinacion: ésta es heterogénea con aquél: la ordenacion es esencial, la forma es todo. Sea lo que fuere, M. Chanffard, confundiendo juntas la actividad del alma y la del cuerpo, bordea muy de cerca ese precipicio del materialismo, que le inspira, sin embargo, cierto vertiginoso horror.

Y no obstante, al otro lado del camino, ve las fundiciones de la antigua medicina espiritualista de que tambien es preciso guardarse. El espiritualismo siempre ha relegado las causas fuera de los objetos: históricamente pudiera decirse que esta tendencia es la que le caracteriza. Los sistemas espiritualistas en biología, el animismo, el vitalismo, hacen regir los fenómenos vitales por un principio distinto de la materia universal y de las fuerzas naturales, exterior al cuerpo vivo, independiente de su sustancia, ligado á ella temporalmente. La vida es el conjunto de sus acciones, la historia de sus hechos y expresiones: la muerte es su separacion del cuerpo que deja, no acaso bajo la forma de una mariposa, como pretendía el afortunado genio de los griegos, sino de una manera tan real como ésta, aunque ménos sensible. El *ánima*, la *psíquis*, la



fuerza vital trabajan, por decirlo así, con manos humanas: están colocadas en el cuerpo vivo « como un piloto en el buque », como el obrero ó el artista ante el mármol ó la arcilla. Esta tendencia á personificar la causa vital es infinitamente natural, porque no tenemos más imágen clara de una causa que la que nos ofrece la persona humana: sólo en nosotros mismos hallamos, y en nuestra voluntad libre ó supuesta, como tal, en nuestra actividad, el prototipo de la causa. La idea de fuerza, separada de la idea de fuerza viva, es decir, de movimiento, sería para muchos sabios una personificación del mismo género. Los vitalistas de la Edad Media, los Paracelso, los Van Helmont, habían multiplicado estas personificaciones, de las que se encuentra alguna huella en las *propiedades vitales* de autores más modernos, fantasmas que Claudio Bernard gustaba de comparar á las ninfas, á las driadas y á los silenos de la mitología.

Nuestro tiempo rechaza estas ficciones: las condena en sí mismas y por sus consecuencias. Todas estas personificaciones, todas estas doctrinas antropomórficas paralizan la marcha de la ciencia. Son doctrinas perezosas, esterilizadoras que, mostrándonos los fenómenos á través de la imágen de un principio, nos apartan de estudiarlos en sí mismos. Estas entidades, estas almas son demasiado cómodas, como lo hace observar sutilmente Cárlos Bonnet: « Siempre están dispuestas á todo. Podemos con toda confianza atribuirles lo que se nos antoje, puesto que es imposible demostrar que no pueden hacer lo que decimos. » M. Chanffard las rechaza resueltamente. Hé aquí, en efecto, « las aleaciones que dejó la dominación corruptora de los sistemas » y de que M. Chanffard quiere desembarazar y purificar la medicina tradicional. Exorciza estos fantasmas, rechaza estos seres imaginarios, estas personificaciones siempre presentes, estas ficciones ontológicas, que se moverían ante nosotros, llenando continuamente la escena. « Ya no se nos acusará, dice, de sobreponer al organismo una entidad metafísica sobrenatural; somos más enemigos de esta superposición que nuestros mismos adversarios, porque estas entidades sobrepuestas son la negación absoluta de la causa viva tal como nosotros la comprendemos. »



¿Cómo, pues, M. Chanffard, comprende la causa viva? ¿Qué concepto va á presentarnos despues de haber rechazado todos los que la fecunda imaginacion de los filósofos ha creado sucesivamente? Ha visto vicio en cada sistema: ninguno le parece aceptable; no quiere colocar la causa vital fuera del organismo, como hacían las escuelas espiritualistas, los animistas y los vitalistas; por otra parte, no quiere confundir, á la manera de los materialistas, el órden de las causas con el órden de los hechos, la causa vital con la materia vital. ¿Qué alternativa le resta? No comprendiendo la causa vital á la manera del materialismo moderno, ni como el espiritualismo antiguo, no hay más recurso que separar esta causa primera, razon suprema de los fenómenos vitales, para aliarse sólo á su razon inmediata, es decir, á las segundas causas; ésta sería la manera de volver al terreno sólido de la ciencia. No hablemos más de las causas; resignémonos á ignorarlas, y como hombres de ciencia permanezcamos agnósticos, mecanicistas ó positivistas (en el sentido estricto de la palabra), es decir, releguemos el órden de las causas fuera de la ciencia.

En el consejo que nos da Claudio Bernard despues de todos los grandes talentos que han comprendido la verdadera condicion de las ciencias humanas, despues de Bacon y Newton, nos enseña á desterrar, no de la filosofía, sino de la ciencia, la consideracion de las causas. Encadena la fisiología á la observacion de las condiciones fenomenales y la previene contra el arrebató natural que la impulsaría en persecucion de las causas primeras; designa á sus esfuerzos la investigacion fecunda del *cómo* en vez de la inútil pesquisa del *por qué*; y como no puede darse cuenta de los fenómenos, se contenta con poseerlos, hallando una maravillosa compensacion en esta condicion de la ciencia, que á medida que hiere nuestro sentimiento y rebaja nuestro orgullo aumenta nuestro poder.

Pero M. Chanffard no quiere dar oídos á tales consejos. No posee el sentimiento de esta separacion de la fisiología y la filosofía, cuya necesidad proclama la experiencia de los siglos. Condenar la ciencia á la investigacion de las condiciones fenomenales, reducirla á esta flaca ambicion, á este mezquino aparato es destronarla y rebajarla; es hacer una «filosofía



pequeña.» No cree que la fisiología acabe donde la fisiología empieza, y confundiendo la misión del filósofo con la del sabio, insiste en pensar que á un tiempo mismo y en un mismo punto se puede ser hombre de ciencia y metafísico.

Dícese que la verdadera manera de entender las cosas es ponerlas en su lugar. Claudio Bernard, que poseía este exquisito dón, no era de la opinión de M. Chanffard respecto al lugar que debía darse á las cosas filosóficas y científicas. Podía pensar que un talento que permaneciera limitado en la aspiración eterna de la razón humana hácia lo desconocido, que nunca saliera á espaciarse por las regiones elevadas de la filosofía, límite superior de las ciencias, que tal espíritu sería incompleto, bajo y estaría encadenado como esclavo en el carro experimental. Pero pensaba ciertamente que el sabio que se dejara dirigir por estas preocupaciones extrañas y las importara á la ciencia, probaría por esto mismo, según la expresión de Newton, que no es hombre de ciencia. Encontraría por ello el asentimiento de los filósofos, de M. Janet, que reconoce en la ciencia el derecho de prohibirse toda investigación distinta de la que lleva los efectos á sus condiciones ó causas próximas; de M. Caso, que distingue, según una afortunada expresión, las causas ó *condiciones eficientes* de las condiciones *intelectuales*, que unas y otras dan lugar á dos órdenes de investigaciones completamente diferentes. Pretendiendo verificar, renovar, ilustrar la fisiología por la introducción de los conceptos metafísicos, M. Chanffard tiene, pues, en contra suya, no sólo á los fisiólogos militantes, sino á los filósofos espiritualistas, al pasado y al presente, á la experiencia y á la razón: vamos á ver que sobre todo está contra él la oscuridad, la debilidad, la vacilación del sistema que nos expone.

No habiendo acogido, como ya hemos dicho, ni el positivismo científico, ni el materialismo moderno, ni el espiritualismo antiguo, M. Chanffard está obligado á innovar, á pesar suyo, é imaginar para su cuerpo de doctrina, un espiritualismo nuevo. De esta doctrina un poco nebulosa, más fácil es decir lo que no quiere ser que lo que precisamente es. El ser vivo es para M. Chanffard una especie de caos en que la materia y la fuerza, el alma y el cuerpo y todas las actividades están



amalgamadas, fundidas y unificadas. Pero preferimos citar textualmente: «La vida no debe separarse del organismo ni la causa organizadora de la organización, ni la realización de la fuerza de la fuerza misma.—El organismo, la organización son la vida misma.—El hombre es aquí abajo el pensamiento vivo: es la vida humana que resume en sí la plena actividad de nuestro ser, la que piensa y la que siente, la que quiere y obra.—El pensamiento, la acción, la función se enlazan en una invencible unión.—El alma, es la misma causa vital.—La vida es el organismo evolucionando, es el ser humano considerado en su desarrollo legítimo, el origen, el fin y la razón de todo el orden viviente, la fuerza convirtiéndose en una materia simple, la materia perdiéndose en la actividad de la fuerza.»

En este punto, para emplear también nosotros la frase de Montaigne, caemos deslumbrados.—Ciertamente que en esas líneas hay que adivinar mucho más que entender: no obstante, no renunciemos a penetrar esas tinieblas y sigamos nuestro examen: la lectura completa de la obra de M. Chanffard nos dará su sentido y nos permitirá por gradaciones sucesivas apoderarnos de su pensamiento completo. Reunamos en un cuerpo los esparcidos miembros de su doctrina. ¿Qué hallaremos?

El carácter dominante del ser vivo, es su unidad. «Entre todos los caracteres que separan lo que vive de lo que no vive, se eleva y domina el carácter de la unidad.—La vida presupone la individualidad; y ésta presupone la unidad.» Hé aquí, si podemos expresarnos así, el primer grado del pensamiento de M. Chanffard. Es el pensamiento tantas veces reproducido: *Homo factus est anima vivens*, pensamiento clásico, cuyo total mérito sólo está en la expresión que se le da y cuya expresión no puede tener mérito después de la de Bossuet: «El alma y el cuerpo forman un todo natural.» Más adelante veremos la idea de la unidad completarse con la idea de espontaneidad, y después con la idea de finalidad: «Autonomía viviente, espontaneidad viviente, finalidad viviente, todas estas nociones primordiales son solidarias y se resuelven unas en otras.» Resúmen la idea de vida.

Pero procedamos por orden y ocupémonos primero de la



unidad viviente. La idea de unidad, dice M. Chanffard, es tradicional, es decir, primordial y necesaria. Esta es una verdad primera.—La unidad vital se afirma por el yo que siente, reaccúa y quiere; es la percepción consciente de la unidad humana, que es el real é invencible fundamento. Nos sentimos uno.—Esta unidad es el fondo de nuestro sér espiritual como de nuestro sér orgánico.

Nuestra mision de fisiólogo nos permite dejar el sér espiritual y apoderarnos del sér orgánico y de la manera como M. Chanffard comprende su unidad. La unidad del sér orgánico fué afirmada por Hipócrates: consiste en la subordinacion de las partes al todo: «Todo está subordinado á todo el cuerpo, todo lo está tambien á cada parte.»

¿Debemos preguntarnos si esta subordinacion es una verdad absoluta? La mera observacion de los hechos nos enseña que, léjos de tener este carácter, nos obliga á considerar grados en la unidad viva. Es, pues, una verdad relativa de que, en ciertas épocas, se ha exagerado la importancia, miéntras que en otros tiempos se redujo demasiado. Entre la anarquía de las partes y su absoluta subordinacion, hay un temperamento: la mision que se impone al fisiólogo, es la de conocer este último. Pronto veremos con qué rara sagacidad Claudio Bernard ha resuelto este difícil problema.

Para que la unidad fuera verdaderamente un carácter del sér vivo, precisaría que fuera absoluta. Cuvier pudo creer que así era, y en su célebre carta á Mertrud expresa su creencia en estos términos: «Todas las partes de un cuerpo viviente están ligadas: no pueden obrar más que en tanto que obran en conjunto. Querer separar una de la masa, es llevarla al órden de las sustancias muertas, es cambiar completamente su esencia.» Este es un error de hecho, error refutado por una multitud de observaciones y de experiencias cuya mayor parte era vana en los tiempos en que La Mettrie escribía su *Hombre-Máquina*: contentémonos con citar las que han revelado la facultad de los elementos anatómicos de vivir después de su separacion del organismo; que han demostrado la misma facultad en tejidos tales como la epidérmis en órganos que pueden subsistir después de haber sido segmentados, ta-



les como el rabo de las larvas de rana, ó despues de transplántarse, tales como los huesos de los mamíferos pequeños, de la rata, del conejo, hasta las experiencias acerca de la divisibilidad de los animales inferiores, de los pólipos, de los gusanos, de los reptiles.

Entiéndase bien que M. Chanffard reconoce todos estos hechos. No obstante, trata de atenuarlos en su realidad y en su interpretacion. ¿Qué sucede en la segmentacion de un anélido? ¿Créese que hay division en dos, tres, cuatro partes de la unidad viviente primitiva, y cada segmento retiene una mitad, un tercio ó un cuarto de unidad? En modo alguno: hay, segun M. Chanffard, dos, tres ó cuatro unidades vivas súbitamente engendradas.—Es una generacion por escision, que se ha producido más súbitamente que de ordinario, en la cual el sér engendrado ha recibido, segun las leyes de la generacion, una unidad comparable á la del generador de donde sale. Hé aquí una explicacion singularmente atrevida y arbitraria, que no aceptará, creemos, ningun naturalista, habiendo estudiado las condiciones de la escisiparidad ó de la gemmiparidad naturales, y conociendo el trabajo orgánico que prepara estas generaciones y las hace posibles, trabajo que hace falta evidentemente en la escision artificial.

M. Chanffard va más léjos, y ve en estos hechos de segmentacion una confirmacion admirable de la unidad vital. Las partes penetradas todas de la vida emanada del todo, conservan en sí, por algun tiempo, la *unidad* viva que los fecundaba: permanecen llenas de esta *unidad* que las ha engendrado y de que no cesaban de formar parte, aunque estando artificialmente separadas.

Aquí tambien nos vemos deslumbrados; pero cesamos de dudar; no demostremos sorpresa de que el mismo argumento que para la mayoría de los fisiólogos establece la independencia de las partes del organismo, funda, por el contrario, la unidad para M. Chanffard. Aceptemos la interpretacion que se nos presenta, como aquellas píldoras de que nos hablaba Hobbes que deben tragarse sin mascarlas, y pasemos á las consecuencias. El sistema va de improviso á aclararse con viva luz y hacerse inteligible.



¿Qué es, en efecto, esta idea de unidad que domina los elementos y subordina sus actividades á la función del conjunto? La idea de un todo determinando sus partes es, desde Kant hasta M. Lachelier, por la misma definición, causa final.—Las oscuridades se disipan. La luz se hace. Todo el concepto de M. Chanffard está contenido en esta simple frase: «La vida es una idea final.» Hé aquí todo el secreto, resorte de la obra, que se nos aparece desprendida de los accesorios de puro adorno ó de interés episódico. Estamos, sin ambigüedad posible, en presencia de un sistema esencialmente metafísico y perfectamente conocido. El libro de M. Chanffard no puede enseñarnos nada, si ántes hemos leído el notable estudio de M. Janet.—La vida está en la finalidad de los actos que la realizan, nos dicen. Kant dijo ya esto, cuando llama al sér vivo un sistema teleológico, un sistema de fines y medios recíprocos; es decir, un conjunto de partes que existen por y para las demás, por y para el todo.

Seguramente nada hay más legítimo, ya que no más nuevo, que esta doctrina metafísica. No nos acometerá el pensamiento de criticarla en M. Chanffard, filósofo; pero debemos reprochársela á M. Chanffard, médico fisiólogo, escribiendo con el fin expreso de vivificar, aclarar y animar la ciencia de la vida. Esta finalidad, en efecto, no es una ley fisiológica: aún se discute entre filósofos, si no sería, en vez de una *ley de la naturaleza*, una simple *ley de la razón*.

Que un filósofo nos diga que la vida es una causa final en acción, se lo concederemos voluntariamente, dejando á otro filósofo el cuidado de derribar esta causa final y sustituiría con «un principio puramente físico que hace salir la finalidad de su contrario.» Al filósofo le es asequible permanecer en el mundo de las ideas y hacer de la vida la idea del fin, hácia el cual se dirigen todas las actividades de los órganos y de los elementos. El fin ante el cual todos los fenómenos de la economía se coordinan, que constantemente está presente á su realización, causa retroactiva de estos fenómenos, es la causa vital, la vida. Sea. No tememos que el metafísico saqué abusivamente esta causa final del dominio intelectual, que la traslade al dominio fisiológico y que haga de ella un principio de



accion, un agente de ejecucion, una causa eficiente de los actos vivos. Esta confusion no es de temer por parte de un hombre que, segun una expresion copiada, «no mete la mano en el homo vital.»

Pero, al contrario, es muy de temer por parte del médico, del fisiólogo que, puestos en presencia de un fenómeno orgánico, se vieran inducidos á ver en él la obra de la causa final: error más funesto que los más funestos errores del empirismo, porque conduce al que lo comete á un quietismo contemplativo y satisfecho, enemigo de toda investigacion ulterior. Es el peligro completamente opuesto al que teme M. Chanffard; pero es el único real, el único temible. La historia de la ciencia nos demuestra que tal temor no es quimérico. El campo de la fisiología está aun infestado de explicaciones finalistas, y encontraremos algunos ejemplos afflictivos en el mismo monsieur Chanffard. Olvídase en cierta parte, hasta el punto de la finalidad, de la unidad, «una realidad viva, una energía generadora, la fuerza individualizada que crea, arregla y sostiene al sér vivo,» renovando así el antiguo error que consiste en personificar una direccion necesariamente inactiva.

Pero este sólo es el desaliento de un instante, y M. Chanffard no tarda en repararlo. Declara expresamente que «la finalidad no se relaciona con un principio distinto del organismo que se le sobrepone, especie de ser inmaterial que dirige las funciones de la economía con inteligencia y prevision.» Re-caemos fatalmente, inconscientemente, de grado ó por fuerza, en la finalidad puramente metafísica, contra la cual el eminente médico lucha vanamente.

Este resultado, puramente especulativo, no es el que se proponía cuando al principio de su libro prometía á la fisiología las verdades primeras que deben ilustrarla. No todo es, añadía, «proclamar una causa: es tambien preciso saber unirla á los fenómenos y encontrar en ella la realidad de los efectos que engendra.» La finalidad que preside á los fenómenos sin engendrarlos, que no tiene gracia eficaz, no llena este programa. Desde este punto ¿á que se reducen las verdades tradicionales de que la fisiología militante debe sacar provecho? Se reducen á esta enseñanza de que hay en el sér vivo un concierto de las



energías elementales, y cierta subordinación de las actividades particulares á la actividad general. El fisiólogo militante no lo aprende: es él, por el contrario, quien lo enseña al filósofo: va más allá de esta verdad fútil, tratando de establecer la parte equitativa de los derechos del organismo total y de los derechos de las partes. Esto es precisamente lo que hace Claudio Bernard en el admirable capítulo que ha consagrado al concepto de los organismos vivos.

La parte doctrinal de la obra de M. Chanffard termina aquí. Si se quisiera inscribir un nombre sobre el fronton de este edificio singularmente frágil, precisaría emplear las palabras de «biologismo finalista.» El aparato de su construcción, puramente metafísico, le hace inútil á la ciencia. No obstante, la tentativa de M. Chanffard no es completamente estéril, y la enseñanza que de ella se desprende, no por ser contraria á la que el autor esperaba, deja de ser ménos importante. El espectáculo de un talento tan eminente, que saca de tan gran trabajo este escaso fruto, á saber, en ciencia la noción del consenso vital que ningun fisiólogo contradice, y en metafísica la noción de la finalidad que ningun filósofo olvida.—Este espectáculo, decimos, contiene en sí una lección. Nos enseña lo que vale la manía del día de amalgamar las nociones metafísicas á las nociones fisiológicas: á despecho de todos los esfuerzos, cada cosa vuelve á su nivel natural, la ciencia se va á lo profundo, la metafísica sobrenada, y la mezcla no dura más que lo que dura la agitación artificial que la produjo.

El libro de M. Chanffard contiene, además de la parte doctrinal é íntimamente unida con ella, una parte de crítica importante. Tendremos ocasión de examinarla, analizando el libro de Claudio Bernard. Sería interesante juntar estas dos obras, de las que una es crítica de la otra, y asistir como á una especie de diálogo filosófico entre el campeón de la medicina tradicional y el fundador de la fisiología moderna.

A. DASTRE.

*(Se continuará.)*







## CARTAS DE CHINA

---



AN sólo trato, en las líneas que á continuación escribo, de exponer sencillamente cuanto en los primeros momentos he visto y oído. En ellas irán amalgamados todos los asuntos, no tendré más que un orden, aquel en que se me han ido presentando los sucesos, ó mejor dicho, las impresiones. Reservándome, para cuando conozca un poco más este país, el hacer un estudio tan minucioso como me sea posible sobre la historia, religion, lenguaje, gobierno, costumbres, etc., de tan vastísimo imperio.

### I.

Al salir de Madrid destinado como tercer Secretario á esta legacion, traté de procurarme algunos libros que me pusieran en antecedentes de esta region casi desconocida. Halléme, entre los muy pocos que en castellano sobre la China se han escrito, con uno en que su autor empieza invocando, en detrimento de otros libros, aquellos conocidos versos de «*El mentir*



*de las estrellas.*» Leíle con interes, admirándome y horrorizándome de antemano con lo que, segun él, iba á ver; pero cuál no habrá sido mi desengaño cuando al preguntar sobre cosas que en dicha obra se dicen, se me contestó que su autor había llegado hasta Saigon, y desde este punto tuvo, por razones que no hacen al caso, que volverse directamente á España; que su obra podía ser muy exacta en todo aquello que del viaje hasta Saigon relatase; pero en cuanto á lo que á China se refiere, indudablemente lo había traducido, sin duda, de algun escritor frances que no estuvo aquí nunca, ó si estuvo, pertenecía á la especie de los que la prensa francesa envió á Madrid para tener al corriente á sus suscritores de las fiestas que, con motivo de las bodas reales, se celebraron en esa capital; y si de España, vecina de Francia, se permiten dichos escritores las exageraciones que todos leimos, imagínese el lector qué no dirán de este lejano y desconocido imperio.

Los aficionados á aventuras de todo género, que hasta ahora no podrían narrar más que inventándolas, no deben seguir esta lectura, pues hasta la fecha no he tenido en mi viaje ocasion de presenciar ni de experimentar el menor episodio novelesco. Sin ningun contratiempo en la travesía, ora con buen ó mal tiempo, empiezo mi correspondencia desde Saigon, tanto por ser donde acaba lo verosímil de la obra á que me he referido ántes, cuanto que para escribir sobre los puntos anteriores tendría que limitarme á refutar muchos de los hechos citados en dicho libro, pero que son de poca monta, ó bien traducir de uno de tantos como sobre la India y la Arabia se han publicado, aquello que me pareciera más interesante sobre su historia, costumbres, etc., y añadiendo algunas aventuras inventadas ó copiadas, darlo como propia cosecha. Hay, como ya he dicho, infinidad de trabajos escritos acerca de estas regiones, que pudieran enterar al que lo desee de todo cuanto con ellas se relaciona.

Al llegar á Saigon, observé con honda pena cómo ondeaba el pabellon frances en parajes donde de dominar una sola nacion, debiera ser la nuestra la que allí ostentara su gloriosa bandera. Cierto es que los franceses concurren con nosotros á la conquista de la Cochinchina, pero ni á los soldados franceses



ni á los españoles peninsulares les era dable soportar su clima mortífero y abrasador; y si nuestras tropas no hubiesen contado casi en su totalidad con los sufridos y valientes manilos, que es á quienes se debe la victoria, es seguro que Francia no dominaría en esta parte del Asia, de la que en la actualidad saca un magnífico producto. Nosotros en recompensa de haber prodigado allí nuestra sangre, nos quedamos sin territorio y casi también sin la indemnización que por ello se nos ofreciera; pues tan sólo hemos cobrado una escasa parte, quedando el resto en el olvido á que quisieron relegarla los que tenían que satisfacerla.

La víspera de nuestra llegada á Saigon parecía nuestro barco un arsenal, sin verse por doquier más que armas y pertrechos de caza. Algunos cazadores que venían á bordo quisieron aprovechar la noche, que debíamos pasar en la llamada bahía de los Cocoteros, hasta que el día y la marea nos permitiesen subir á la capital de la Conchinchina: se trataba de dar caza al tigre. Con este objeto hicieron limpiar sus armas enmohecidas por la humedad que soportaron durante tan largo viaje. Oíanse nada más que relatos de aventuras de caza, y como es consiguiente, se habló sobre todo de las víctimas ocasionadas por la del tigre, sin que en apariencia se les diera importancia alguna. Pero no me cabe duda que algo debieron impresionar á los cazadores, pues llegada la noche que al desembarco se destinaba, se pasó exactamente lo mismo que si estuviésemos en alta mar, sin que nadie mencionase ni tigres, ni caza, ni deseos de saltar á tierra.

La subida de la ría sería indudablemente interesante si no fuese tan larga, y el paisaje, á pesar de su belleza y de la magnífica vegetación en que abunda, es monótono por la falta completa de accidentación en el terreno.

Con el calor natural á la latitud en que se encuentra dimos vista á Saigon, población que poco tiene de interesante y que se parece á cualquier ciudad francesa de tercero ó cuarto orden. Después de permanecer allí treinta y seis horas, salimos para Hon-Kong, habiendo embarcado gran cantidad de chinos, jornaleros casi todos, que regresaban á su país. La única persona de alguna posición, entre los súbditos del emperador ce-



leste, que allí se nos unieron, fué un mandarin que iba á Canton, y con el que me ligó una amistad aparente. Digo aparente, porque en el fondo ambos teníamos un interes particular: yo en preguntarle y hacerle hablar sobre su tierra, y él tambien tuvo el suyo, de que luégo hablaré, y como buen chino no perdía de vista su objetivo un solo momento. Debo advertir que este individuo había estado ocho años en Francia y conoce perfectamente el idioma frances.

En China no hay más que una jerarquía, la de mandarin, de rango superior ó inferior. De no ser mandarin no se es nada. Hay nueve rangos entre los mandarines; las diferentes categorías se distinguen principalmente por los botones que llevan colocados en la cúspide del sombrero que usan; para dar una idea de su forma sólo encuentro comparacion con un aguamanil pequeño, terminado en punta y puesto en la cabeza por su parte cóncava. El boton encarnado, liso, indica el mandarin de primer rango; si está labrado, el de segundo, pero éstos hacen las molduras tan sumamente pequeñas, que se confunden con los lisos.

Los botones azul opaco y azul transparente, indican los distintivos de los de tercero y cuarto rango, así como el blanco lechoso y el blanco transparente pertenecen á los de quinto y sexto. Para las tres categorías restantes, de muy poca significacion, se usan los botones dorados. Por regla general, ningun mandarin suele llevar otro distintivo que el indicado boton, y tan sólo cuando se visten de gala se les puede conocer por los dibujos de sus trajes, siendo las categorías para los del órden civil más ó ménos elevadas, segun que el ave, que en gran tamaño llevan bordada al pecho, muestre mayores ó menores signos de actividad. Así, por ejemplo, cuando está encogida, con las alas plegadas y durmiendo, determina al mandarin de primer rango que se entrega al descanso despues de haber corrido largo tiempo y haber visto cuanto hay que ver. Segun va teniendo ya un ojo abierto, ya una garra extendida, ya un ala desplegada, va siendo inferior su categoría, hasta tener las alas desplegadas y los ojos abiertos en señal de quererlo ver todo y correr al mismo tiempo, lo cual indica al de rango más inferior, ó sea el noveno. Dentro de cada una de



estas nueve clases hay además algunas subdivisiones, pero éstas ni se reconocen en signo alguno exterior, ni dan mayor ó menor importancia. Los de carácter militar llevan en sus trajes de gala, en vez de aves, cuadrúpedos, la mayor parte de ellos animales mitológicos, que indican sus grados. En cuanto al boton, es exactamente lo mismo para el civil que para el militar, que son las dos clases en que se dividen los mandarines. El civil está casi siempre en activo servicio y el militar está algunas veces de reemplazo, pero sin sueldo alguno, y una vez en esta situación, hasta en China, les cuesta un triunfo, ó mejor dicho, un dineral volver á ocupar un puesto en la milicia. Mi fingido amigo se encuentra en esta situación, y sus deseos eran que yo le recomendase á mi jefe para que le tuviera como intérprete de la legacion, venirse con este pretexto á Pekin, trabajar para que le colocaran de nuevo y soportar las angustias de la espera con un buen sueldo que como intérprete exigía.

Como se ve, su plan no estaba mal calculado, y yo, sin prometerle nada, no quise dejarle adivinar lo imposible de su realizacion, ni la poca confianza que para este delicado cargo puede tenerse en un chino. Algunas veces me ví obligado á variar de conversacion, porque mi interlocutor se insinuaba, segun las prácticas de su país, dejando ver que ofrecía y tomaba dinero por todo. Toda mi habilidad tuve que emplearla en evitar que llegásemos á este punto, porque, obligándome entónces á contestarle categóricamente, terminaría en este punto nuestra amistad y las noticias que de él deseaba adquirir.

Por malos que hayan sido nuestros gobiernos de España, podemos asegurar que, como vulgarmente se dice, hemos estado viviendo en la gloria si se los compara con los que ha tenido y tiene aún este país. Los mandarines civiles, que segun su rango gobiernan el imperio, una provincia ó una ciudad, roban todos, sin excepcion, y para asegurarse la impunidad, van partiendo de inferior á superior el fruto de sus rapiñas. Por arriba el robo termina en la persona más elevada del imperio despues del emperador, y por abajo no tiene más límite que el del último empleado. Algunos emperadores, sin



llegar á conocer lo general de semejante escándalo, han querido cerciorarse de la conducta de sus administradores. A este fin han enviado comisionados secretos que ora disfrazados, ora presentándose con su nombre y comision, iban recorriendo las provincias para inquirir y averiguar, llevando por toda instruccion muy recomendada la aplicacion del proverbio chino, que dice: «Si tienes la menor sospecha de uno, decapítale por lo pronto, que luégo se le juzgará.» Este proverbio debe tener su fundamento en que si no se empieza por cortar la cabeza sería muy difícil probar la culpabilidad de los acusados, cuando éstos ocupan alguna posicion, dada la venalidad de los encargados de la administracion de la justicia, que con decir que está encomendada, como todo, á mandarines de la clase civil, puede el lector comprender la equidad con que se administra. Muy raro ha sido el caso en que los comisionados han llevado á la práctica tan terrible instruccion; ha habido, sin embargo, algunos; pero tengo para mí que si los decapitados pudiesen hablar, alguno diría que lo fué por no poder dar la cantidad que el comisionado exigía para no suponerse enterado de lo que vió y oyó.

Los botones de mandarin se venden casi públicamente; los civiles son mucho más caros que los militares de igual rango, porque estos últimos, á ménos de una guerra, tienen ménos motivo para satisfacer su desmedido afan de lucro.

Como ya he dicho, algunos emperadores han querido poner remedio al mal; mal de que ellos no pueden formarse una idea, estando, como están, completamente aislados de su pueblo, que ni siquiera puede atreverse á mirarle, si alguna vez, en excepcionales y muy extraordinarias circunstancias, sale de su imperial ciudad, donde ningun mortal puede penetrar, excepcion hecha de los altos funcionarios del imperio, que buen cuidado tuvieron y tendrán siempre en conservar esta etiqueta á fin de que los monarcas no puedan ver aquello que á sus intereses no convenga. Para conciliar dicha etiqueta y sus deseos de contribuir al bien de su pueblo, hicieron que sus súbditos fueran á exponer sus quejas al traves de una puerta de rejilla, cubierta de papeles á guisa de cristales; pero ó, lo que es muy probable, el pueblo no supo nada de esta determinacion, ó si



la supo, le prohibieron acercarse desde la parte de afuera donde el emperador no podía ver lo que pasaba; y si alguno llegaba á quejarse, era enviado seguramente por la camarilla, y sus quejas tan poco fundadas, que llegaron á aburrirse y tal vez á convencerse de que las personas encargadas del gobierno no podían estar mejor elegidas para depositar en ellas su confianza absoluta.

Se comprende fácilmente que toda esta gente se oponga á que los europeos entremos en relaciones con los chinos, que en la ignorancia en que yacen de lo que en el resto del mundo pasa, aceptan como un modo de ser general los abusos de que son víctimas, y resignados con su suerte, de cuya perversidad ellos mismos no se dan cuenta exacta, no conociendo cosa mejor, no esperan cambios de gobiernos, y, lo que es más, ni siquiera los desean. Se puede anhelar aquello de que tenemos conocimiento, pero no lo que es completamente nuevo y desconocido. Este conocimiento de otra cosa mejor, es el que los mandarines temen que llegue á adquirir el pueblo, y por esta razon oponen á los extranjeros cuantas trabas pueden hallar en nuestras relaciones con sus compatriotas, que con el roce producido por el comercio con naciones civilizadas aprenderían pronto aquello que á sus intereses conviniera.

Actualmente el pueblo chino nos odia, pero este odio, fomentado por sus tiranos, á los que inconscientemente sirven las misiones de arma en este asunto, no tendría razon de ser el dia en que, puestos en contacto con ellos, viesen que la generalidad de los europeos estábamos muy léjos de ser unos bárbaros (que así nos llaman), protectores de criminales. Buena prueba de ello es que aquellos chinos que, ya como criados, ya como comerciantes, han frecuentado nuestro trato, no desean otra cosa sino continuar sus relaciones con nosotros; y eso que casi la totalidad de europeos residentes en China está compuesta de ingleses, que, en su afan de proteger á los animales, han olvidado la proteccion y deferencia que el hombre, aunque sea chino, se merece.

He dicho poco há que las misiones servían de arma á los gobernantes de este imperio en sus bien urdidos planes de hacer odiar á los extranjeros. Asercion es esta que me creo en el



deber de demostrar, pues no se puede tan fácilmente lanzar una acusación contra una corporación tan respetable (siquier sea el mandarin el que hable), compuesta casi toda ella de lumbreras de la Iglesia, y en su totalidad de individuos de abnegación extraordinaria, que padecen sufrimientos sin cuento en estas para nosotros inhospitalarias tierras, sin más esperanza, en los casos mejores, que aumentar el número de cristianos, muriendo á menudo víctimas de su celo por la mayor gloria de la fe de Jesucristo. Los misioneros, en su afán natural de convertir al cristianismo el mayor número de infieles posible, dirigieron en un principio sus esfuerzos hácia aquellas provincias donde con más facilidad obtenían un buen resultado, y estas provincias fueron las del Sur del imperio.

Hasta hoy las clases alta y media se han resistido á todas sus tentativas, y en la clase del pueblo, toda aquella que pudiéramos llamar honrada, tampoco prestó oídos á sus doctrinas. No quiere decir esto que no haya chinos honrados que sean católicos; pero éstos, con muy rara excepcion, lo son desde una edad en que no han podido tener criterio suficiente para saber lo que hacían; y si se buscara el principio del catolicismo entre los chinos, lo encontraríamos en el que ha desarrollado la hermandad titulada de la Santa Infancia, hermandad que, como todos saben, se creó con objeto de allegar recursos para recoger, bautizar y educar á los niños abandonados. Antes que esta hermandad se fundara, algunos particulares practicaron sus doctrinas. Hé aquí el origen de los católicos en China, ó mejor dicho, en el Centro y Norte de la China, pues en el Sur hay muchísimos; pero ya veremos de qué especie. Siendo el chino casi indiferente en cuestiones de religion, y no creyendo más que muy poco de lo que sus padres les enseñan, y que ellos á su vez enseñan á sus hijos, sin darle por eso un gran crédito, muy difícil es á los misioneros hacer comprender á aquellos que quieren inclinar á la apostasía, las ventajas que han de encontrar en otra vida mejor, pero en la que no se hallan sus antepasados, por los que los chinos profesan la mayor veneración; se encierran, pues, en un círculo del que no es posible hacerles salir. Si mi padre, que era un santo, no está en ese mundo, no quiero tampoco ir á él; si está y siendo



budista ha podido ir allá, no veo la necesidad que yo tengo de cambiar de religion para ir á ese mismo mundo. Una vez dicho esto es inútil insistir; en diciendo un chino una cosa hay que doblar la hoja y desistir de quererle convencer, á ménos que se puedan traer pruebas palpables en apoyo de lo dicho, y áun en este caso hacen como los niños de tierna edad, que cuando agotados todos los recursos de la palabra se trata de hacerles entrar en razon para que no lloren, haciéndoles ver el objeto que podría convencerles, contestan «eso no es.»

Nada de esto ocurre cuando las misiones trabajan en el Sur del imperio, sobre todo en las costas, cuyos habitantes, marinos y pescadores, tan sólo pescan y navegan cuando no tienen qué robar, tanto en mar como en tierra; y son en tal extremo desalmados, que á sus robos acompaña siempre el asesinato de las víctimas. Estos bandidos, sin religion de ninguna especie, son todos cristianos nominales, y se hacen cristianos porque así obtienen la proteccion de las misiones, las que á su vez la tienen de la legacion de Francia en Pekin. Si alguno ó algunos de estos pseudo-cristianos es reducido á prision por algun hecho en que no esté patentemente demostrado ser criminal y ser él el autor, empiezan *ipso facto* las reclamaciones, entorpeciendo la mayor parte de las veces, si no siempre, las pesquisas que pudieran dar lugar á probar la culpabilidad del acusado, que sólo por llevar el nombre de cristiano haría de su prision una cuestion internacional si las autoridades chinas no le pusiesen en libertad á fin de evitar conflictos, diciendo sin duda: «en un país donde todos, sin excepcion, merecerían ser ahorcados, ¿qué importa que se deje de ahorcar á uno?»

De aquí el que las misiones protegidas por la legacion de Francia sirvan perfectamente al plan de los mandarines de hacer creer al pueblo que no ve en los europeos más que una sola nacionalidad, que somos los protectores de todos los criminales y, naturalmente, tan bandidos como aquellos á quienes protegemos.

Si esto no bastase, tienen tambien los mandarines una prueba, que no dejan de poner en juego, que es decisiva para un pueblo ignorante y que no carece de fundamento para los que más ilustrados nos observan con la desconfianza propia del



carácter oriental.—Años hace que todos estos piratas del Sur acechaban una ocasion propicia para poder levantarse en armas y entregarse impunemente á sus vandálicos instintos. Si esta idea les fué ó no sugerida indirectamente por las misiones, cosa es que yo me abstendré de decir; pero lo cierto es que, tanto los católicos como los protestantes, creyendo que se trataba de una rebelion en sentido cristiano, cooperaron á ella: ¡como si la religion de Jesucristo pudiera imponerse por la fuerza de las armas! Demostraban tambien conocer muy poco el terreno que pisaban; y no obstante, los jesuitas, á los que no se puede negar un esclarecido talento, llegaron, aunque algo tarde, á tener conocimiento del asunto y comprender que iban á secundar los manejos de todos aquellos bandidos. Si la rivalidad no hubiera dominado al sentimiento de que debían hallarse poseidos, advertido hubieran á los protestantes de lo que se trataba; pero en vez de hacerlo así creyeron que era mayor triunfo para su órden presenciar y hacer patente el chasco que iban á llevar las misiones protestantes, las que con ardimiento digno de mejor causa, hicieron venir armas de Europa que, consignadas como Biblias, se les entregaban acto continuo para que las repartiesen entre los conjurados. Estalló la revolucion cuando éstos contaron con armas y dinero suficientes; y sólo cuando acontecieron repetidos hechos de saqueo y destruccion de ciudades, comprendieron los protestantes que habían sido vilmente engañados, sirviendo de instrumento á los mismos de quienes querían servirse como arma. Cuando llegó el desengaño era ya tarde para remediar el mal; los misioneros protestantes dirigieron comunicaciones al jefe de los piratas reconociéndole como Emperador de China, puesto que no dudaban conseguiría, dado el incremento que llegó á tomar la rebelion, y que tal vez hubiera alcanzado si los revoltosos, haciendo como la gata vestida de señora que olvidó su traje por correr tras un raton, hubieran llevado adelante la idea que tan sólo emplearon para mejor preparar le éxito de sus proyectos, en vez de abandonarse á sus naturales instintos de robo y saqueo. No hubo ciudad por donde pasaran que no quedase completamente asolada, viéndose sus habitantes, ricos ayer, en la mayor miseria, y los que así se veían



debieron únicamente la vida á haber abandonado sus casas y sus bienes ántes de la llegada de los revoltosos, pues si con ellos y en ellas hubieran permanecido, de seguro hubiesen desaparecido de la misma manera que sus fortunas. Si fuéramos á seguir paso á paso el curso de esta revolucion, obligados nos veríamos á contar toda la historia contemporánea de China, de la que constituye principalísima parte, y no es este mi ánimo en el actual trabajo. Baste saber que durante varios años dominó en el Mediodía del Imperio, estableció su capital en Nanking, amenazó á Shanghai, y muy difícil es decir hoy el resultado que hubiera obtenido si dos ó tres europeos, autorizados por sus gobiernos, que hasta intervinieron contra los rebeldes, tomando sucesivamente el mando de las tropas leales, no las disciplinaron y las condujeran á la victoria, cabiendo el principal honor á un oficial inglés, Charles Robert Gordon, que despues de un año de lucha restableció la paz, y dejando en China un ejército disciplinado y aguerrido se volvió modestamente á Inglaterra, sin querer aceptar nada de los honores y fortunas con que este Gobierno reconocido le brindaba.

El triunfo de los jesuitas sobre los protestantes no pudo ser mayor, pues éstos tuvieron que acusarse de su falta y confesar que habían sido engañados. Pero ¿me querrán decir los individuos de la congregacion de San Ignacio de Loyola qué es lo que Europa, y al decir Europa quiero decir la civilizacion y el cristianismo, ha ganado con el triunfo de su orden sobre los protestantes? ¿Sabe acaso el chino la diferencia que hay entre Lutero y el héroe de Azpeitia? ¿No somos para él todos unos? Pues entónces ¿con qué derecho comprometen la causa de la civilizacion, dando márgen para que este pueblo nos considere como bandidos?

Como puede verse por las anteriores líneas, nada más justificado que el odio que estas gentes nos profesan. No es culpa suya, si nosotros, cometiendo gravísimos errores, nos hemos presentado á sus ojos, no muy esclarecidos, como amigos de los bandidos y criminales, á los que no sólo concedemos nuestra proteccion, sino que les facilitamos armas y medios para el mejor éxito de sus odiosos planes. Esto es lo que hasta ahora han deducido claramente de nuestra conducta; los gérme-



nes de civilizacion que les podemos dar no los aprecian, é instigados por las clases ilustradas, sólo ven el aspecto poco atractivo en que hasta ahora nos hemos presentado aparentemente, y fuerza es confesar que es el que resalta, quedando en la oscuridad los beneficios que les hemos hecho, cuyo fruto, lento en su manifestacion, y áun dado el caso que los errores pasados no nos hubiesen perjudicado, habrían de tardar muchos años en hacerse visibles, única manera de darles á conocer que en nuestras relaciones encontrarían ventajas incalculables.

Salvo algunas consideraciones, todo lo que en esta carta expongo expúsomelo el mandarin, que, rarísima excepcion de la regla entre los chinos, no tenía inconveniente en entrar en explicaciones acerca de todo cuanto á su país se refiere.

La buena condicion que tiene el chino, y que hace que su patria pueda existir á pesar de la venalidad y avaricia nunca saciada de sus gobernantes, es el amor santo que tiene á la familia, siendo por demas curioso este respeto, si se atiende á la semi-poligamia en que viven. El chino no puede tener más que una sola mujer legítima; pero puede tomar tantas cuantas concubinas quiera, las cuales viven en la misma casa que la esposa legítima, á la que deben la sumision y respeto que en la ceremonia del matrimonio le juran. Esta ceremonia, un poco humillante para la concubina, consiste en prosternarse ante todos los individuos de la familia del marido, y jurar que desde ese dia tomará los intereses, placeres, sinsabores, etc., de la familia como si fuesen propios; luégo al marido le promete solemnemente fidelidad, sumision y respeto, y estas dos últimas palabras las repite tambien ante la esposa legítima y los padres del desposado, si los tiene.

Los hijos habidos de la concubina, con escasa diferencia, gozan de los mismos privilegios que los procedentes de la mujer legítima; á la muerte del padre, la jefatura de la familia recae en el hijo mayor de ésta, y sólo en el caso que no haya hijos de este matrimonio, es cuando le sustituye el mayor de los habidos de las concubinas: Al heredero corresponde el doble de fortuna que á cualquiera otro de sus hermanos, entre los que, sea cual fuese su procedencia, se reparte la herencia por



igual. El cabeza de familia contrae la obligación de sustentar y mantener en su propia casa á todas las mujeres de la familia de su padre; y si como acontece generalmente, éste no es rico, quedan todos los hijos viviendo bajo el mismo techo, hasta que se casan.

Por regla general, el soltero entrega á sus padres, y á falta de éste al que los represente, absolutamente todo cuanto gana, y cuando por circunstancias especiales tiene que vivir léjos de su familia, se reserva lo estrictamente necesario para llenar sus primeras necesidades y les envía el resto. Esta acción tan digna de loa en cualquier parte, es tan natural y comun en China, como lo es entre nosotros el profesar cariño y respeto á aquellos que nos han dado el sér.

La mujer china, á no ser las de baja extracción ó mala especie, lleva una vida de reclusion que no termina sino con su existencia, no ve más hombres que los de su familia y áun á éstos no con frecuencia, pues teniéndola en ménos, buscan muy rara vez su sociedad. Cuando convidan á comer á un amigo, si éste viene con su mujer ó mujeres (ambos casos son poco frecuentes), pasan éstas á las habitaciones ocupadas por el sexo femenino, donde permanecen y comen, mientras que el invitado hace lo propio acompañado por el anfitrión y los varones de la familia. Aunque no se lleva tan á la exageración, algo parecido pasa en Rusia, donde en las comidas se coloca todavía á todos los hombres á un extremo de la mesa y á las señoras al otro.—La mujer honesta, en China, carece como se ve, de todo género de distracciones, á ménos que se cuente el fumar como una diversion, que esto lo hacen casi todas.—El hombre tiene en cambio bastantes diversiones de que me ocuparé en mis cartas posteriores al hablar de Shanghai y de Pekin. Por hoy sólo citaré sus juegos, por los que son fanáticos. Figuran entre ellos en primera línea el dominó, las cartas y los dados. El origen de los dos primeros es por demas curioso.

Desde tiempo inmemorial ha habido frecuentemente rebeliones en este vasto imperio, ocasionadas ya por los cambios de dinastía, á las que algunas provinciass no han querido someterse, ya por las usurpaciones que constantemente han te-



nido lugar. Hubo un usurpador que aunque seguro en el trono, no podía someter á algunas provincias, que leales á su monarca legítimo, ó que suponían legítimo, que este punto no quedó bien en claro, se alzaron en armas. No fué posible á las tropas del tirano vencerlas por estar atrincheradas en posiciones inexpugnables, de las que á su vez no podían salir aquéllas sin sufrir una derrota. Como esta situación se prolongase demasiado, propuso el monarca aventurero una transacción, que fué aceptada por el que debía, según dicen, ser emperador. Confiado en la palabra de su enemigo, salió éste de sus trincheras acompañado de sus partidarios; pero apenas hubo abandonado las posiciones que le protegían, los soldados del usurpador se echaron sobre ellos y pasaron á cuchillo á todos los rebeldes, desde su jefe hasta el último soldado. En otra parte, el asesino hubiera quedado tranquilo gozando pacíficamente del fruto de su crimen, pero aquí no; según las creencias chinas, más firmes entonces que ahora, los seres muertos renacen con los mismos cuerpos y almas que tenían al morir. En lo que varían las opiniones hoy día, es en si se renace en este mundo ó en otro, y esto último va siendo cada día más general; pero siempre es de dogma que para renacer, es necesario que el muerto tenga todos sus huesos á mano, y de aquí el gran terror que al chino inspira ser decapitado, por lo difícil que le sería encontrar su cabeza. Dadas estas ideas, nada de particular tiene que el ya emperador sin rivales no estuviese muy tranquilo, esperando ver resucitar cualquier día á todas sus víctimas, que podían dar al traste con él ó con su dinastía. Para evitarlo inventó el juego de dominó. Calculó que empleando los huesos de los muertos en hacer fichas para este juego, fuera por demás difícil que el monarca y sus partidarios pudiesen recuperarlos; porque estando las fichas siempre sujetas entre las manos de los jugadores, que cuando las sueltan es para golpearlas, moverlas ó encerrarlas, y mezclándose los huesos de uno con los del otro en los muchos juegos que se hicieron, trabajo había de tener el espíritu que buscando aquí y allá, llegase á reconstituir la osamenta perteneciente al cuerpo que en este mundo le servía.

La manera de jugarlo difiere bastante de la nuestra; las fichas



son 32; en unas los puntos son negros y encarnados en las otras: forman cinco bandos, según el número y el color; aéreo, celeste, terrestre, acuático y humano: las fichas de estos cinco bandos se casan entre sí, es decir, ligan, como dicen los jugadores de golfo, produciendo un cierto valor. El primer jugador pone sobre la mesa dos fichas casadas, descubiertas; el segundo, si á su modo de ver cree que debe ganar y tiene con qué, pone encima de estas otras dos descubiertas, que produzcan un valor mayor que las del primero, y cobra de éste un tanto; si no quiere ó no puede ganarlas, entónces coloca debajo de ellas las dos peores que tiene en su juego, que en este caso se ponen boca abajo para que los otros no las vean, y abona al primer jugador un tanto. Lo dicho del segundo puede aplicarse al tercero y al cuarto, que es el número de jugadores. El ganancioso recoge las ocho fichas, se las pone delante á modo de baza, y juega el primero. Aquí se repiten de nuevo las mismas operaciones hasta terminar el juego, ganando el total de la partida el que hace la última baza; pero es condicion *sine qua non* que tenga otra baza ganada, porque si no la apuesta queda para aquel que teniendo ya una gana aquella que se aproxima más á la última. El juego tiene *empate* cuando cada cual hace su baza.

El procedimiento del juego de cartas es parecido, y debe su origen al dominó. Hay dos clases de juegos: el primitivo, llamado de carta dominó, que consta de 135 naipes encarnados, negros y encarnados y negros; 66 tienen una figura en el centro, otros 66 sin nada, y los tres restantes con signos chinos. Ménos estos tres últimos, todos tienen grabados en sus extremos las fichas del dominó, combinados sus puntos con los colores arriba mencionados.

El juego de naipes que pudiéramos llamar verdadero, consta de 225 cartas. Difieren entre sí por el color de los adornos, encarnado ó negro, y por la figura, que es ya geométrica, ya de un personaje, ya de un insecto.

Tienen también el juego de los dados; pero éste no lo emplean sino para cosas pequeñas. Su verdadero juego de azar, que es á la China lo que á Europa la ruleta, es el *fantan*. Consiste en poner bajo un sombrero ó cosa parecida una gran



cantidad de monedas. La mesa está dividida en cuatro casillas que llevan los números del 1 al 4 respectivamente. Después de colocadas las monedas por el banquero en el centro de la mesa, se hace el juego poniendo las apuestas en la casilla que más les gusta. Hecho esto, se descubren las monedas, y con una varilla bastante larga las va separando el banquero de cuatro en cuatro con una habilidad y ligereza extraordinarias, siendo el número de las que quedan en el último monton el que indica cuál es la casilla agraciada y las apuestas cuya suma tiene que pagar la banca cuadruplicadas. Las contribuciones pagadas por las casas de juego y prostitucion constituyen la única entrada que tiene la colonia portuguesa de Macao desde que la emigracion de *coolis* á Cuba y al Perú cesó de hacerse por las razones que todos conocemos.

Muchas más cosas me hubiera contado el mandarin; pero lo corto del viaje, las siestas que dormía, las partidas de juego con sus compatriotas, que no dejaron estos entretenimientos durante toda la travesía, los otros pasajeros que deseaban hablar con él, y el tener yo que interrumpir nuestros coloquios con frecuencia por la razon que al principio dejo apuntada, me impidieron poder satisfacer mi curiosidad sobre muchas cosas de que deseaba enterarme y que no me atrevía á preguntar directamente por no excitar la desconfianza tan peculiar á esta raza, lo cual es para mí verdaderamente sensible, pues segun me manifestaron los que habían ya vivido en este imperio y lo que después he visto, el mandarin en cuestion es un fenómeno entre los de su casta, que son muy reservados desde el momento que se toca á su modo de ser y costumbres.

Hoy que he tenido ocasion de comprobar, aunque no fácilmente, casi todo lo que me dijo, veo que el mandarin, sobre ser persona ilustrada, era verídico y poseía un recto juicio, y siento que llegáramos tan pronto á Hong-Kong.

EMILIO DEL PEROJO.

Pekin y Diciembre de 1878.

(*Se continuará.*)







## ANALISIS Y ENSAYOS

---

LOS ESTATUTOS DE LA CIUDAD DE ROMA EN LA EDAD MEDIA (I).

SEÑORES:

No tenemos hasta ahora más que nociones incompletas y confusas acerca de los antiguos Estatutos de la ciudad de Roma. Baronius y Raynaldi en sus anales eclesiásticos, Vendettini y Vitale en sus noticias acerca de los senadores, Renazzi en su *Historia de la Universidad romana*, Gaetano Marini que ha hecho tan amplio y frecuente uso de los antiguos archivos del Estado pontificio no hablan de ello más que de una manera accidental y no suministran ningún dato preciso acerca de su origen, sus reformas sucesivas, sus copias manuscritas ó sus ediciones. En cuanto á los comentadores, tales como Galganetti, Tenzonio, Constantini, que escribían con un fin exclusivo de utilidad práctica, en vano se buscaría en sus obras una sola palabra relativa al desarrollo histórico de la legislación que estaban encargados de interpretar. La Roma de la antigüedad y la Roma de los Papas, fueron las únicas que hasta ahora llamaron la atención, y todo lo que pertenece á la Roma municipal de la Edad Media quedóse en la sombra. Este vacío acaba de llenarlo un sabio alemán á quien su larga permanencia en la Ciudad Eterna ha convertido en natural de Roma; pero su obra, por completa que sea, ofrece, no obstante, algunas imperfecciones, y la más grave como la más deplorable, es precisamente la que se refiere á la historia de las instituciones. Los informes suministrados por Gregorovius con respecto á los antiguos Estatutos son escasos, insuficientes y á veces contradictorios. Con un vivo sentimiento de curiosidad y satisfacción

---

(1) Discurso pronunciado en la sesión pública anual de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.



hemos acogido el estudio que un sabio magistrado de Sicilia, M. Vito La Mantia ha consagrado recientemente á este punto tan curioso y tan importante de la historia del derecho.

Roma, decaída del rango supremo y reducida al estado de municipio, ha revestido durante la Edad Media formas políticas análogas á las de las demas ciudades de la Península. Acaso la lucha de las facciones ha estallado con más violencia y las revoluciones interiores fueron allí más frecuentes que en el resto de Italia. El siglo XIII, en particular, debe notarse como un período de agitaciones y desórdenes: la tiranía de los nobles, el despotismo de la plebe, la dominación temporal de los Papas se sucedían con una rapidez febril, y cada uno de estos movimientos producía un cambio casi completo de las instituciones administrativas y jurídicas. La sociedad civil estaba profundamente conturbada por estas alternativas de dictadura y anarquía; pero en medio de las convulsiones políticas, continuaba de un modo casi regular el trabajo de transformación interior empezado desde la caída del imperio. Leyes, edictos, ordenanzas, bandos de policía, designados con el genérico título de Estatutos y procedentes, según las circunstancias, de la voluntad popular ó de la simple iniciativa de los jefes del gobierno, consagraban estas incesantes variaciones del derecho público y privado. Se conocen algunos de estos Estatutos, cuyas disposiciones nos ha revelado la correspondencia de los Papas. Citaré como ejemplos el del senador Carosomi, que tuvo por objeto invertir en ciertos procesos las funciones del demandante y del defensor, y de que Inocencio III negaba la legalidad, porque lo juzgaba contrario al derecho comun: el del senador Annibaldo contra los herejes: el del Sr. Ricardo de Forte-Brachio contra los ataques nocturnos. No hay duda de que si los eruditos y los jurisconsultos se hubiesen dedicado á investigar los monumentos de este género, pronto se hubiera descubierto un gran número.

¿En qué época estos Estatutos aislados se reunieron y codificaron por vez primera? Es difícil, en el estado de nuestros conocimientos, responder á esta pregunta: no obstante, un descubrimiento reciente de M. Bertolotti, director del *Archivio di Stato*, ha permitido á M. Vito La Mantia, determinar ciertos hechos que en adelante pueden considerarse como adquiridos para la ciencia y que deberán formar el punto de partida de toda investigación ulterior. Este descubrimiento consiste en dos hojas de pergamino que servían de cubierta á un viejo registro de cuentas y en las cuales M. Bertolotti ha reconocido fragmentos de una antigua colección de *Estatutos*. La primera hoja contiene los siete últimos capítulos del libro I y termina con estas frases: *Explicit liber primus, incipit secundus*. La segunda hoja, que no es la continuación inmediata de la primera, comprende ocho capítulos del libro II. La escritura, por otra parte muy clara, pertenece á los últimos años del siglo XIII. De la existencia y del contenido de estos fragmentos, M. Vito La Mantia dedujo naturalmente que en Roma había desde el fin del siglo XIII, una colección de Estatutos ordenados conforme á materias y que esta colección estaba dividida en varios libros...

En el siglo XV, sobre todo, mereció Roma aquel título de *viuda* que le da el poeta. La ausencia de los Papas refugiados en Aviñon la entregaba sin defensa á las disensiones de los nobles y de la facción popular. El rey de Sicilia ejerció en ella primero la autoridad en nombre del soberano pontífice; Enrique de Luxemburgo y Luis de Baviera, llamados por el partido gibelino, apoderáronse de ella á su vez haciéndose coronar emperadores; luégo vinieron las sediciones plebeyas, los tribunados de los Rienzi, de Cerroni, de Baronelli,



alternando con las reacciones aristocráticas de los Orsini, Savelli y Colonna.

La ciudad estaba llena de gentes de armas que robaban á los habitantes, deshonoraban á las mujeres, despojaban las iglesias y aprisionaban á los peregrinos. Los antiguos monumentos de la república y del imperio, los templos, los teatros, los circos, las termas, los arcos de triunfo, los sepulcros, el mismo Capitolio, convertido en edificio de la administracion municipal, se convirtieron en puntos de defensa; en estos tristes restos de la grandeza romana vivían atrincheros como en verdaderas fortalezas los bandos de mercenarios á sueldo de las grandes familias, y cada dia los partidos se entregaban á combates encarnizados por disputarse su posesion. Tropel de bandidos infestaban los caminos, hallando seguro refugio en los castillos del campo. En medio de esta sangrienta anarquía, el hambre dejábase sentir cruelmente y dos veces desde el principio del siglo la peste la acompañó con sus estragos.

No obstante, cada uno de estos efímeros tiranos que bajo los títulos de *senador*, *vicario*, *tribuno* ó *libertador*, llegaban á conservar durante algunos meses el gobierno de la ciudad, se apresuraba á señalar su paso con la promulgacion de algunos nuevos Estatutos. Consérvase memoria de los que sometió Rienzi á la sancion del pueblo. Llevan el sello de ese absolutismo por el cual las muchedumbres se apasionan tan fácilmente cuando se ejerce en nombre de ellas. Todo homicidio tenía pena de muerte, cualesquiera que fuese su circunstancia y excusa; todo acusador que no lograba probar sus articulados debía sufrir la pena á que se hubiese condenado al acusado; todo proceso, sin consideracion á la importancia de la causa, debía instruirse y juzgarse en el término de la quincena. Apresurémonos á añadir que el conjunto de la legislacion romana durante el siglo xiv no ofrece este mismo carácter de rigor. Las medidas promulgadas por Rienzi se explican por la profundidad del mal á que pretendía dar un remedio, y probablemente tambien por la resistencia que experimentaban sus proyectos de reforma. Pero con las leyes de circunstancia que debieron ser frecuentes en tan turbulento período, otras hay que tienen un fin exclusivamente civil, y van consagradas á los intereses permanentes de la poblacion. Algunas de las que propuso Cerroni y Baronelli, elevados al poder como Rienzi, por la oleada de las pasiones populares, merecieron un lugar en las compilaciones de las edades siguientes.

El derecho de la ciudad se transformaba, pues, insensiblemente y cuanto más se aumentaba el número de los Estatutos particulares, más clara fué la insuficiencia de la coleccion formada al fin del siglo precedente. Esta coleccion dejó de responder á las necesidades del tiempo; era precisa una revision general. Se emprendió y realizó en la segunda mitad del siglo xiv.

La existencia de esta nueva compilacion, ó por mejor decir, de esta nueva *edicion* de los Estatutos romanos, no era completamente desconocida: Marini, Vitale, Renazzi insertaron algunos fragmentos en sus obras; pero se concretaron con indicar la existencia del manuscrito en los archivos secretos del Vaticano, sin entrar en ningun detalle acerca de su origen y su contenido. Así, pues, cuanto se refiere á la composicion, fecha, autores y carácter general de la coleccion, quedó confuso hasta ahora, en tal extremo, que Gregorovius creyó poder atribuir su redaccion al cardenal Albornoz. Debemos á M. Vito La Mantia la posesion de nociones más extensas y precisas acerca de estos diferentes puntos. Merced á las indicaciones dadas por el sabio magistrado, el manuscrito se encontró fácilmente en el



depósito de los archivos pontificales. El cardenal secretario de Estado ha autorizado la comunicacion; pero en el plazo de *tres horas* solamente. M. La Mantia lo tuvo á su disposicion el 18 de Setiembre de 1877 desde las once de la mañana, y al dia siguiente desde las diez á las doce. Una declaracion firma la por él, probablemente para garantía de los empleados, prueba que el límite de tiempo impuesto por el cardenal se observó severamente.

El primer cuidado de M. La Mantia debía ser comprobar la identidad del manuscrito que se le comunicaba, con el de que hicieron uso Marini, Vitale y Renazzi. Respecto á esto, su demostracion no deja nada que desear. No sólo ha reconocido en las páginas indicadas por estos sabios diplomáticos los fragmentos que sacaron, sino que encontró en la última hoja una pequeña noticia bibliográfica que Renazzi reprodujo por completo, y que está concebida del modo siguiente: *Expliciunt statuta urbis et romani populi, propria nobilis ac egregii viri domini Petri Mellini, civis civitatis Romme (anno) MCCCXXXVIII, die tertio mensis Junii, hora tertiarum. Et finitus per me Bernardum de Venturinis de Papia ad honorem Dei Omnipotentis.* No hay, pues, duda posible. El manuscrito que poseen los archivos del Vaticano es, en efecto, el que Pedro Mellini hizo copiar para su uso, y consultaron los tres sabios que acabo de citar. Añado que es en mi opinion el único que contiene la coleccion de que se trata. M. Vito La Mantia da acerca de su estado material los datos más circunstanciados. En 4.º, con 28 centímetros de alto y 21 de ancho, este precioso *Códice* se compone de 105 hojas de pergamino, de las que algunas son palimpuestas. Está escrito en una sola columna de 34 líneas en cada página. Las rúbricas están trazadas con tinta roja; pero las iniciales pintadas, que debían estar al principio de cada Estatuto, no existen. Se observan anotaciones en las márgenes y algunas correcciones en las interlíneas. La encuadernacion es relativamente moderna. Las palabras *Petri Mellini statuta urbis*, que se leen en el lomo en forma de título y que parecen atribuir á Pedro Mellini la composicion de la coleccion, demuestran la ignorancia del encuadernador.

(Se continuará.)





## INDICE DEL TOMO XVIII.

---

### 15 DE NOVIEMBRE.

	Págs.
La crítica bíblica en Alemania (conclusion).— <i>Miguel Nicolas</i> .....	5
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás (continua- cion.— <i>Luis Taparelli</i> ... ..	30
Bellas artes.—Una visita al Real Museo (continuacion).— <i>Eduardo Lopez Bago</i> .....	55
Doña Luz.— <i>Juan Valera</i> .....	70
Estudios para la historia del municipio en España.—II.— <i>Pio Gullon</i> .	86
La artillería de campaña acorazada.— <i>M. Yung</i> .....	97
La rabia.— <i>Enrique Danero</i> .....	107
Análisis y ensayos.— <i>José Navarrete</i> .....	114
Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> .....	120

### 30 DE NOVIEMBRE.

La carta de luto (conclusion).— <i>J. Campo Arana</i> .....	129
Mr. Herbert Spencer y sus principios de sociología.— <i>Ch. Vincens</i> ...	143
El fetichismo.—Discursos pronunciados en Westminster por el profe- sor <i>F. Max Müller</i> .....	159
Los congresos de orientalistas.—El congreso de Florencia.— <i>M. F. Le- normant</i> .....	177
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás (conti- nuacion).— <i>Luis Taparelli</i> .....	188
El derecho público.— <i>Francisco de Asís Pacheco</i> .....	199
Estudios sobre Schiller.— <i>Kuno Fischer</i> .....	212
Tomás de Kempen.— <i>Juan Fastenrath</i> .....	238
Cristo.—Poesía.— <i>Eduardo Lopez Bago</i> .....	247
Correspondencia de Paris.— <i>Cárlos Bigot</i> .....	248



## 15 DE DICIEMBRE.

	Págs.
Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i> .....	257
Conferencias dadas en el Ateneo de Barcelona, por el catedrático de la Escuela de Ingenieros industriales, <i>D. Francisco de Paula Rojas</i> , sobre los órganos de los sentidos.....	283
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás (continuacion).— <i>Luis Taparelli</i> .....	306
El espíritu de la república norte-americana.— <i>Rafael M. de Labra</i> ...	323
Estudios sobre Schiller (continuacion).— <i>Kuno Fischer</i> .....	341
El Doctor Enrique Schliemann y las excavaciones de Olimpia.— <i>Juan Fastenrath</i> .....	354
Album poético.— <i>Nosce te ipsum</i> .— <i>José Zorrilla</i> .....	363
Análisis y ensayos.— <i>Darlu</i> .....	376

## 30 DE DICIEMBRE.

Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i> .....	385
El sonido.—Conferencias dadas en el Ateneo de Barcelona, por el catedrático de la Escuela de Ingenieros industriales, <i>D. Francisco de Paula Rojas</i> , sobre los órganos de los sentidos.....	413
Los estudios psicológicos en Alemania.— <i>Teodoro Reinach</i> .....	432
La emancipacion de la mujer.— <i>M. de la Revilla</i> .....	447
El problema fisiológico de la vida, por <i>A. Dastre</i> .....	463
Cartas de China.— <i>Emilio del Perojo</i> .....	491
Análisis y ensayos.....	507




---

Madrid 30 de Diciembre de 1878.

Propietarios gerentes: *PEROJO HERMANOS*.

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.